

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año I—Núm. 4

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS:

Santiago de Chile, Julio de 1909

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso

LAS OBRAS MAESTRAS DE PINTURA



ANDREA DEL SARTO.—Madonna.—Museo de Florencia

HECHOS Y NOTAS

ME parece que vuelvo á esos tiempos ya lejanos en que Vicente Grez se presenta por primera vez en mis recuerdos. Han transcurrido tantos inviernos, de entonces acá, y se han verificado tan graves sucesos—revoluciones, terremotos y batallas políticas—que esos días se hallan como perdidos en la multitud de vistas de un kaleidoscopio. Era yo niño en los días aquellos en que Vicente se presentaba al escritorio de mi hermano, envuelto en un pesado gabán de color café, llenos los bolsillos con paquetes de pruebas de imprenta: eran las del “Combate Homérico”, ese admirable y hermoso libro en el cual entonó el himno en prosa de la epopeya de Iquique.

Su fisonomía risueña y maliciosa, encuadrada por amplias patillas españolas, traía involuntariamente al pensamiento las caricaturas de *Punch*. Apenas pronunciaba la mitad de una frase, con su media lengua de tartamudo, ya sus ojos chispeantes anunciaban el rasgo espiritual que venía en seguida.

Vicente se hallaba, por aquellos años, de empleado subalterno en el Correo; escribía, además, en los diarios, y con su modesto sueldo fiscal, incrementado en la imprenta, alcanzaba apenas á saldar los gastos de su vida. Llevaba con jovialidad inalterable el peso bastante rudo y áspero de una existencia de pobreza. Con verdad lo ha llamado Carlos Silva, en un brillante escrito, “el último de los bohemios”.

Y como, junto con su empleo fiscal, escribía sus libros y artículos, el despacho diario no andaba siempre al día. Esto le procuraba, á veces, malos ratos.

Aquella tarde, Vicente se dejó caer sobre un sillón, lió un cigarrillo, y suspiró profundamente—él que jamás suspiraba.

—¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? le preguntó mi hermano ya alarmado.

Acabo de tener un desagrado con el Director de Correos. Entré con el despacho en la mano. Me preguntó si traía cierta nota; se me había olvidado. Habló de otra, yo no la tenía. Y sin más, aquel hombre, convertido en fiera, me dá un manotón y vuelan por los aires, en todas direcciones, las notas y decretos...

—¿Y tú, qué hiciste?

—Me puse á recogerlas en el suelo, recitando en alta voz los versos de Espronceda:

“Hojas del árbol caídas
“Juguete del viento son...”

Nos reimos.

—Pues, Don Raa...món hizo lo mismo que ustedes... reirse.

Y todo esto lo refería de una manera deliciosa, ingénua y picante, con cara de maldad y de inocencia. Era uno de esos hombres que por su carácter feliz están por encima de la vida y que valen siempre más que su propia fortuna. Bohemio, sí, de la vieja escuela, de la pobreza jovial, sin envidias ni rivalidades hacia los ricos ó los hombres de talento; bohemio, de los tiempos en que entonaba Mimí la canción sentimental, la hermosa canción de los veinte años que han caído, como perlas, uno á uno. Hacía frente á sus necesidades, con un sueldo escaso, y se reía de todo. En la noche trabajaba en la Imprenta.

Vicente escribía en el diario “Las Novedades”, en cuyas columnas sostenía una polémica vigorosa con Rómulo Mandiola, notabilísimo escritor y hablista consumado que le arrojaba, cada mañana, un artículo violento en el cual, por lo menos, le llamaba idiota, —y eso en las horas de benevolencia y buen humor. Grez le contestaba en la misma forma.

La polémica terminó de una manera inesperada. “El Estandarte Católico”, diario en el cual escribía Mandiola, anunció que éste suspendía sus artículos por hallarse enfermo..

Al día siguiente, Vicente Grez lamentaba la mala salud de su adversario.—“Nuestros lectores acompañarán al “Estandarte” en su sentimiento al saber que la enfermedad del Señor Mandiola es la *filoxera*...”

Le atribuía la enfermedad de las viñas...



Era, el de Vicente, un ingenio picante y fino á la vez que bonadoso. Jamás conoció las rivalidades, ni la envidia, ni sentimientos pequeños y deleznales. Vivía mirando hacia lo alto, en pleno azul, como un poeta. Había nacido en plena época romántica, alimentando y fortaleciendo en ella las delicadezas y lo exquisito de su alma. Durante la mayor parte de su vida tuvo que luchar en contra de las dificultades materiales, con renta escasa, pobre sueldo. Vivía, sin embargo, alegre, derramando su ingenio en la charla, siempre superior á su fortuna, como Fígaro. Escribió en el “Charivari” y en la “República”, en tiempo de Don Federico Errázuriz y redactó en seguida la “Patria” de Valparaíso y la “Opinión”. Se esparcía en las columnas de la prensa, defendiendo con calor á sus amigos. Y como era esencialmente benévolo, sus propios adversarios le querían. Sólo uno le guardó rencor, y al hablarle en la calle, después de 1891, le quitó la vereda diciéndole:

—“Yo no cedo nunca el paso á los canallas...”

—Pues yo, sí...” le replicó Vicente, bajándose á la calle ceremoniosamente.

Alguien ha observado, con profunda exactitud, que su pluma había procurado siempre una expresión hermosa y fina, colorida y plástica, á la vida de una sociedad joven. Fué, como literato y novelista, un gran observador de caracteres, uno de esos moralistas que creen necesario estudiar las condiciones psicológicas de una sociedad, sus vacíos, sus necesidades y sus aspiraciones, para contribuir con su pluma al adelanto general. En su temperamento de romántico se unían, al ingenio y al sentimiento de un Enrique Heine, la imaginación brillante y colorida de los trópicos y la gracia oportuna ó la palabra delicada que hacen soñar ó meditar, todo cuanto sugiere algo que el lector desarrolla por sí mismo. Comprendía que las bellas letras principalmente valen por su correspondencia con el alma de una época y de una sociedad dadas, por la cantidad de ideas ó de sentimientos que despiertan, por lo que hacen vibrar dentro de nosotros, por el mundo oculto y no sospechado que levantan dentro de nosotros mismos, con la varilla mágica de las Hadas que todos llevamos en la fantasía, sin darnos cuenta.

Y hasta el más prosaico y frío entre los hombres siente, dentro de sí, la verdad del hermoso verso de Isidoro Errázuriz:

"En la vida del hombre hay un instante
"De sublime y total revelación..."

Las novelas de Vicente Grez, como las hermosísimas páginas de Alfonso Daudet, se encuentran en los dinteles del realismo, como transición entre las viejas tradiciones sentimentales y el nuevo concepto de verdad. Se complacía en estudiar especialmente los caracteres que proyectan su luz delicada y melancólica sobre las tristezas de la vida.

Acaso pudiera decirse de él que su campo literario se encontraba en ese punto incierto en que la realidad concluye y comienza la poesía, en ese campo de ensueño en que luchan las grandes y nobles aspiraciones con los hechos pequeños y miserables que las limitan.

Vicente Grez sentía el arte hondamente. Ahí están sus críticas de pintura, en las cuales hay páginas de primer orden. Fué un artista, en el sentido más amplio y cabal de la palabra, y un hombre de corazón, en una época en la cual tan pocos lo sienten y lo comprenden.

L. O. L.



Santiago Rusiñol

EN el pequeño camarín, bajo la luz de la bombilla eléctrica, el primer actor Miguel Muñoz me hablaba de Santiago Rusiñol. Recién bajaba el telón del último acto del drama "La Madre"; aún, ecos de aplausos apagados llegaban por entre bastidores y pasillos hasta el camarín del actor.

—Yo he conocido a Rusiñol—me decía—; ¿Qué hombre tan bueno, qué gran corazón de artista!

Y mientras Muñoz vestíase de nuevo con su traje de calle, charlamos largamente sobre el gran autor catalán.

No hace muchos años que Rusiñol es conocido en Chile. Sus libros, traducidos al castellano por el literato español Martínez Sierra, han empezado a ser conocidos aquí por la actual juventud que se preocupa de las letras españolas.

La primera vez que conocí a Rusiñol fué al través de las páginas serenas del libro "El pueblo Gris". Me hizo la sensación aquel libro de un hallazgo afortunado. No era una joya la que tenía a la vista, no era una piedra preciosa sin engaste que temblaba en las páginas con delicados iris; era algo mejor, más fresco, más espontáneo: era aquella lectura, como haberme encontrado un manojo de flores recién cogidas, con mucho perfume y con rocío hecho de lágrimas de sentimientos.

Al terminar de leerlo, creí ver pasar ante mis ojos una sombra querida. Pensé, releí algunos trozos, y luego sonriendo recordé a Alfonso Daudet. Esta era la silueta evocada durante mi lectura.

El gran novelista francés y el autor catalán tienen grandes analogías de espíritu. La visión de la vida y las imágenes externas encuentran en esas dos almas una placa sensible en que reflejarse con el mismo grado de finura y delicadeza.

Los autores se parecen no sólo en el espíritu sino también en su físico. Es muy conocida la anécdota aquella que cuenta José León Pagano en su libro "Al través de la España contemporánea". Rusiñol, cada dos ó tres años, va a París a una clínica a extraerse la morfina inyectada durante un largo tiempo, pues el escritor es morfínmano. Una vez encontrábase éste en una sala de espera de la clínica, cuando se le acerca un joven, y con voz dulce y tierna que parecía evocar algo lejano y querido, le dice:

—Su rostro me recuerda a una persona muy amada...

Rusiñol lo mira sonriendo y le responde:

—Sí... a tu padre.

Aquel joven era León Daudet.

Una de las glorias de Cataluña y de la España entera, es Santiago Rusiñol. Alrededor de su figura hay toda una leyenda de arte y sentimiento.

Hay escritores para quienes la crítica no hace otro papel que analizar friamente sus obras y catalogarlas en seguida. Estas figuras pudiéramos decir que se nos muestran con líneas bruscas, violentas, que no sugieren nada al espíritu, sino que tan sólo son lo que a la vista está. Otros aparecen envueltos, misteriosos, proporcionando a la crítica artística un hermoso y fecundo material de sentimiento.



A estos últimos pertenece la figura de Rusiñol. Sin conocerla personalmente, ya nos la figuramos originalísima y con esa suprema distinción que da la finura de espíritu y la delicada percepción de pupila. Para hablar así, bastanos recordar algunos de sus cuentos: "El patio Azul", "Un entierro", "La alegría que pasa", "Un fotógrafo"... ó alguno de esos trozos de "El pueblo Gris", como aquella pequeña "impresión" escrita con gran finura de detalle y una ironía riante y simpática que se llama "El jefe de estación".

Aparte del gran mérito sentimental y artístico que tiene el total de la obra de este escritor, pudiéramos decir de él que

es el enamorado del detalle y del matiz de la sensación.

En el libro "Desde mi molino" y "Pueblo Gris" puede verse esto a cada instante. Pequeños detalles, situaciones fugaces admirablemente observadas y vertidas al papel con sorprendente fuerza plástica. El ambiente silencioso de los pequeños pueblos de España, el carácter y las costumbres de esas aldeas dormidas, de esas "aldeas grises", en donde parece oírse aún el cascabeleo melancólico de las viejas "diligencias" que cruzan calles polvorosas, cuya única señal de vida es un visillo que se descorre, tras del cual aparece una cara de mujer que mira hacia afuera con unos hermosos y grandes ojos asustados; todo eso, el alma de las cosas, el alma de esas muchachas que esperan un amor que no llega nunca y que son como aquellas dos mujeres del "Amor que pasa" de los Alvarez Quinteros, todas esas sensaciones hondas y sutiles las exterioriza Santiago Rusiñol con gran sentimiento y cariño.

Para mí hay en España tres espíritus que tienen grandes analogías: Rusiñol, Martínez Ruiz (Azorín), el pintor exquisito de los viejos pueblos de Castilla y para quien las cosas tienen alma y alientan con palpitaciones de vida bajo su pluma, y Gregorio Martínez Sierra, el plástico del paisaje, el que mejor lo ha sabido transportar a la literatura entre los contemporáneos españoles, autor de ese libro de cuentos titulado "Sol de la tarde", en el que está aquel maravilloso trozo de sólida y artística psicología que se llama "Los niños ciegos".

Estos tres escritores están unidos por el amor a la naturaleza y por la manera tan sutil de interpretarla con la pluma.

Pudiera citar de cada uno de éstos, páginas que vendrían a probar lo que digo. Tomaría de Rusiñol el cuento "El Pensil"; de Martínez Ruiz, cualquier trozo de su obra "La Ruta del Quijote", y de Martínez Sierra, todo: sus cuentos, sus artículos y sus novelas.

Otras de las cualidades sobresalientes de Rusiñol es la ironía sonriente, buena, sin veneno alguno. Es irónico cuando sufre, como si quisiera con un despunte de burla engañar al dolor que lo asalta. En sus páginas más artísticas y sentidas, en medio de las lágrimas, en medio de las hondas penas de la vida, pone la gota agriada de lo irónico para que haga sonreír, y luego que pasa este fugaz consuelo, la sombra del desencanto, pero proyectada muy rápidamente, así como leve brochazo de sombra, nada más.

En sus libros "Desde mi molino" é "Im-

presiones de Arte", narrando sus viajes por Europa, llega á Suiza, y al describirnos sus lagos, se asoma tras los altos picachos nevados de un San Gotardo ó de un Monte Blanco, diciéndonos que allá abajo ve un laguito azul, con su vela blanca, con sus chalets flamantes; pero todo esto dándole la impresión de una cosa artificial y como de juguete...

Tan acostumbrados estábamos á las descripciones grandilocuentes y cargadas de adjetivos de todos los escritores que han visitado Suiza, que nos sorprende y nos alegra la independencia de criterio de Rusiñol al juzgar de ese modo paisajes consagrados por la crítica turista como de belleza indiscutible.

A cada momento encontramos en sus libros frases cortas que hacen bambolearse viejos prejuicios y desquiciarse rancias preocupaciones en materia de arte ó de belleza.

En el prólogo de su libro "Hojas de la vida" nos dice que ahí encontraremos más páginas tristes que alegres, porque por desgracia, en la vida, más son los días brumosos para el corazón que los iluminados de sol. Y así es. Pero yo amo esa noble tristeza de Rusiñol, siento cariño por esa melancolía aristocrática de sus libros, que no desespera, que no proyecta sombras de pesimismo, sino que es la noble melancolía de las frentes pálidas y serenas de los artistas que sufren el dolor tal como si fuera un sacerdote purificador del arte que los visita de tiempo en tiempo.

El escritor es de esos espíritus selectos que de tarde en tarde aparecen en la literatura de un país. Zola, al empezar el estudio crítico sobre Alfonso Daudet, nos dice que pasarán muchos años y no tendrá la Francia un alma de escritor tan delicadamente dotada como la de Daudet. A Rusiñol puede aplicarse este mismo juicio, y de paso decir que esta simpática España, tan injustamente villipendiada por necios é ignorantes, son varios los espíritus selectos que tiene en su nueva generación. Pero yo les diría á todos esos fatuos gratuitos, casi ahogados por las brumosas literaturas del Norte, que para juzgar hay que conocer á fondo lo que se condena, y que en España hay actualmente todo lo que se envidia á otros países en materia de arte, y sin que haya sido robado á otras literaturas, sino que más bien fué ella la generosa que dió á Francia y á otros países, para las escenas de sus teatros, destellos de los talentos que le pertenecían, como Guillén de Castro, Aguilar, Velez de Guevara, Montalbán, Tirso, Moreto, Lope, Calderón, de quienes los grandes ingenios franceses como Molière, Corneille y Racine, tomaron modelos para su teatro, aunque parezca esto una aberración y un apasionamiento; pero, para probarlo, fácil sería hacer un paralelo de ambos teatros en la misma época.

Hay escritores que sin tocar las alturas del genio, se conquistan más simpatías y amores que los genios mismos. A mí nunca me ha inspirado cariño un genio. Los respeto demasiado, los admiro, pero con esa admiración que nos mantiene siempre á gran distancia de una persona sin que la simpatía nos acerque á ella. Esto del cariño á los artistas es como el amor. Más amamos cuanto más cultivamos el amor. Jamás me sentiría enamorado de una reina, porque esa reina ya tendría para mí la majestad de un mármol maestro. Por otra parte, el genio es también relativo. Hoy día son genios para nosotros aquellos escritores ó artistas que saben penetrar hasta nuestros humildes sentimientos. Los amamos con el

cariño más grande que existe, con el cariño humano de hombres capaces de apasionarse.

Rusiñol tiene en su arte la gracia i la simpatía de la seducción. Leyendo sus páginas, nos disponemos á quererlo. En aquellos cuentos hay tanta bondad y dulzura, que al terminar de leerlos nace espontánea la simpatía. Tiene frases que son una caricia de sentimiento. Para construir las, su espíritu posee el dón de seleccionar las palabras admirablemente, resultando la música de la frase en armonía con el sentimiento que se desea expresar. Me atrevo a decir que el triunfo de algunos escritores es debido casi exclusivamente á esta preciosa cualidad.

Desde que la palabra es el vehículo del sentimiento, su valor es muy grande en literatura. Son las notas del lenguaje que hay que saber distribuir en la gama del sentimiento. Los matices de la sensación, las impresiones fugaces como nubes, requieren para ser exteriorizadas con precisión una valorización justa en las palabras. No se necesita para esto un profundo conocimiento del idioma, sino un sentimiento y un criterio delicadísimo para combinarlas.

A mí parecer, hay palabras livianas y pesadas, nobles y plebeyas. Aún, hay palabras que significan un concepto distinguido, que representan algo noble, pero cuya eufonía, las más veces, es dura y plebeya. He aquí entonces todo el buen gusto que necesita un escritor, ese tacto exquisito y esa fineza de oído para ser feliz y preciso en sus combinaciones. Así se explica el rápido triunfo de algunos escritores, las espontáneas simpatías que nacen al grato calorillo de un estilo privilegiado.

Esto no se adquiere. Es un dón precioso, que puede cultivarse perfeccionándolo; pero es un dón. Las palabras, como instrumentos exteriorizadores de ideas y sensaciones, son los colores de la literatura, las pastas con que el arte literario pinta sus cuadros. Colocad ante un efecto de tarde á varios pintores para que lo interpreten, con sus paletas bien provistas de colores, y vereis que hay uno ó á lo más dos que colorean ese paisaje de una manera que os lo hacen sentir más honda y delicadamente. Y esos dos serán los privilegiados, cuyas retinas más sensibles han sabido ver matices y esfumaciones más exquisitas y fugaces.

Santiago Rusiñol es de estos espíritus, escribe con un estilo que en su artística sencillez acusa un gran temperamento generosamente dotado.

Otra de sus grandes cualidades es la fuerza de vida que tienen sus libros. Vida hecha de melancolías y pequeños dolores; pero vida simpática y buena, que se hace amar.

Su teatro es la continuación de su labor como literato. Sus piezas teatrales son sus mismos cuentos presentados con el mecanismo de la escena. El drama "Libertad" es sacado de un cuento, como "La alegría que pasa", "El patio Azul", "Buena jente", y otros, tomados también de cuentos que llevan los mismos nombres.

Yo prefiero el Rusiñol literato sobre el Rusiñol dramaturgo. El primero es más espontáneo, más libre de toda ficción y artificio. Su teatro, aparte de la honda emoción y realidad que tiene, es siempre inferior á su obra como literato. Sin embargo, ha tenido grandes éxitos en la escena con "La Fea", "Libertad", traducido por Benavente, "El Místico" y "La Madre", extrenados estos dos últimos en Chile con gran éxito por la compañía que

dirige el inteligente primer actor Miguel Muñoz.

Entre su labor literaria, dedica también algún tiempo á la pintura. En este arte es también, como en literatura, el mismo delicado sentimental. Instala su caballete ante un rincón de castillo morisco derruido, para aprisionar esa sensación de silencio y paz, para dejar en el lienzo la decoración mustia de un antiguo patio andaluz, por entre cuyas macetas de verbenas y claveles él amó á aquella pobre muchacha de su "Patio Azul", muerta antes de haber conocido el amor.

En este arte no es un simple aficionado, sino un perfecto profesional. He visto en la obra "Les maitres contemporains" la reproducción de un cuadro suyo. Un tema sencillísimo: un jardín abandonado, sauces mustios, malezas que cubren piadosamente la ruina de una puertecilla por donde pasó en otro tiempo la sultana de grandes ojos cargados de pasión. Todo aquello con honda impresión de silencio y de paz de las cosas abandonadas.

Es colorista y sentimental en sus lienzos. Es el escritor que nos cuenta sus emociones con un pincel empapado en frescuras de jardín, en finas coloraciones de aurora.

Pasa su vida en Sitges, pequeña población de Cataluña, en donde tiene un taller que es un santuario de arte, el "Cau Ferrat" (Nido de hierro), construido sobre las rocas de la costa de Levante. Ahí ha encerrado todos sus amores de artista, cuadros célebres, tapices, estatuas y hierros artísticos y raros. Como Gabriel D'Annunzio, Rusiñol ama el hierro forjado.

¡Cosa extraña! A la vista de todos aquellos hierros, que con su frialdad y dureza parecieran comunicar aspereza al espíritu, han nacido, sin embargo, esos delicados primores de arte, aquellas páginas que parecen haber sido escritas al abrigo de tibias sedas y entre el aliento aromado de flores finas; y ha sido aquel "Nido de hierro" batido por los vientos y las olas, la cuna de esos ensueños.

Un día, tranquilo bajo la decoración gótica catalana del "Cau Ferrat", dícele á su íntimo amigo Utrillo, pintor como él: —¿Vamos á París?...

Y á París enseguida, sin dilaciones, como dos buenos bohemios que no tienen hogar y cuyo techo es el cielo amplio.

Hay en Rusiñol ese espíritu infantil, volandero, amante de la vida en todas sus manifestaciones, caritativo y generoso.

Cuéntase que una vez en un pueblo de España, un pobre prestidigitador enfermo llamaba al público á la puerta de su carpa. Rusiñol y Utrillo pasaban por ahí, y al ver tanta miseria, tomaron por su cuenta la empresa, empezando á vocear con todo entusiasmo las cualidades del prestidigitador:

—"Entrad, entrad, señores, y vereis la maravilla del siglo. ¡Entrad! ¡Entrad!"

A los pocos momentos la carpa estaba llena de jente, y el pobre prestidigitador tuvo con que curarse y comer varios días.

Es la misma alma delicada de sus cuentos, de todas sus páginas; la misma que escribió "Libertad" y aquel trozo de ternura y amor de "El Patio Azul".

Llegue hasta ese solitario retiro del "Cau Ferrat", bajo cuyos techos góticos quién sabe qué ensueños de arte germinarán en estos momentos, un eco de admiración y simpatía desde este lejano Chile, que puede que no se apague en la larga travesía de los mares.

Gabriel del MAR

Santiago, 10 de Abril de 1909.



FLORENCIA

(Páginas de un libro)

A mi distinguido amigo Raimundo Parravichini.



"Los pasillos misteriosos del Puente Vecchio"...

HAY en el centro de Florencia, entre el Arno y Santa Croce, en el antiguo "ghetto" de los judíos, edificios que datan de los primeros siglos de la edad media; sus cimientos son el opus spicatum. El campanilo de Giotto, la catedral (il Duomo), el Palacio Vecchio, la iglesia de San Miniato,—que alza su bóveda de piedra en medio de la ciudad moderna,—son edificios del siglo XIV, cuando Boccaccio, desde la entrada (loggia) Girolami, comentaba la Divina Comedia ante un público refinado y soñador.

Guiándonos por los caracteres de la arquitectura medioeval, no daríamos con la data de esas construcciones. Hay en ellas elegancia sobria y viril, acertada explotación de los recursos góticos y cierta rafaga de oriente, lo que no era común en ese tiempo monacal. Es que las tinieblas de la Edad Media se iluminaban a las orillas del Arno, en el punto en que las ramificaciones de los Apeninos forman un circo encantador.

Los romanos fundaron ahí una ciudad de inspiración y de recreo. La llamaron con el vocablo latino florentia, "ciudad de flores". Los romanos no se equivocaban en la elección de sitios. Roma está mal situada: ello se debe a la tradición inmemorial que ahí dió por fundada la ciudad. Florencia tiene un clima que da al cuerpo solidez y soltura. Como en la suave ondulación de sus colinas, en la mente de los hombres su luz produce flores.

La Europa yacía sepultada en la Edad Media. Sobre las graciosas construcciones del arte pagano, las moles feudales se alzaban brutalmente. La tea del fanatismo devoraba, implacable, las aspiraciones del genio.

Pero Florencia tenía arte, tenía estilo; al parecer la tradición de la Roma de Augusto y Tito Livio no se había interrumpido ahí por completo. Tenía hombres de carácter, y una población inteligente que sabía ser justa y placentera a un mismo tiempo.

Mientras la Europa y la Italia, con armaduras, blazones y cruces, se desgarraban en querellas regionales ó iban a estrellarse contra los muros de Jerusalem, Florencia era una ciudad civilizada. Se regía por un sistema representativo,—seis cónsules y cien concejeros (bonshommes).—Era una democracia vigorosa, un centro fecundo, que difundía el conocimiento del derecho. Ahí se conservan, en las antiguas plazas, las estradas cubiertas desde las cuales los precursores de Savonarola explicaban al pueblo la índole del derecho público. Los filósofos y los artistas mantenían las antiguas luces. Al triunfo intelectual correspondía la prosperidad económica. En 1252 se sellaron en Florencia las primeras monedas internacionales, los florines de oro, que dominarían a la Europa entera. Los traperos florentinos comerciaban con Venecia, París y Londres. El Marzocco, que esculpió Donatello (se conserva en el Museo Nacional), ostentando en su garra el escudo de Florencia, era el lema de la civilización.

La nobleza italiana,—amiga de romper lanzas,—se presentó ante los muros de esa ciudad que encerraba una tan brillante democracia. Iba atraída por las costumbres y por el oro de Florencia. Mucho bien iba a hacerle a esa nobleza fanatizada el liberalismo de los florentinos; iba a influir en el renacimiento del arte pagano, ahora dedicado a la gloria de un Dios único. En cambio ella, la nobleza, sólo le llevaría a Florencia el espíritu enconado del feudalismo.

En 1215,—por el asesinato de un tal Buendelmonte,—la ciudad se dividió en dos campos irreconciliables. Comenzó el drama secular de los güelfos y gibelinos, de los "blancos" y los "negros". Vinieron después las guerras principescas. Por fin, vino la peste que convirtió la "ciudad de las flores" en un pudridero humano. De eso sacaron admirables leyendas el Dante y Shakespeare. Boccaccio, por anacronismo, sacó su alegre Decameron.

La luz de Florencia no deja de inspirar maravillas al cerebro y al corazón de los hombres. De las guerras y las calamidades sacan sus poesías el Dante, sus pensamientos el Aretino y Boccaccio sus leyendas eróticas. Una literatura nueva se levanta, entre batallas y escombros, sobre el fondo de oro de la vieja civilización florentina. Las luchas entre la nobleza y el pueblo remueven el espíritu, seleccionan a los hombres. Las desgracias desprestigian los dogmas absolutos y hacen renacer el escepticismo antiguo. Las querellas de los príncipes dan auge a una diplomacia rennada y maliciosa, de la cual Maquiavelo es el gran maestro. La Divina Comedia no es sólo el exordio quemante de las discordias güelfas y gibelinas, que Dante prolonga en la eternidad,—¡tan fuertes eran! La antigua filosofía revive en el inmortal poema. La inteligencia moderna hace su primera aparición en la moral anacreóntica de los cuentos de



La Virgen de la Silla

Boccaccio; el sentido práctico y refinado de la vida, el sensualismo delicado, la concepción irónica de las convenciones humanas.

Los escritos de esos dos florentinos despertaron a la humanidad de un letargo de ochocientos años. Dante es el verdadero fundador de la poesía moderna. El reemplazó la dicción grotesca de los trovadores de la Edad Media haciendo revivir la pureza antigua. Boccaccio escribe sus capítulos licenciosos con estilo clásico, sereno, imperturbable. Las figuras cómicas de Calandrino y Buffalmacco están pintadas en períodos ciceronianos. El malicioso rostro de Fiametta adquiere a veces la enigmática sonrisa de la Gioconda. Esos cuentos de mujeres infieles y de maridos crédulos, en purísima prosa romana, le recuerdan a Paul de Saint-Victor los bajos relieves antiguos en los cuales las ninfas conducen por los cuernos a los carneros dóciles...

Instituciones políticas liberales facilitan el florecimiento de las artes. Como rayos de luz y de belleza atraviesan las macabras tinieblas de la Edad Media, las estatuas de Orcagna, los cuadros de Cimabué, las construcciones de Arnolfo del Cambio, Giotto y Donatello, formados en las obras de los anteriores, son más perfectos y educan a Miguel Ángel y a Rafael, que serán los maestros definitivos.

El talento, durante los siglos bárbaros que mediaron entre la antigüedad y los tiempos modernos, se había refugiado en Florencia. De ahí comenzó a dilatarse por la Italia, por el mundo. El genio político de Lorenzo de Médicis afianzó el predominio de Florencia sobre Milán y Venecia, es decir, sobre el norte y el oriente.

Ese príncipe aprovecha su sangriento poderío para imponer las artes, las letras y las ciencias. A su amparo se funda la "Academia platónica", corporación de misioneros intelectuales que recorrieron la Italia reabriendo las fuentes de la cultura antigua.

Lorenzo de Médicis creó esa escuela de príncipes para los cuales la razón del Arte estaba por encima de la razón del Estado. Fué el maestro de esos creyentes que festejaban como a los Santos a los dioses del Olimpo, de esos patriarcas para los cuales el Arte era una segunda religión. Lorenzo de Médicis quería que el catolicismo tuviese formas más bellas que el paganismo. Sobre una cruz hacía modelar el cuerpo de un Júpiter, en vez



"Cipreses negros bajo un cielo azul intenso..."

de la figura macilenta del Jesús medioeval. En el palacio del Podestat (Bargello),—donde se ha instalado el Museo Nacional,—se conserva uno de los cañones que Lorenzo de Médicis hacía fundir para sus atroces rivalidades; esa masa de bronce destinada al exterminio, afecta la forma de una elegante columna; su boca de fuego es un chapitel corintio... Elevó de tal modo a los artistas que, más tarde, los papas los hicieron sus compadres y los reyes sus amigos.

Era un podestat, heredero de una tradición de sangre y de violencia. Pero la Toscana lo convirtió en un rey de arte, de poesía y de ciencia. Mereció el nombre de **Lorenzo el Magnífico**. Es así como se lo representa la historia: abriendo las puertas de oro del Renacimiento ante el caos de la Edad Media.

Florencia es la reina de las ciudades; Florencia es la capital del mundo. Nace el siglo XVI en la admiración de sus obras maestras. La escultura clásica se levanta del sepulcro. Formas desconocidas aparecen en todo el esplendor de su belleza. El genio humano despierta, y recupera sus fuerzas plásticas. Las gracias y las gallardías del estilo toscano fascinan y seducen a todos los príncipes de la tierra. Francisco I sólo se consuela de la pérdida del Milanés contemplando esa Ninfa de Fontainebleau, hecha en París por el toscano Benvenuto Cellini. La diosa que se alarga voluptuosamente sobre el flanco de un ciervo lo hace recobrar su sonrisa de "fauno enamorado". Clemente VII, agonizante y ciego, palpa con sus dedos trémulos los relieves de unas hermosas medallas. Las agarraderas de los vasos sagrados simulan ninfas que se miran en la sangre de Cristo. Un cardenal paga a precio de oro un salero que reproducía a Anfitriona enlazando a Cybele.

Hay entre los héroes del Tasso, en la *Jerusalem Libertada*, uno que deja el campo guerrero de los Cruzados, y llega al jardín de una hada de Oriente, donde "las flores llueven, los pájaros hablan y el amor se respira en el aire luminoso y fresco". Me figuro que la sorpresa de ese héroe fué semejante a la sorpresa del mundo, despertado por el genio florentino en el pórtico del encantador Renacimiento.

Todos los artistas de la Italia y del mundo acuden a beber el secreto del Renacimiento en esas aguas cristalinas del Arno, que parecían contener la misteriosa esencia del genio. Miguel Ángel trabajó en Florencia el *David* que se conserva en la Academia de Bellas Artes; *Leda*, el más estupendo soplo de sensualismo que el genio de los hombres haya inculcado a la piedra—en el Museo Nacional; las figuras simbólicas de la noche y de la aurora en la capilla de los Médicis, y una serie de obras inconclusas que arrojan luz sobre los procedimientos del maestro.

Rafael pintó en Florencia esa *Virgen de la Silla* que se guarda en la galería Pitti, la tela mágica por el realismo y el colorido, la mejor de todas las que pintó ese artista adolescente, la que revela la honda ternura del amor materno. Rafael produjo en Florencia muchas otras obras maestras, el retrato de Angelo Doni, el de Julio II, etc., etc.

La atracción de Florencia sobre todos los artistas de la península debíase a que grandes maestros conservaban y enriquecían el estilo toscano.

Benvenuto Cellini prosigue la obra de Donatello, y la de Luca della Robbia, inventor de los bajos relieves esmaltados.

La gloriosa tradición de la pintura florentina, la tradición de Cimabué y de Giotto, se ve continuada por Sandro Botticelli,



"Ostentando en su garra el escudo de Florencia, que era el lema de la civilización..."

artista angelical que une el pasado con el Renacimiento por medio de una legión de figuras que respiran vida, amor, delicadeza. Botticelli es el hombre fecundo que impone el genio toscano á todo el arte del siglo XV, hasta que, á fines de ese mismo siglo, el divino Carlo Dolce lo toma para imponerlo hasta el día de hoy.

El Renacimiento no fué una época reposada, y su arte no fué un lujo, ni un gusto, ni un diletantismo. Fué una pasión fanática, terrible, algo como un islamismo que, en vez de destruir sus ídolos, los imponía y los propagaba furiosamente. Los artistas eran gigantes con manos de hadas, gladiadores que manejaban el pincel, cyclopes que cincelaban anillos. El éxito de las obras de arte se discutía á golpes de estileto. La belleza de una obra hacía perdonar un asesinato á esa extraña justicia del siglo XVI, cómplice bárbara del refinamiento intelectual. Todo artista de genio era un criminal impune.

Este carácter intratable de las relaciones se hacía sentir hasta en la obra de las naturalezas más delicadas. Todo el Renacimiento tiene un sello endemoniado. Las violencias del crimen ponen su sello en los productos de la inspiración. El genio de Miguel Angel se traduce en fuerza y en sombra. Los rostros que pinta Leonardo de Vinci se parecen todos al retrato de César Borgia, todos tienen esa mirada que penetra en la imaginación como una punta de acero.

Florenia los atrae, irresistiblemente, á esos crueles corifeos del Renacimiento. Los maestros toscanos enseñan el secreto de la luz armoniosa y de la concepción poética, transmiten un temperamento sublime para envolver las escenas dramáticas. Miguel Angel, bajo la dulce presión del genio florentino, se humaniza y esculpe la Piedad (San Pedro de Roma), Leonardo de Vinci pone sobre el rostro sombrío de su Gioconda una sonrisa triste y soñadora. Rafael toma vuelo como un angel que se escapa de un presidio (no otra cosa que un presidio era la escuela de Umbría).

Esa fué la influencia exclusiva de Florenia; este fué el manto de armonía y de ensueño que extendió sobre todo el Renacimiento italiano, y que hizo llegar hasta España para suavizar á los fogosos discípulos de Velázquez y hacer que Murillo pintara sus vírgenes.

La Italia de esa época, ennoblecida y decorada por el arte, no deja de ser un Pandemonium. Se encuentran en ella diletantis que eran bandidos, y grandes maestros que envenenaban á sus discípulos y á sus rivales. "Era un jardín de Armida lleno de tigres",—dijo un viajero francés.

No obstante, sobre ese temporal humano ondula un soplo divino; hay una forma sublime que se impone á esa savia desbordante á la cual las pasiones artísticas dan forma, como las escorias al bronce. Ese soplo divino, esa forma sublime, son el genio de Florenia que se dilata y se fija.

¡Qué bien se siente esta delicada y poderosa influencia, qué bien se la ve en la tela que cada uno de los grandes artistas del Renacimiento dejó en Florenia, como el creyente deja en el altar su voto más íntimo!

En la Galería de los Oficios, que se une con el palacio Pitti por los pasillos misteriosos del Puente Vecchio, están las obras de Fray Angelico, de Bartolomeo, de Guido Reni, de Rafael, de Andrea de Sarto, de Carlo Dolce, de cuanto genio se inspiró en la grandeza del cristianismo bajo la luz del cielo de Florenia. ¡Cuántas horas inolvidables, de emocionada fascinación artística, pasé en esas galerías de obras maestras! Esas galerías que, aunque son muy largas, siempre terminan demasiado pronto... Ahí comprendí las corrientes y las luchas artísticas que formaron esa época grandiosa. Las comprendí á la simple vista, sin necesidad de consultas históricas ni de dogmatismos sabios. Ahí tuve cien veces ganas de exclamar como el Corregio: "Yo también soy pintor!".

La influencia toscana se me apareció dominándolo todo, como el Ideal común de aquellos hombres. Todos aceptaron el honor de continuar la tradición. En este noble esfuerzo aparecen confundidos los grandes y los pequeños. Cada uno quiso ser una rama del árbol toscano, ó una flor de Florenia, ó un minuto siquiera de ese gran día del Renacimiento. Por esto, en los museos de Florenia, los cuadros agrupados dan la idea de un conjunto poderoso.

Ya no existe esa fecunda tiranía de las grandes escuelas. Ahora cada artista obra según su temperamento independiente. Son tan híbridos los museos de obras modernas que, muchas veces, visitarlos es un martirio. Por esto cuando se llega á las galerías de Florenia es delicioso. Hay en esos cuadros antiguos algo impersonal que permite ver, más allá del fragmento, el vasto esfuerzo colectivo de la época. En aquel tiempo, una sola idea era el móvil de la inteligencia y del corazón: la grandeza del cristianismo.

* *

La adorable campiña de Florenia es la Toscana toda entera; esa Toscana en la cual el Chianti, en sus "fascos" de gollete largo y fino, parece ser el aliciente de los ensueños. Ahí todo es bello, todo es dulce. Lo terrible de la historia se encuentra suavizado por la gracia de la leyenda. Sobre las ruinas sangrientas que dejó el antagonismo entre güelfos y gibelinos, entre montescos y capuletos, se levanta el amor shakespeariano de Romeo y Julieta.

Esas muchachas pobres, que en las tardes de invierno acuden á la plaza d'Azeglio,—calentando sus manos en jarros llenos de brasas que llaman *scaldinos*,—tienen en los ojos algo de Beatriz y en los labios algo de Fiametta...

Los campesinos toscanos hablan de un modo dulce, convirtiendo la *c* en *h* aspirada, y, á cada momento, les viene á la memoria un versículo del Dante...

El paisaje general, entre Siena, Florenia y Pisa, es amable, variado y gracioso, en su carácter uniforme. Los castillos de la Edad Media aparecen en las altas y boscosas montañas; las quintas del Renacimiento en la abundante llanura, con sus terrazas llenas de estatuas de mármol que resaltan entre los cipreses negros, bajo un cielo azul, intenso, como el azul de los paraísos pintados en los misales antiguos.

De todas las regiones de Italia, la Toscana es la que más conserva el tinte poético de otro tiempo. Por eso, los que la recorren, aunque no sean poetas, encuentran en todas partes lo que hizo exclamar al autor de *Vita nuova*: "*Sedendo io pensoso in alcuna parte, mi giunse una immaginazione d'amore*". Esto dió su carácter á la escuela florentina.

Para los extranjeros, Florenia no es sólo un punto de tránsito y de curiosidad artística; es también un sitio de vida reparadora, de deleite, de inspiración. Ninguna ciudad italiana tiene alrededores más hermosos que Florenia, llenos de quintas y jardines pertenecientes á extranjeros opulentos y artistas.

Dos veces, en distintas estaciones, tuve la fortuna de recorrer la Italia, con la viva emoción, con el encanto apasionado del diletante que lee una historia novelesca escrita con ciudades, sobre el fondo cálido de una admirable vegetación.

Fué Florenia la ciudad que más me retuvo, que más me hizo olvidarme en la embriaguez estática que produce el arte. Conservo adorables visiones de mis correrías por esa comarca ideal, visiones que se asocian á las estrofas de la Divina Comedia y á los sonetos de Cino.

En los alrededores de Florenia aprendí á amar y á comprender la Italia, hasta en su más remota aldea, hasta en su detalle más pequeño. Vi esos fragmentos deliciosos, de autores desconocidos, que tienen, sin embargo, un punto supremo, en el cual se irradia la gloria de la escuela toscana. Sentí en esas capillas ignoradas, que tan admirablemente ha descrito Bourget (*Sensaciones de Italia*), en el fondo de húmedas sacristías, lejos de los turistas y del Baedeker, todo el poético encanto de los frescos pálidos...

Si me alejé con pena, cada vez, de ese país en que las ruinas hablan y las leyendas cantan, fué de Florenia, de donde me fui con verdadero dolor, lamentando haber nacido bajo un cielo tan lejano, haciendo votos por volver, como si enjambres de visiones, desprendidas de las páginas de Boccaccio ó de los cuadros de Botticelli, hubiesen venido á dejarme á la estación, ofreciéndome las unas su fresco y gracioso sensualismo y las otras su divino pudor de lirios transparentes.

B. VICUÑA SUBERCASEAUX



Conversaciones sobre Arte

EL PINTOR DON ALFREDO HELSBY Y SUS OBRAS.—LA MONTAÑA EN EL ARTE

ALGUNOS meses después de mi llegada á Santiago vino un día de visita á mi casa mi pobre amigo Alfredo Valenzuela Puelma. Le acompañaba un caballero de aspecto marcadamente inglés, de porte muy distinguido y aún algo tieso, de expresión seria, iluminada, á intervalos, por el rápido rayo de sol de una fina sonrisa. Lo que me llamó luego la atención en la fisonomía de don Alfredo Helsby—ese fué el nombre que dijo Valenzuela al presentármelo—fué la intensa claridad de los ojos, de mirada ora escrutadora, penetrante, ora soñadora, triste y de una dulzura de poeta ó de mujer. Después de las primeras palabras de presentación, el señor Helsby me enseñó una cartera llena de apuntes y estudios de pintura que representaban la cosecha artística de un viaje en las regiones del Sur que acababa de realizar, haciéndome el honor de manifestar su deseo de que le diera mi opinión sobre esos trabajos. En seguida hizo desfilar delante de mis ojos una serie de paisajes, de notas de color, de impresiones de cie-

los que me dejaron sorprendido y encantado: todos estos cuadritos ó bocetos revelaban una comprensión exquisita de la Naturaleza y un sentimiento extraordinario de la luz, pero nó de la luz violenta y conseguida por contrastes de efecto fácil, sino de la luz que fluye de todas partes, que lo baña y envuelve todo, que se insinúa y penetra en los ojos sin ofenderlos; al mismo tiempo, se notaba en estas obritas una atmósfera pura y liviana, delicadamente movida por esta infinita vibración, este estremecimiento de los átomos en los rayos luminosos que sólo las naturalezas muy sensibles y exquisitamente dotadas pueden percibir y traducir.

Desde luego, esta colección de pequeños *panneaux* denotaba al artista nato,

á quien sólo faltaba, para hacer obras definitivas, posesionarse más de algunos principios técnicos de ejecución y de dibujo y también viajar, cambiar de ambiente y de horizontes, conocer el movimiento artístico mundial y todas las grandes escuelas artísticas del pasado. Este viaje hacia las fuentes del Arte lo pudo realizar al fin el pintor algún tiempo después de este primer saludo que yo cambié con él, y los resultados superaron las esperanzas que él mismo y las personas que tenían fé en su porvenir artístico habían podido concebir.



La carrera artística de Don Alfredo Helsby puede servir como modelo de perseverancia, de energía, de método, puestos al servicio de la más intensa fé y amor al Arte.

El me contó que, muy niño todavía, sin saber aún lo que era pintura ó dibujo, estaba enamorado de la Naturaleza, y sacaba goces profundos de la contemplación de los árboles, de las flores, de las primaveras radiosas y de los otoños vestidos de oro y morado; hacía ramilletes en los cuales, intuitivamente, componía los colores, buscaba armonías y después volvía feliz á su casa con su ramo arreglado por él, como, más tarde, debía gozar al traer á su taller de artista una impresión cogida al vuelo, una nota de color ó de luz sorprendida... Pero es probable ¡ay! que estos últimos goces no fueran nunca tan grandes, puros y completos como serían los del niño con sus flores en que tenía puestas todas las ilusiones, todas las aspiraciones que llenaban su pequeña alma, que cantaban su himno en su cabeza de futuro artista que se ignoraba á sí mismo.

Luego la vida, la vida prosaica y material, lo cogió muy joven todavía en sus garras y él tuvo, para atender á sus necesidades

y sobre todo á las de su familia, que emplearse en una casa de comercio, cuando apenas acababa de hacer sus primeros y tímidos ensayos artísticos. Sin embargo, ya tenía, para sobrellevar los sinsabores y las vulgaridades de una vida tan contraria á sus gustos y á sus aspiraciones artísticas, un talismán precioso: lo que le fortalecía y le daba ánimo era mejor, mucho mejor, que la "mentira vital" que ayuda á vivir á los personajes de Ibsen, era la conciencia de ser un artista y la voluntad de llegar á ser un verdadero pintor. Una vez más la leyenda del Corregio se realizaba. Además, sucedió que en esos mismos tiempos tuvo ocasión de mostrar sus primeros ensayos pictóricos al pintor inglés Sommerscales, quien, descubriendo en ellos cualidades de primer orden, animó mucho al joven principiante, ofreciéndole sus consejos y su dirección artística.

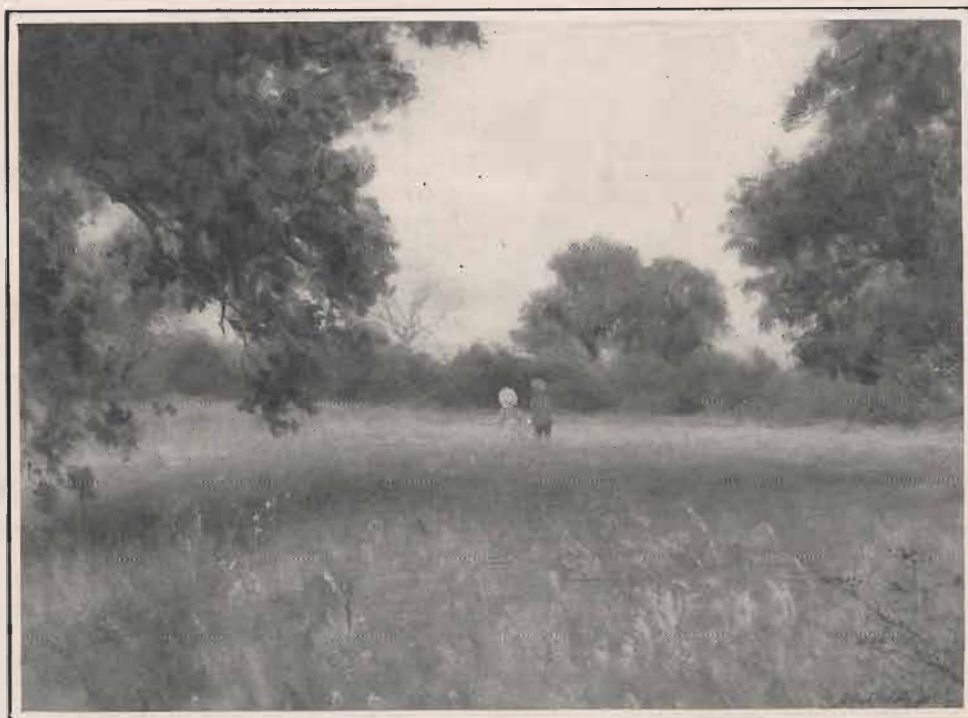
Ya empleado de comercio, quedábale muy poco tiempo al señor Helsby para dedicarse al arte; pero durante todos los años,

demasiado largos, que estuvo sujeto por sus obligaciones profesionales, no tuvo un día, no tuvo una hora de libertad que no la consagrara enteramente á la pintura. Todos los Domingos ó días de fiesta se internaba en los campos de los alrededores de Valparaíso en busca de un tema ó de una impresión, y cada vez traía un nuevo apunte, una nueva nota y sobre todo un nuevo aumento en el bagaje de sus conocimientos y observaciones. Durante los primeros años le solía acompañar en sus expediciones artísticas el pintor don J. F. González, cuyo temperamento más fogoso y entusiasta tuvo cierta influencia en la primera parte de la carrera de Don Alfredo Helsby. Esta manera llena de cualidades, pero más efectista que delicada, no podía con-

tentar por mucho tiempo su espíritu refinado y metódico: necesitaba una disciplina que le permitiera dominar y encauzar sus impresiones para darles, por una ejecución ó interpretación razonada, el máximo de intensidad. Esta disciplina la encontró él en la dirección y enseñanzas de su amigo Don Alfredo Valenzuela Puelma.

Se puede decir que desde que estos dos hombres se juntaron, la carrera artística y la vida intelectual de cada uno de ellos se hacen inseparables de la vida y de la carrera del otro. Conmúese ver el fervoroso culto que el señor Helsby profesa por él hoy desgraciado artista de quien se proclama discípulo, pues no solamente sus ideas artísticas eran iguales, sino también otras de orden moral, intelectual y científico.

Al fin llegó el tiempo en que Don Alfredo Helsby pudo independizarse, es decir, en que su arte pudo ser su única profesión, y desde ese momento su labor fué inmensa. La costumbre de las anotaciones rápidas, de las impresiones tomadas al vuelo, que el corto tiempo de que él disponía y los largos intervalos entre sus sesiones de pintura le habían obligado á tomar, y por otro lado, la falta de tiempo para estudiar una técnica muy sabia, aprendiendo los procedimientos para hacer "un cuadro" en el sentido que todavía da á esta palabra una parte del público, hicieron que el señor Helsby prefiriera siempre esta manera de expresarse, aunque haya pintado también algunas telas de mayor tamaño. Pero lo que le caracteriza, lo que se presenta inmediatamente al espíritu, al oír pronunciar su nombre, es el recuerdo de estas series de acuarelas ó pequeños cartones pintados al óleo, tan delicados y distinguidos, que dejan en los ojos y en la memoria una impresión luminosa y sonriente. Es que, además de la sensibilidad de la impresión, Don Alfredo Helsby



Paisaje de Helsby

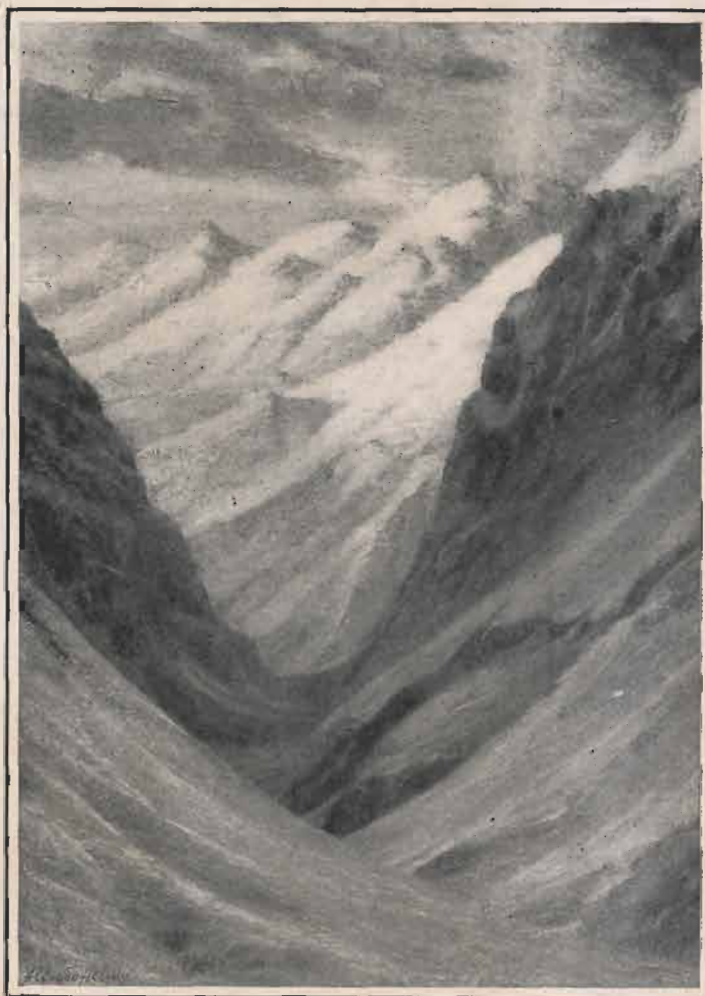
tiene el instinto innato de la composición, de modo que cada uno de sus pequeños cartones forma un cuadrado perfectamente completo y equilibrado, generalmente con una nota principal de color brillante, grupo de flores, hojas secas doradas, que son el pretexto de la composición y también la base armónica á que dan todo su valor y que hacen "cantar" los delicados matices de grises colorados del rincón de paisaje que los rodea. Es el mismo sistema que empleaba el gran Whistler en sus preciosísimas pequeñas "armonías", algunas de las cuales son poco mayores que una tarjeta de visita y valen más y dicen más que kilómetros de pintura de otros pintores: son lo que los sonetos de Petrarca y de Heredia en la literatura, las melodías de Schumann y de Grieg en la música.

Sin embargo, trabajando siempre en el mismo circulo, en la misma atmósfera, sin conocer por otro conducto que los libros que tratan de arte y algunas reproducciones destinadas más bien á engañar que á enseñar, la evolución artística de los grandes centros intelectuales, el pintor estaba expuesto á amanerarse; pues, al mismo tiempo que iba perfeccionando por el estudio y un trabajo encarnizado su técnica personal, corría el peligro de que esta técnica, perdiendo las vacilaciones y naturales torpezas del principiante, que tienen también su encanto, se vuelva, por falta de elementos de comparación para completarse y ampliarse, algo estrecha y mezquina. Felizmente, en los precisos momentos en que podía mejor aprovecharla, vino la realización de sus deseos y anhelos, la posibilidad de ir á conocer el Viejo Mundo y sus tesoros artísticos.

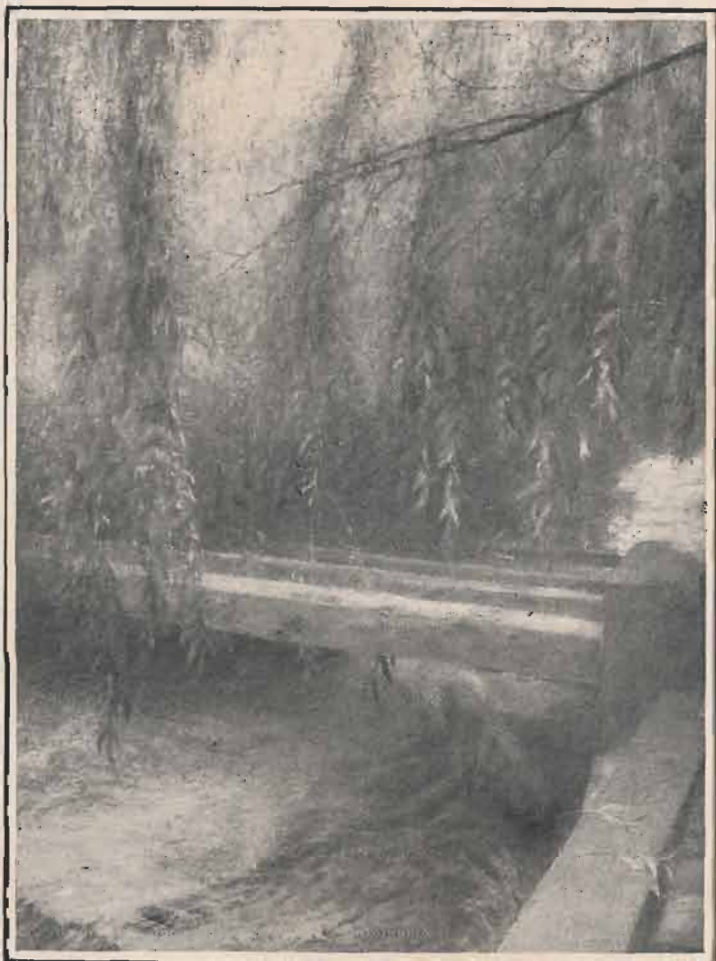
Consagrando al fin sus repetidos éxitos, el Gobierno le concedió una pensión que le permitió embarcarse en buenas condiciones.



Pasaré rápidamente sobre los dieciocho meses de la permanencia de Don Alfredo Helsby en Europa: los empleó en recorrer los museos, Salones y galerías de pintura, almacenando en su cabeza enseñanzas, observaciones y datos. También él pintaba, pintaba siempre, en Francia, en Inglaterra, á bordo, en el Brasil, procurando aprovechar luego todas las impresiones frescas que recibía, todas las ideas nuevas que iban enriqueciendo su cerebro. Su amigo y maestro, Don Alfredo Valenzuela Puelma, había ido á juntarse con él, en ese viaje fatal durante el cual debía dejar ahí su razón y su conciencia: los dos organizaron en Francia y sobre todo en Inglaterra exposiciones que obtuvieron un franco éxito y de las cuales una parte de la buena prensa inglesa se ocupó con el más vivo interés. Con legítima satisfacción, el señor Helsby enseña estos artículos encomiásticos de la descontentadiza crítica europea, pues él no es un "mo desto" en el sentido vulgar que se da á esta palabra: no tiene



Paisaje de Helsby



Paisaje de Helsby

esta cualidad negativa ó positiva enfermedad que tanto daña á los que la poseen, y que tanto alaban—¡y bien saben por qué!—los que tienen las condiciones contrarias... Como hombre que se ha hecho sólo, que todo lo debe á sí mismo, á su energía y á su temperamento, él tiene perfecta conciencia de su valer, y conociendo que los merece, acoge con sencillez los elogios que se le hacen, encontrando en ellos, eso sí, un nuevo aliento, una nueva fuerza para seguir su camino y sus progresos. Le estimaría menos si se portara de otro modo...

Los resultados del viaje del señor Helsby á Europa los hemos podido estudiar en las dos últimas exhibiciones que hizo de sus obras, primero en el Salón del mes de Noviembre del año pasado y últimamente en el Hall de "El Mercurio" en la exposición que organizó para presentar sus más recientes obras y algunas de su aventajada discípula, la señora Luisa Viechmann, cuyos progresos hacen honor á su propio talento y á la dirección de su maestro. Las obras del señor Helsby reproducidas en este número de "Selecta" figuraron en esa exhibición. Desde luego, lo que se pudo notar en el conjunto de las obras presentadas fué, al mismo tiempo que la mayor seguridad y el dominio del arte adquirido, la lenta pero decidida evolución del artista, abandonando poco á poco la observación y anotación directas, la reproducción exacta de un motivo real, para buscar más la síntesis, la impresión de conjunto y también la interpretación más libre, prescindiendo de los detalles, ó, mejor dicho, escogiendo entre ellos sólo los que pueden contribuir á dar más fuerza y carácter al asunto general. El pintor anda con tiento y prudencia en este nuevo camino, y en su última exposición sus dos maneras, la antigua y la nueva, eran representadas en proporción casi igual. En los paisajes, copiados directamente del natural, un camino de aldea, un grupo de árboles, un rincón de patio rústico, etc...; llenos todos de sus preciosas cualidades acostumbradas, se notan todavía, sin embargo, ciertas durezas, se sienten algo el trabajo, el esfuerzo, la preocupación del artista de ser exacto: parece como si su inspiración tuviera las alas cortadas. Pero al lado de éstos, hay toda una serie de trabajos—y son los en que se marca la evolución que yo señalo—que son de franca interpretación y en los cuales el pensamiento del autor se ensancha y toma su vuelo. El no se contenta ya con retratar un rincón de paisaje: procura traducir grandes impresiones recibidas y sintetizar escenas grandiosas é imponentes de la Naturaleza. A este orden de ideas me parece que pertenecen estos distintos y profundamente sentidos aspectos de cordillera, y estos cielos formando montañas y castillos que se amontonan y desmoronan sobre vastas llanuras.

Cualquier tema ó motivo necesita, para constituir una obra

de arte, ser interpretado y reflejar la impresión personal del artista que impone así su manera de ver al público. Encuentro más bonita que justa la famosa frase que dice que un paisaje es un "estado de alma", porque toda obra de arte debe ser no solamente eso sino también el resultado de largas y serias observaciones, el conjunto y la síntesis precisamente de muchos estados de alma; pero entre todas las manifestaciones de la naturaleza, las que sin duda necesitan más este estado de alma, esta interpretación, y en las cuales ella debe ser el verdadero "sine qua non", son la Montaña y el Mar. Entre todas las malas pinturas, las peores, las más deplorables son las malas marinas ó vistas de cordillera, quizás por el mayor contraste entre la sublimidad de la escena y la pobreza de la reproducción; también porque el mar y la montaña, no siendo nunca inmóviles, no presentan jamás un aspecto perfectamente concreto y definido y porque, en una palabra, las impresiones que evocan, siendo múltiples y fuera del marco ordinario de la vida, escapan, para ser retratadas, á los espíritus insuficientemente cultivados ó poco sintéticos.

Como en la realidad, los contrastes y accidentes provocados por la montaña y el mar en el arte, son violentos y brutales: no admiten, se diría, que los toquen manos profanas, y cuando eso ocurre se vengán con crueldad y con desdén. Y en ese caso también, la montaña se hace más inaccesible que el mar: contactados son los grandes pintores marinistas, pero mucho más raros todavía son los que han triunfado al atacarse á la montaña. Fijar un momento fotográfico de la cordillera ó del océano es disminuirlos, estrecharlos, á ellos, que son todo grandeza, todo movimiento: una copia exacta y fiel de la montaña, hecha concienzudamente por un dibujante ó pintor que no busca sino las proporciones matemáticas y la línea verdadera, y que se esmera en reproducir los innumerables detalles que percibe su retina, da la impresión de un plano de geometría ó de un mapa para la enseñanza de los niños. El infantil y fácil recurso de colocar figuritas ó casitas minúsculas para dar idea de la inmensidad de la montaña vecina, produce generalmente el efecto diametralmente opuesto, pues da á todo la apariencia de un juguete, como cuando el cruel y odioso Swift coloca su Gúliwer al lado de los gigantes, no es con el propósito de mostrarnos seres superiores y sobrehumanos, sino al contrario para rebajar sus gigantes á la condición de hombres muy inferiores y vulgares y á Gúliwer á la proporción de un insecto miserable y ridículo: así todo queda empequeñecido y envilecido. La montaña se impone á nuestro espíritu y nos aplasta, no por la idea de una comparación ó relación estadística, sino por la realidad de su mole que, como el movimiento incesante y real del mar, está fuera del alcance de todo pintor. Lo que el artista debe buscar en ella es, pues, un orden de impresiones muy distintas, como es traducir su misterio, su soledad y su silencio, sus feéricos y mágicos efectos de luz sobre la nieve y ese "algo" indefinible que reside, más que en los objetos mismos, en la idea que nos formamos de ellos, en las leyendas, recuerdos, temores, ilusiones, esperanzas con que ellos se presentan á nuestra imaginación, como ocurre, por ejemplo, con las impresiones que nos producen los crepúsculos...

El gran artista italiano Segantini es, quizás, el pintor que ha

ahondado más en el estudio de este aspecto sintético de la montaña: la austeridad, la soledad y el misterio de sus cuadros de montañas dejan en el espíritu un recuerdo fuerte, rudo y casi penoso. También los artistas japoneses, y á su cabeza el gran Hokusai y Hieroschigué, han conseguido hacer de sus famosas vistas del Fushe-Yama el símbolo de su arte y casi de su tierra: estas dos maneras, en los dos polos opuestos, de ver y de comprender la montaña, la una emocionante y profundamente sentida, y la otra decorativa, tienen, sin embargo, la misma causa, que es la producción de la sensación por la pura interpretación.

Todas estas reflexiones me las inspiraron las interesantísimas impresiones de cordillera que nos presentó el señor Helsby, muy nuevas y personales: en una de ellas se respira, entra en los pulmones el impalpable polvo de nieve que remolinea en el torbellino de la borrasca; en otro se siente uno invadir por el frío la noche que sube, la soledad, y en todas hay la impresión de la altura, del aire más puro y también una sensación exactísima de la nieve, de la nieve al mismo tiempo frágil y consistente, blanda bajo su superficie delicadamente resistente y quebradiza, irisada con estos anacarados matices tan idealmente finos. Don Alfredo Helsby parece ver y comprender la nieve como la comprendía y veía el pintor Thaulow en sus admirables interpretaciones de invierno que le dieron su gran fama.

Por lo que he entendido, el señor Helsby quiere entregarse más á la cordillera, que tan bien ha respondido á sus primeras tentativas con ella. Si, al mismo tiempo, continúa en su trabajo de perfeccionar su dibujo, todavía un poco vacilante é inseguro, y su factura, hasta dominarla por completo, no dudo que, con el tesón y la ardiente fé artística que lo distinguen, llegue él á grandes resultados: el dibujo y el dominio de la paleta son todavía más importantes cuando se pretende hacer obras sintéticas en que la gran sencillez produce la mayor fuerza, pero en que también esta sencillez tiene que ser el producto de una profunda ciencia, que debe eliminar todo lo inútil para dejar lo esencial. Puvís de Chavannes, para llegar á la admirable silueta de sus figuras definitivas, hacía una escala de dibujos cuyos primeros tenían su anatomía casi exagerada para, poco á poco, no conservar sino la línea ideal; pero construida de una manera inatacable y en un estilo soberbio. Penetrándose bien de estos principios, y continuando al mismo tiempo sus preciosas anotaciones, sus estudios de luz y de sol y sus delicadas armonías de flores, el señor Helsby puede llegar á ser el pintor de la cordillera y alcanzar la cumbre en este camino tan poco explotado, ó, mejor dicho, explotado de una manera tan anti-artística, no solamente aquí, sino en el mundo entero.

Es lo natural que un país como Chile, donde la Naturaleza se manifiesta únicamente en sus formas más grandiosas como son el mar y la montaña, que forman los únicos espectáculos naturales que se imponen á la vista, de cualquier lado que se mire, produzca pintores que sean los intérpretes y los cantores de estas sublimidades en medio de las cuales nacen y se desarrollan sus almas de artistas.

Richon BRUNET

LA SALA DE ESPERA

ALLÍ, frente á donde vivíamos en la otra orilla del Sena, había una casa tan baja y oculta, de una forma tan diferente de las demás, que, á primera vista, se adivinaba que había sido construída para algún fin tenebroso.

De noche infundían miedo aquel tubo tan extrañadamente largo; aquellos muros desiertos sin ventanas ni colores alegres como una caja cerrada; y sobre todo, aquella lucecilla oscilante que no se apagaba nunca; luz de buque fantasma, que producía escalofríos; luz de administración reflejada allá abajo, en las aguas resbalantes y fangosas del Sena. Vista de noche, la Morgue, era el cementerio más solitario en que el hombre podría encontrarse.

La teníamos allí, frente á nosotros, como una sombra horripilante. En las tardes grises nuestros ojos la adivinaban; la adivinábamos, siempre, aún en los días en que la niebla cubría la silueta de los edificios, entre el resplandor de incendio que despedía París, la adivinábamos á través de la oscuridad en una aureola, aislada como una pupila perdida en las tinieblas.

Aquella luz nos atraía como el quinqué de la casa de un muerto; jamás pasábamos por frente á aquella sala de espera, de aquella estación de ultratumba, de aquel cementerio interior, sin que no nos sintiésemos atraídos y no entrásemos á ver los cadáveres expuestos.

Estaban allí. Se les veía detrás de aquellos vidrios, junto aquel tubo, con el termómetro á la espalda y la máquina fotográfica mas allá, como si no fuera bastante fría la muerte. Allí estaban echados sobre el zinc, con el rostro vuelto al público, pintadas con bermellón las mejillas, cubiertos con sus propias ropas, y un número grande á sus pies, como etiqueta de la víctima, como

precio del hombre, como la última cédula, la última papeleta y el visto bueno dictado por la sociedad, para poder anotarlos en los libros de registro. Allí estaban civilmente clasificados; todos llevaban estampados en las huellas de su muerte no sé qué de presentimiento, algo que hacía decir: ese hombre tenía que matarse; ese otro tenía que caerse al río; aquél no podía vivir; la última sombra gris los envolvía á todos; gris tirando á morado, escuela del color turbio de las multitudes, color cernido por el tamiz de la miseria; esencia de la desgracia, desteniduras de la muerte. Allí estaban esperando que les conociesen al menos, que al menos les borrarán del anónimo para no irse como un número más llevándose una papeleta.

La gente se detenía; no les conocía ninguno; todos pasaban de largo; nadie entraba en aquella casa, ni transpasaba aquellos cristales velados por el frío de aquella máquina que helaba á la misma muerte.

Un día vimos á un viejo que palidecía más que un muerto y que estuvo á punto de caer en tierra, al mirar el cadáver de un joven.

—¿Le conoce usted?—le preguntaron los guardianes.

—No le conozco—respondió el viejo conmovido.

—¿No le conoce?

—Quizá es su padre—nos dijeron al verle salir.

—Pero, ¿por qué lo ha negado?

—¿Quién sabe!—nos contestaron. Tal vez por no declarar, tal vez por vergüenza, y tal vez—se dan casos—para no costear el entierro.

Santiago RUSISOL

Don EMILIO MITRE

LA personalidad de don Emilio Mitre es ya suficientemente conocida de nuestros lectores para ocuparnos aquí extensamente de ella. Estas líneas no son más que un homenaje, un recuerdo tributado al egregio político argentino fallecido hace poco en esta ciudad de Buenos Aires. El señor Mitre pasó de esta vida en medio del estupor de la sociedad bonaerense, la cual le había visto pocos días antes no más, de pié, conversando al azar bajo las palmeras de Palermo.

De este estupor y espanto participa entera la patria argentina, la cual, á su vez, le había visto días antes ocupar, con la actitud de un hombre que se dispone al trabajo, su asiento de diputado nacional en la apertura del Congreso.

Ante la trágica nueva, que circuló con la rapidez con que circulan las noticias terribles y agobiadoras, el país entero se preguntó si aquella súbita partida, si aquel inesperado golpe caído medio á medio sobre las incertidumbres políticas del momento no era injusto, no era demasiado prematuro, no era una irritante traición del destino.

Y todo el mundo estuvo en lo cierto. El sentimiento predominante en este coro de lamentaciones ha sido, sin duda, el haber visto desaparecer de la escena pública á un hombre henchido de ilusiones y de bellos ideales políticos sin haber llegado á realizar ninguno de ellos; sin haberlos realizado, por lo menos, desde el terreno desde donde él quería.

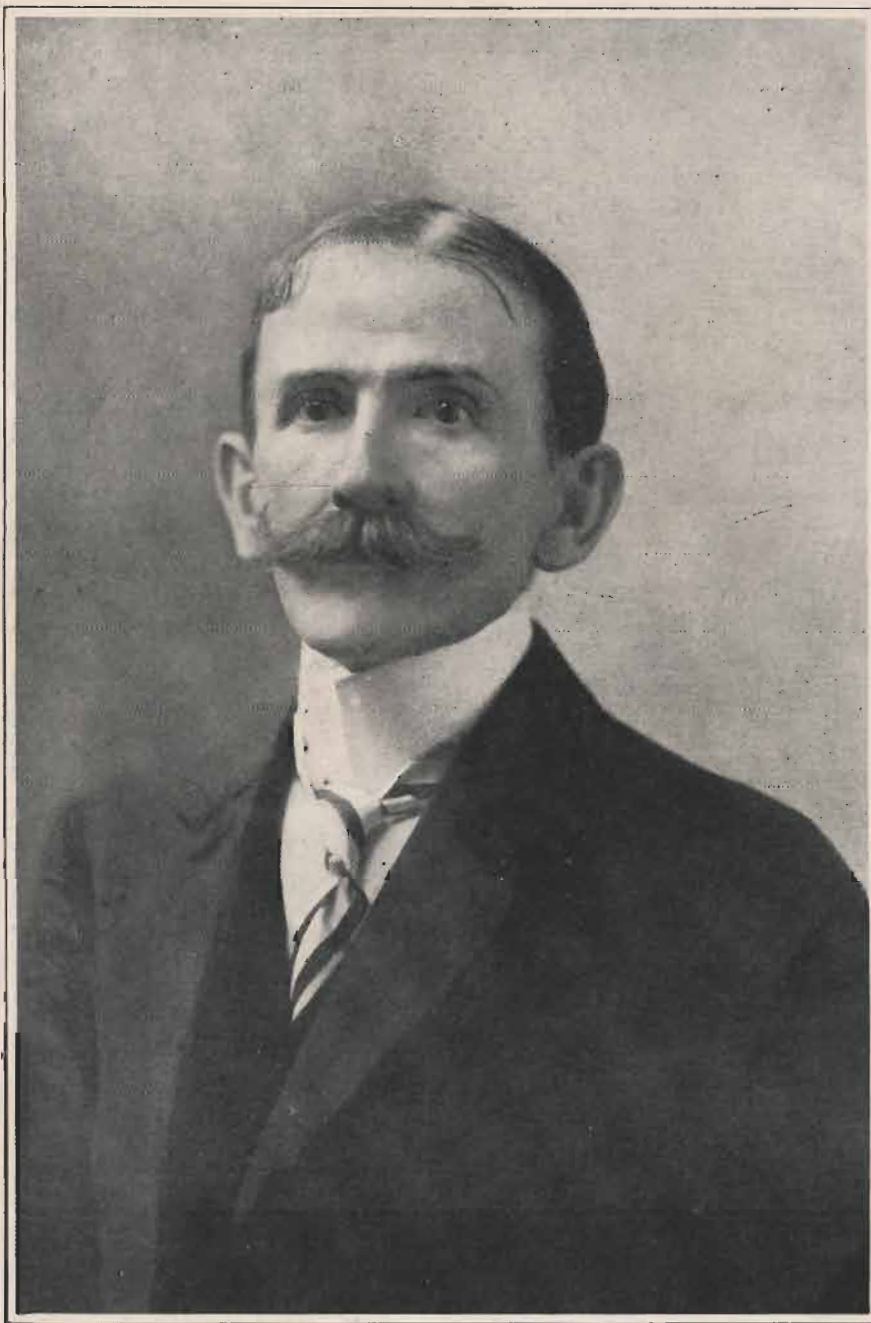
Emilio Mitre, á tener una larga vida, habría sido Presidente de la República y en la cumbre de tan alto puesto habría sido el continuador más ferviente y acaso el más práctico de la obra de su ilustre padre.

La Cámara de Diputados de Chile tributó, por medio de su Presidente, honores á la memoria de este ilustre diputado argentino.

La Cámara Nacional de su país rindióle también los honores debidos.

Las siguientes palabras del Presidente Canton de la Asamblea sintetizan en unas cuantas líneas la vida de acción y de trabajo del preclaro hombre público:

“Su labor legislativa, dijo, como presidente de la comisión de obras públicas en el período próximo pasado, ha sido de tal magnitud, que bastaría ella sola, sin computar para nada las múltiples manifestaciones de su poliformo talento, para asegurar á su nombre la inmortalidad con este título: “Gran servidor del país”. Porque los numerosos ferrocarriles que en adelante han de surcar— llevando hasta ellas el movimiento y la vida —las estériles y casi olvidadas planicies argentinas; los diques que en lo sucesivo convertirán las lluvias estériles de la actualidad en el regadío fecundante del porvenir; lo que por acto de justicia se llamará en lo sucesivo “canal



Emilio Mitre; los numerosos monumentos arquitectónicos que adornarán á muchas de nuestras ciudades, capitales... y tantas otras leyes debidas á su iniciativa y labor intelectual, están demostrando hasta dónde puede llegar el adelanto de una nación cuando tiene la fortuna de contar entre sus servidores á hijos de la talla científica, moral é intelectual de Emilio Mitre”.

Hay pocos ciudadanos que puedan presentarse con títulos más honrosos, de frente, ante la posteridad.

MONT-CALM

La batalla de Tacna

(RELACION TOMADA DEL DIARIO DE CAMPAÑA DEL JENERAL DON DIEGO DUBLÉ ALMEIDA)

En marcha

PRINCIPIARON los aprestos para la marcha de todo el ejército. Al amanecer del 25, todo estaba listo. La 3.ª división—en cuyas filas marchaba el que estas líneas escribe—esperó que la 1.ª y 2.ª avanzasen la distancia conveniente para emprender la marcha a su vez, debiendo seguir la 4.ª, y luego la reserva, compuesta del Bufo, 3.º y 4.º de línea y Búlnes.

La marcha se hizo sin inconveniente alguno, pues se tuvo cuidado de dar descanso cada media hora. De esta manera no se fatigaba mucho el soldado, ni quedaban rezagados.

El día era sumamente caluroso. El agua que el soldado llevaba en su cantimplora debía, de consiguiente, consumirse muy pronto, a pesar de las recomendaciones repetidas de los jefes y oficiales de economizarla cuanto fuese posible. Previendo el pronto consumo del agua, se había enviado antes de amanecer sesenta cargas de barriles que la contenían, que debían esperar al Ejército en Quebrada Honda, a medio camino de la distancia que debíamos recorrer aquel día.

A las 12 M. alcanzamos los carros que conducían las municiones y los estanques con agua, luchando con las dificultades que presentaba el terreno blando y arenoso. A pesar de que eran arrastrados algunos hasta por ocho mulas, no era posible hacerlos avanzar. Además de las dificultades del camino, el ardiente sol de ese día fatigaba extraordinariamente a los animales.

Dejando a nuestra izquierda los carruajes, continuamos nuestro camino, esperando que a la caída del sol y con el fresco de la noche las municiones y el agua llegarían al día siguiente con oportunidad al lugar donde se encontraba nuestro ejército.

No obstante las fatigas de la marcha, los soldados se manifestaban contentos, deseando encontrar al enemigo lo más pronto posible. Durante los descansos se les oía hacer comentarios sobre la próxima batalla, y cada uno esperaba tener ocasión de distinguirse, preparando la bandera para el caso de necesitar de ella.

Respecto a la bandera nacional ocurre entre los soldados algo muy curioso. En el campamento se la ve flamear en todas partes: colocada en una caña, en las tiendas, en los pabellones de armas, en las bayonetas de los fusiles. Es muy raro encontrar un soldado que no tenga una bandera chilena. Muchas mal hechas, con los colores cambiados, vueltas hacia abajo, estrías de varios números de picos; pero el soldado tiene una bandera de su propiedad, que en el campamento la coloca, como ya queda dicho, en marcha en su fusil, y en combate envuelta en el cuello o en la cintura. Además del cariño natural que todos los rotos tienen a su bandera, la razón principal para que todos la lleven en campaña es que cada uno tiene la esperanza de ser el primero en llegar a un reducto, a una trinchera, a un puesto tomado al enemigo, y hacer flamear allí la bandera chilena; hecho que nuestra ordenanza militar considera como acción distinguida, y, de consiguiente, premiada.

A las 5 P. M. el coronel Amunátegui, comandante de la 3.ª división, que había quedado atrás, me alcanzó. Aproveché de su presencia en la división para separarme y adelantarme de ella con un ayudante, a fin de tener visto y elegido el lugar donde por esa noche debía acampar.

Había galopado algunos centenares de metros cuando, poco antes de llegar a Quebrada Honda, encontré tres heridos que nuestros cirujanos curaban a un lado del camino. Estos eran tres de los arrieros que conducían las sesenta cargas de agua, salidas de Sama

en la madrugada de ese día, que habían sido sorprendidos por una partida enemiga de caballería, habiendo sido aquellos heridos y tomados prisioneros, el capataz y tres individuos más. Estas cargas iban sin custodia alguna, sin embargo de haberse designado un piquete de caballería para que las vigilase hasta Quebrada Honda; pero esta fuerza, que salió de Sama una hora después de la partida de las cargas, no pudo encontrarlas a causa de haberse internado éstas por una quebrada donde fueron sorprendidas y atacadas por el

3.ª división, a 200 metros a retaguardia de la 1.ª. Comisioné al ayudante Peñafiel para que volviese y guiase al coronel Amunátegui al lugar donde debía acampar.

Enfrente del enemigo

Después de una hora de espera, llegó la 3.ª división al campamento, siendo difícil dar a colocación a causa de la oscuridad. Establecida ya, los soldados se echaron a tierra, rendidos de cansancio y de sed. Nuestra división debía cubrir los puestos avanzados de la derecha de las dos líneas, servicio que tuvo que hacer la infantería, no obstante el cansancio y fatigas de la marcha, por no haber llegado aún al campamento la caballería que quedó en Sama para salir en la tarde. Como se ve, no podía ser más irregular el servicio de marcha de este Ejército, careciendo en absoluto de la asistencia de la caballería en circunstancias tan delicadas y peligrosas.

También quedaban atrás toda nuestra artillería, parque y estanques con agua, luchando con las dificultades del camino.

La 4.ª división y los regimientos que formaban la reserva cubrían la retaguardia de esta inmensa columna en marcha.

Al acampar la 3.ª división dejó a su izquierda el lugar que debía ocupar la 4.ª cuando llegase.

La noche del 25 al 26 ha sido la más penosa que ha pasado nuestro Ejército en esta campaña. Además del cansancio del soldado por la larga marcha, cargado con su armamento, municiones y equipo, la sed lo tenía desesperado. No había agua. La que se había enviado en la mañana había sido tomada por el enemigo. Sin embargo, no se oía una sola voz de queja. Los soldados, acostados sobre la arena humedecida por la "camanchaca", conversaban en voz baja sobre la batalla que debía darse al siguiente día.

Para que el mecanismo del fusil no sufriese con la humedad de la noche, cada soldado colocaba su arma debajo de su cuerpo. De esta manera se conservaba bien. Al soldado no le importaba estar incómodo y sufrir en esta posición, pero sí le importaba que su arma estuviese en buen estado de servicio para el trabajo del día siguiente.

El coronel Amunátegui había armado su tienda. Allí llegué, después de establecer el servicio de avanzadas y rondar en nuestra ala derecha, para esperar el arribo de la 4.ª división que debía hacer este servicio en el ala izquierda. Pocos momentos después entró a la tienda el coronel Lagos. Conversábase sobre la posibilidad de que el enemigo, conocedor de la localidad, tratase de sorprendernos aque-

lla noche en nuestro vivac, lo que no sería difícil; la oscuridad de la noche y la "camanchaca" favorecían esta operación.

Retirándose que hubo el coronel Lagos, me dirigí a la tienda del general en jefe, donde esperaba encontrar al jefe de Estado Mayor, coronel Velásquez. Ambos estaban allí. Les comuniqué que la 4.ª división aún no llegaba, y la conveniencia y necesidad de que la 3.ª hiciese también el servicio de avanzadas en el ala izquierda mientras llegaba la 4.ª. El general en jefe me autorizó para que yo tomase todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa del enemigo, y salí en dirección al lugar donde acampaba el regimiento de artillería de marina. Con fuerzas de este cuerpo establecí las avanzadas del ala izquierda.

De regreso al campamento, al pasar por los distintos vivacs, recomendaba a los soldados no moverse en el caso de que fuerzas enemigas asaltaran nuestras posiciones, ni hacer fuego sino a la voz de sus jefes u oficiales. Todos los soldados estaban despiertos y con-

EJERCITO DE CHILE



Jeneral Don Diego Dublé Almeida

enemigo. Los arrieros no llevaban arma alguna, y no obstante de no hacer resistencia fueron heridos por la partida que los sorprendió; apresados el capataz y demás individuos que lo acompañaban, y conducidas al campamento enemigo las cargas y las mulas.

Continué la marcha acelerando el paso para alcanzar a la 1.ª y 2.ª divisiones y poder dar cuenta del lugar en que debía acampar la 3.ª antes que cerrase la noche. Pasada Quebrada Honda, ya el camino principió a confundirse con el resto del terreno. Tentamos encima la noche, y la oscuridad aumentaba con la "camanchaca" que principiaba a extenderse.

Apresuramos la marcha con el ayudante Peñafiel que me acompañaba. Serían las 8 de la noche cuando creímos notar una sombra que supusimos fuesen tropas estendidas en línea de batalla. Al mismo tiempo se nos da el "¿quién vive?" Habíamos llegado al campamento que ocupaban la 1.ª y 2.ª divisiones. El jefe de Estado Mayor General me indicó el lugar en donde debía establecerse en línea a

testaban: "No tenga cuidado, mi comandante, que pase todo el Ejército enemigo sobre nosotros, no nos moveremos".

A las 2 de la mañana del 26 regresé a la tienda del coronel Amunátegui y afuera de ella me eché al suelo sobre una manta a descansar, teniendo a mi lado a mi caballo. Me fué imposible dormir. A cada instante oía el alarido de las centinelas, que consistía en hacer sonar la cartuchera, ó en golpear las manos, sonido que se perdía á medida que los puestos de centinelas se alejaban.

Preliminares

Al amanecer sentí varios disparos de fusil hacia nuestra izquierda. Monté á caballo y me dirigí al lugar de donde venía el fuego, no ya uno que otro tiro, sino fuego sostenido. Mientras galopaba, éste cesó. Al llegar á las avanzadas del ala izquierda, me oíeron allí que habían hecho fuego sobre varios bucos que se habían dividido á través de la "camanchaca", los que habían desaparecido rápidamente. Pocos momentos después, aclarada la atmósfera, pudimos ver gruesas columnas del enemigo que se retiraban con gran rapidez á ocupar sus posiciones. Como habíamos supuesto, y según más tarde supimos, había venido á sorprendernos durante la noche una gruesa fuerza enemiga, pero se estravió en las pampas ó arenas de aquella localidad á causa de la oscuridad y muy principalmente de la "camanchaca".

Al regresar á la tienda del coronel Amunátegui, busqué algo que comer; pero el oficial encargado de proporcionarnos, á los jefes de la 3.ª división, algún alimento durante la marcha y el día del combate, había descuidado su cometido, y nada había para nuestro rancho. Lamentaba la situación, pues no había comido el día anterior y no había probabilidad de poder hacerlo el día de la batalla, cuando se me presentó un soldado ranchero del 4.º de línea que servía á los ayudantes de la 3.ª división, pasándose una gran taza de café y un pan que, por lo duro, bien pudiera servir de proyectil, lo que en aquellos momentos era un amuerzo ó desayuno espiéndido, que tomé con gran satisfacción y apetito. Al devolver la taza al ranchero, la acompañé con un billete de diez pesos que hacía días llevaba en el bolsillo sin tener en que gastarlo. No podía, pues, ser mejor empleado que en pagar una taza de café en tan solemne día, por más que la propina fuese expiéndida y no estuviese en relación con los cortos medios del agraciado por el rancho del 4.º de línea.

Al amanecer del día 26 llegaban al campamento nuestra caballería, la artillería y la 4.ª división, tomando colocación esta última á la izquierda de la 3.ª y á retaguardia de la 2.ª.

El parque de municiones y los carros con agua aún luchaban con las dificultades del camino y no llegaban.

Me trasladé á visitar la 4.ª división, de la que mi hermano Baicomeiro era jefe de Estado Mayor. Supe entonces que durante la noche se habían estraviado y que habían tenido gran trabajo para encontrar el lugar donde estaban acampados.

Nos hallábamos á seis kilómetros del enemigo. Este ocupaba las mismas posiciones del día 22, es decir la extensa loma que cierra el valle de Tacna por el norte. La cresta se veía cubierta con las líneas enemigas, destacándose á la derecha una fortaleza. En este mismo costado se veía un grupo de caballería, en la base de la loma. Las tropas no se veían, pues todas estaban detrás de sus abrigos esperando nuestro ataque. Solo de trecho en trecho asomaba la parte superior de varias tiendas de campaña.

A las 1 A. M. el ayudante de campo, teniente coronel don Waldo Díaz, vino á decirme que el general en jefe me llamaba. Después de comunicar esta orden al coronel Amunátegui, me puse en marcha con el comandante Díaz en busca del general en jefe: Díaz me dijo que el general, al mismo tiempo que á mí, había mandado llamar á varios otros jefes, entre ellos á mi hermano. Cuando llegamos al cuartel general ya se hallaban allí, rodeando al general en jefe, Velásquez, Lagos, Amenguai, Barceló, Bulnes (Manuel), Barboza y Aublé.

El jefe de Estado Mayor, coronel Velásquez, manifestó que el general deseaba comunicar á los jefes que se hallaban presentes cuál era su plan para el ataque de las posiciones enemigas que teníamos á la vista, y que después de expuesto esperaba que con franqueza hiciese cada uno las observaciones que estimara convenientes para el éxito de la operación. Hizo el coronel Velásquez una exposición de las fuerzas enemigas y de la situación de ellas en la línea, según los datos que se habían obtenido en el Estado Mayor, resultando de ella que en el ala izquierda enemiga era donde estaba concentrado el mayor poder de ese Ejército, tanto por el número como por la calidad de sus defensores.

Durante una hora, más ó menos, se habló sobre el ataque á las posiciones enemigas, y se resolvió lo siguiente:

La artillería chilena debería principiar sus fuegos sobre las trincheras enemigas á fin de destruirlas y desalojar de allí, en cuanto fuese posible, la infantería que cubrían. Esta operación debería ejecutarse cuando nuestra infantería fuera del alcance de los fuegos del enemigo. Cuando el momento fuese oportuno nuestra infantería marcharía sobre la línea atrincherada en la forma siguiente: La 1.ª división, compuesta de los regimientos Chillán, Valparaíso, Esmeralda y Navales, atacarían con ímpetu y decisión el ala izquierda enemiga; la 2.ª división, compuesta de los cuerpos

Atacama, Santiago y 2.º de línea, el centro; y la 4.ª división, compuesta de Cazadores del Desierto, Lautaro y Zapadores, el ala derecha, tratando de envolverla en el movimiento. La 3.ª división marcharía á 500 metros á retaguardia de la línea formada por la 1.ª, 2.ª y 4.ª divisiones, á la altura del intervalo que resultase entre la 1.ª y 2.ª, lista para ocurrir en protección de cualquiera de estas divisiones que tenían que atacar el ala izquierda enemiga, la mejor defendida de la línea peru-boliviana. La reserva, compuesta de los regimientos Buin, 3.º 4.º y Bulnes, marcharía á 800 metros á retaguardia de la 3.ª división. La caballería marcharía en protección de nuestra ala derecha, los Granaderos; en protección del ala izquierda, los Cazadores, y del centro, los Carabineros.

Este fué el orden y disposición del ataque que quedó acordado ejecutar.

La batalla

Todos los jefes marcharon á dar á las fuerzas de sus comandos la situación acordada y la organización para emprender la marcha sobre el enemigo, lo que fué ejecutado rápidamente.

Se adelantaron las descubiertas. La caballería pasó á ocupar los flancos y retaguardia de nuestra línea. La artillería marchó á vanguardia en busca de posiciones ventajosas para su mejor empleo, posiciones difíciles de encontrar porque el enemigo, que había tenido dos meses para elegir lugar conveniente para espararnos, se situó donde nuestra artillería no pudiera causarle gran daño. En toda esta extensión llanura no se divisaba una sola eminencia donde nuestros cañones pudieran situarse con ventaja. El enemigo era dueño de todas las posiciones altas.

Estando ya nuestras tropas colocadas en la posición del ataque acordado, se dió una ración de agua, de algunas cargas que llegaron en ese momento, solo á una parte del Ejército, más ó menos á 6,000 hombres.

Los estanques con agua, municiones de repuesto y todo el servicio de intendencia, luchaban aún con los inconvenientes del camino á retaguardia de nuestro Ejército.

Mientras se daba á nuestras tropas la colocación de ataque, se presentó al cuartel general el comandante Bulnes, trayendo prisionero á un oficial peruano que mandaba una partida de exploradores que habían sido capturados en una de las hondonadas del terreno á nuestra derecha. El oficial fué interrogado por el coronel Velásquez acerca del punto donde continuaba la izquierda de la línea enemiga, y aquel indicó desde el sitio donde se encontraba una tienda de campaña en la que se veía una pequeña bandera boliviana, agregando que allí la línea formaba un martillo hacia el valle de Tacna, reforzado por sobre número de tropas que las que ocupaban el resto de las trincheras. Agregó algunas otras explicaciones de importancia para nosotros.

Los comandantes de divisiones, jefes de Estados Mayores y algunos jefes de cuerpos, fueron llamados al cuartel general. Se les dió allí las últimas instrucciones para el ataque. El general en jefe les dijo, más ó menos, lo siguiente: "La patria espera hoy de sus hijos un nuevo triunfo. Yo sé que lo obtendremos con este abnegado Ejército que ha sabido soportar resignado tantas fatigas, tantos sufrimientos, hasta llegar al frente del enemigo. Detrás de esa loma está el valle de Tacna, donde hay mucha agua. Para llegar allí hay que pasar sobre el Ejército peru-boliviano y vencerlo. No hay retirada; es necesario vencer. ¡viva Chile!"

Efectivamente, no había retirada. La derrota de nuestro Ejército significaría la muerte, puesto que el hambre y la sed aguardaban á que retrocediese. No había retirada; nada se había dispuesto para este caso; las naves se habían quemado; era necesario triunfar. Se jugaba en ese día la suerte de Chile, y el último soldado así lo comprendía. Cuando los jefes comunicaron á la tropa las palabras del general, los soldados contestaron con grito atronador: ¡á Tacna! ¡á Tacna! ¡viva Chile! apenas apagado por las banderas de música de los distintos regimientos que tocaban el himno nacional.

A las 10 A. M. el enemigo rompió el fuego con la artillería, que fué contestado por la nuestra con tiros rápidos y certeros sobre las trincheras.

Después de una hora de cañoneo, nuestra infantería en dispersión avanzó sobre el enemigo.

La 1.ª división, cuyo jefe recibió del coronel Velásquez la orden de atacar con rapidez y decisión el ala izquierda enemiga, se puso en marcha por un bajo á nuestra derecha, y pronto desapareció para volver á verse subiendo el plano inclinado que la separa del enemigo. Con sorpresa vimos que los bolivianos, que defendían esa ala, salían de sus trincheras para batirse con nuestros soldados.

La 2.ª división, á su vez, se pone en marcha para atacar el centro de la línea enemiga.

Y la 4.ª se adelanta ejecutando un movimiento envolvente sobre el ala derecha enemiga que la defiende, además de su línea de infantes atrincherados, una fortaleza cuya artillería hace sobre los nuestros un nutrido fuego.

Mientras se ejecuta este ataque de nuestra infantería, la artillería chilena continúa con sus certeros disparos, destruyendo las trincheras enemigas y silenciando sus cañones.

Esta era la situación de nuestro Ejército á las 12 del día, y este fué el momento del desarrollo completo de la batalla en toda la línea, tanto en la nuestra como en la enemiga. El fuego era tan sostenido por ambas infanterías,

que sólo se oía un redoble continuado, interrumpido por los disparos de artillería.

A medida que avanzaba nuestra infantería en el ataque á las posiciones enemigas, lentamente también avanzaba la 3.ª división para atender á la 1.ª y 2.ª, que sostenían los fuegos vivísimos del ala izquierda enemiga. Y la reserva avanzaba también, conservando la distancia conveniente para estar fuera del alcance de los fuegos del enemigo.

El general en jefe, con su jefe de Estado Mayor General y sus ayudantes, ocupaba una pequeña eminencia á retaguardia y á la altura del pequeño intervalo de nuestra línea entre la 1.ª y 2.ª divisiones. Desde aquí veíamos distintamente todo el campo de batalla, y observábamos el avance de nuestros infantes en dispersión ascendiendo el plano inclinado por donde tenían que marchar para negar á las trincheras enemigas.

Hacia como una hora que había principiado el asalto—que no otra cosa era aquel combate, dada la situación que ocupaba el Ejército peru-boliviano,—cuando el coronel Velásquez me hace notar á nuestra derecha, un poco en avance, una numerosa fuerza que no podía distinguir si era nuestra o enemiga. Me creí que fuese á reconocernos. Después de algunos minutos de galope, pude cerciorarme que eran tropas de la 1.ª división que habían quedado de reserva por mandato del jefe de ella. Esto me causó gran sorpresa, porque me hallaba presente cuando el jefe de Estado Mayor ordenó al comandante de aquella división que atacara el ala izquierda enemiga—cuyo extremo le indicó por la situación de una loma en que había una gran tienda de campaña con bandera boliviana—con todo el grueso de la división y con el mayor ímpetu posible. Al recibir esta orden, el coronel Amenguai volvió y dijo al coronel Urriola, de guardias nacionales: "nos mandan á matadero", palabras que no oyó Velásquez, ó aparentó no oír.

Al llegar á una altura del terreno, pude ver que las fuerzas que habían quedado de reserva habían entrado ya en combate para apoyar á las que venían en retirada, pues el enemigo había rechazado el primer ataque de nuestras tropas de la 1.ª división. Pronto también se vieron envueltas en la retirada las que habían ido en auxilio de aquéllas.

Allí encontré al capitán de guardias nacionales, don Alberto Gormaz, que sacaba de la zona de fuego, á la grupa de su caballo, al capitán del batallón navales, don Guillermo Carvallo, que había recibido grave herida.

Volví con presteza para comunicar al Estado Mayor la situación en que se hallaba la 1.ª división. En mi camino encontré parte de la 3.ª que marchaba rápidamente en auxilio de aquélla.

Este refuerzo contuvo la retirada de la 1.ª división, que volvió al ataque de las posiciones enemigas, cuyas tropas habían salido ya de ellas en persecución de las nuestras.

En gran parte contribuyó á que el enemigo se repiegase á sus trincheras, el movimiento de ataque que hizo nuestra caballería en esta ala, que, aunque no alcanzara al enemigo—pues tomó por éste á los navales, causando algunas bajas—infundió gran terror en las tropas aliadas que volvieron con presteza á ocupar sus defendidas posiciones.

Pronto se restableció el orden en el combate, y nuestros soldados marcharon más animosos al ataque.

Desde el sitio en que se hallaban el general en jefe y jefe de Estado Mayor, se habían apercebido de la situación difícil en que se encontraba la 1.ª división, y habían dado las órdenes para que cargara la caballería y marchara la 3.ª división en su auxilio. Parte de ésta también refortizó en el ataque á la 2.ª división.

Fué enviado por el general en jefe á nuestra ala izquierda para informarme de lo que allí pasaba, y tomar, en acuerdo con el comandante de la 4.ª división, coronel Barboza, municiones para la infantería que estaba próxima á consumirse. Como el ayudante (mi hermano materno, Diego Miller Almeida), había sido herido al atravesar el campo de batalla, y no se hallaba en estado de mantenerse á caballo, el general en jefe me ordenó fuese á ponerme á las órdenes de Barboza.

Atravesé á gran galope la extensa línea de batalla, y llegué donde el jefe de la 4.ª división que se hallaba en una eminencia, desde donde se dominaba con claridad la línea enemiga. Le dije á lo que iba, manifestándole que municiones no se le podían enviar, porque el parque aún no llegaba, pero que podía traerle fuerzas de la reserva, que aún no había entrado en combate, en el caso que necesitara de ellas. En ese momento la situación de esa división era la siguiente:

El jefe de Estado Mayor de estas fuerzas había logrado colocar la artillería en una altura del otro lado de la quebrada que defendía el ala derecha enemiga, y desde allí nuestros cañones habían causado un efecto terrible en la línea contraria, silenciando la artillería de la fortaleza que había en aquella extremidad. Los Cazadores del Desierto, salvando grandes dificultades que les oponían las irregularidades del terreno, habían envuelto el ala derecha enemiga y marchaban al ataque con vigor y decisión. Las tropas del Lautaro atacaban oblicuamente y con gran empuje; y Zapadores marchaban de frente, en dispersión, subiendo y bajando los innumerables lomaes de aquel terreno.

Después de observar el campo, el coronel Barboza, con su semblante lleno de satisfacción, y en el lenguaje familiar que usaba conmigo, me dijo:

"Tu hermano (el jefe de Estado Mayor de la 4.ª División) no sé cómo ha podido colocar la artillería en aquel cerro. Desde allí les

la hecho pedazos el fuerte... ¡Mira, que viejo tan bravo...!" y me mostraba al comandante Robles, del Lautaro, que, espada en mano y á vanguardia de las guerrillas de su batallón, subía la ladera que conducía al fuerte. Y tomando en seguida aire y lenguaje de jefe, me dijo: "Vuelva, señor, donde mi general en jefe y dígame que si no tengo municiones, ese fuerte lo tomaré á la bayoneta".

Convencido de que las fuerzas de nuestra ala izquierda habían llenado ya satisfactoriamente la parte que les correspondía en aquella batalla, y que en pocos momentos más serían dueños de la línea enemiga, volví á gran galope en busca del general en jefe.

En mi camino tuve el sentimiento de encontrar herido al comandante Santa Cruz de Zapadores. Conversé con él un momento. Me manifestó que creía que su herida en el vientre era grave. Su alegría fué inmensa cuando le comunicé que el triunfo era nuestro. —"Déjame abrazarte, me dijo, este es un día muy grande". Y me bajé del caballo para abrazar al amigo y compañero, á quien dos días después tendría que llevar al cementerio de Tacna.

El triunfo

A las 2 P. M., nuestras tropas habían dominado por completo las posiciones enemigas y peruanos y bolivianos apresuradamente abandonaban el campo de batalla en dirección á Tacna, perseguidos de cerca por las fuerzas de la 1.ª División, guiadas por el coronel Amengual.

El enemigo, que á esa hora veía el indomable empuje con que nuestra infantería atacaba sus posiciones; que se despiegaba en apoyo de los primeros asaltantes la 3.ª División; que más allá avanzaba la columna de nuestra reserva, que aún no tomaba parte en la batalla; y que más lejos, en el horizonte, se diseñaban las líneas y pelotones que formaban nuestro parque de municiones y carruajes que conducían el agua, tomando todo esto como nuevas reservas, abandonó el campo y se pronunció la derrota.

Nuestras tropas, —excepto la 1.ª División que bajó al valle picando la retaguardia de los que huían, —se detuvieron en el campamento del Alto de la Alianza, nombre que habían dado á ese sitio los peruanos y bolivianos. Allí encontramos las ambulancias del enemigo, llenas de los numerosos heridos que habían tenido en esta sangrienta batalla. Los médicos y empleados superiores de las ambulancias se presentaron al general en jefe, y éste les dió toda clase de garantías para que tranquilos y sin temor alguno se entregaran al desempeño de sus humanitarios deberes.

El Ejército chileno acampó en este lugar, sirviendo las tiendas de campaña del enemigo para dar albergue á nuestros jefes y oficiales heridos.

Se dispuso que fuerzas de caballería marchasen en persecución del enemigo que huía por el camino de Pacha.

Recibí orden del general en jefe para prevenir al coronel Amengual que ocupara con su división la ciudad de Tacna y se acampara allí, tomando toda clase de disposiciones para asegurar el orden en la ciudad. Al mismo tiempo me previno que buscara al general boliviano don Juan José Pérez, que había sido herido de gravedad en el combate de ese día, según la exposición del jefe de las ambulancias enemigas, lo saludase á su nombre y le ofreciese todos los recursos y auxilios que su estado necesitase.

Acompañado de un sargento de caballería, me dirigí á la ciudad de Tacna, previniendo á mi asistente y designándole el lugar donde debía armar mi tienda de campaña, á fin de encontrarla lista á mi regreso para descansar de las fatigas de tantas horas de trabajo.

Después de una hora de marcha entré á Tacna. Recorrí algunas callejuelas y llegué á una calle ancha con buenos edificios, escapando de uno que otro disparo que nos hicieron desde el interior de algunas casas.

En una esquina había una plancha que decía: "Avenida del 2 de Mayo". Allí me detuve un momento. Salí del almacén de la esquina un italiano que nos observó con curiosidad. El sargento me dijo: "¿Quiere, mi comandante, que á la derecha del 2 ponga un 6?" Y al mismo tiempo me señalaba la plancha en que estaba escrito el nombre de la calle. Me agité la ocurrencia del sargento y le dije que lo hiciera. Este se acercó al italiano que nos observaba y le pidió un tintero, que se apresuró á facilitar. El sargento atrajo su caballo á la pared, se puso en pié sobre su montura, é introduciendo el dedo en el tintero colocó un número 6 al lado del 2, diciendo: "desde hoy esta calle se llamará del '26 de Mayo' en conmemoración de la batalla ganada en este día".

El italiano me informó que las tropas chilenas habían entrado por otra calle. Me dijo que ignoraba dónde hubiese sido conducido el general Pérez, pero que en un edificio que estaba al fin de esa calle y que la cerraba por el oriente, se había establecido un hospital. Me dirigí á él; tenía el edificio la apariencia de una iglesia. A la puerta había varios individuos con el distintivo de la cruz roja. Pregunté si en ese hospital estaba el general Pérez. —"No, señor, me contestó uno de ellos, el señor general está en aquella casa de altos". Y al mismo tiempo me mostraba una como á 200 metros de distancia.

A ella me dirigí, y al llegar á la puerta vi que salía una joven llevando en sus manos una taza. Al verme palideció y se puso á temblar. Después de saludarla atentamente la pregunté si allí estaba hospedado el general Pérez. Trepido un momento para contestarme.

Al fin me dijo: "Está arriba, suba usted". Bajé del caballo, y en ese instante la joven atravesó corriendo la calle y entró á una casa del frente.

Dejé mi caballo al cuidado del sargento y subí la escalera. Al llegar al final de ella, al fondo del pasadizo, vi un grupo de mujeres aterrorizadas por mi presencia. Me acerqué al grupo y vi que se componía de hermosas jóvenes en cuyos semblantes se retrataba el miedo. Delante de ellas se hallaba una señora, también muy hermosa, quien me dijo: "¿Qué se le ofrece á usted, señor?". Me descubrí saludándola y le contesté: "Tengo la comisión, señora, de saludar á nombre del señor general Baquedano al señor general Pérez y de ofrecerle sus servicios".

"El señor general Pérez, observó la señora, está sin conocimiento, pero si usted desea verlo tenga la bondad de seguirme". Y diciendo esto se dirigió por el corredor hacia el fondo de la casa, seguida de cinco ó seis de aquellas niñas que se atropellaban por pasar adelante de la señora y alejarse de aquel chileno que allí había caído. Yo las seguí. La señora entró á una pieza y yo en seguida. En el suelo de un cuarto desmantelado estaba tirado de espaldas un hermoso tipo militar; un anciano de gran estatura, flaco, de color blanco, con su uniforme desabotonado y ensangrentado. Su cabeza estaba cubierta de vendas. Ese era el general Pérez. Un casco de granada le había roto el cráneo.

Me incliné á su lado y asiendo una de sus manos le repetí, en alta voz, los sentimientos del general Baquedano hacia su persona. Como no contestase le pregunté si había oído, y sentí entonces que me apretaba con fuerza la mano.

Me dirigí á la señora para que ella aceptase los ofrecimientos del general Baquedano, ya que el general Pérez no podía hablar. Me contestó que, á nombre del general Pérez, aceptaba los servicios que ofrecía el general chileno.

Retíreme en seguida de aquella casa, que era la de la respetable familia Neuhaus —con la cual, desde ese instante, me ligó la más sincera y respetuosa amistad— con la idea de hacer efectivos á la brevedad posible los auxilios de que necesitaba el general Pérez. Al día siguiente fueron éstos enviados de orden del general en jefe.

De la casa de la familia Neuhaus salí en busca del coronel Amengual. Llegué á una de las calles principales donde encontré al señor Rafael Gana, que me condujo al hotel donde se hallaba aquel jefe con sus ayudantes y jefes de cuerpos, sentados á una abundante mesa. Le comunicué al orden del general respecto á la ocupación de la ciudad. Fue invitado á comer, lo que hice con un apetito extraordinario. Allí se decía que la comida que consumíamos había sido mandada preparar por los jefes peruanos para celebrar el triunfo de ese día. Ignoro hasta qué punto sería esto verdad.

Concluida la comida, pensé en regresar al campamento del Alto de la Alianza. Me acordé de mis compañeros, los jefes de la 3.ª división, que en esos momentos comerían el pobre rancho de la tropa, si es que lo tenían, mientras que yo había devorado las más exquisitas viandas. Al señor Gana le dije si podía darme algo que llevar al campamento, y este señor con el mayor placer y generosidad me obsequió varias cajas de conservas, una de galletas y cuatro ó cinco botellas de ricos vinos. El sargento que me acompañaba arregló en su montura la mitad de estas provisiones, y yo en la mía el resto de ellas, y nos dirigimos en busca del campamento, ya entrada la noche. Más de una hora empleamos en llegar á él. Nos guiaban los fuegos que nuestros soldados habían hecho con los muebles del lujoso campamento peruano para preparar el rancho. Allí encontré armada mi tienda, y á continuación la del coronel Amunátegui, á quien comunicué que era portador de muy ricas provisiones. Se mandó en busca de los otros jefes, que pronto llegaron. En la tienda de Amunátegui se arregló la mesa (un bombón de la banda de músicos) y se colocaron abiertas las cajas de conservas; las galletas suplían el pan. Aquel fué un espléndido banquete que arregló con elegancia el comandante Toro Herrera. Hubo brindis por la patria, por las familias y "absents friends".

El día 27 de Mayo y subsiguientes fueron tristes, dedicados á recoger y conducir á las ambulancias nuestros heridos y á enterrar á nuestros queridos muertos.

Una de las pérdidas más sensibles para nosotros fué la del comandante don Ricardo Santa Cruz, á quien dimos sepultura en el cementerio de Tacna, acompañándolo solamente su hermano Joaquín, el comandante Toro Herrera y yo. Los demás tenían deberes que cumplir en otros lugares.

Los que están lejos y reciben noticias de los triunfos se alegran y divierten, porque no presencian las escenas dolorosas que se producen después de una batalla. No ven los cadáveres de los que pocas horas antes eran nuestros alegres compañeros; no presencian los sufrimientos de los heridos, ni las terribles amputaciones; no reciben las confidencias y los últimos encargos de los que agonizan. Todo esto produce mucha tristeza y el espíritu queda enfermo. Es verdad que el placer de haber ganado la batalla es inmenso, pero luego desaparece al contemplar sus horrores. Después de un combate, por muchos días, la atmósfera es sólo de tristeza. De este estado del ánimo están libres los que desde lejos celebran los triunfos.

Nuestras bajas hasta ahora se computan en más de dos mil hombres, la mitad muertos. El

enemigo ha tenido, más ó menos, el mismo número.

Se han tomado cerca de 3,000 prisioneros y casi todo el material de guerra enemigo, el parque completo.

El ejército del Alto de la Alianza alcanzaba próximamente á 10,000 hombres, cuyo poder se duplicaba por las buenas posiciones que ocupaban en aquellas altas lomas á cubierto de nuestros fuegos directos.

El ejército chileno, todo su personal era de 14,000 hombres. De estos no combatieron la reserva, compuesta de 4,000 hombres y como mil empleados en la Intendencia, parque, etc.

De modo que fueron 9,000 hombres de la "guardia nacional de Chile" los que se batieron en el Alto de la Alianza, venciendo con indecible valor y patriotismo la resistencia, también valerosa, que les presentó el enemigo.

La caballería chilena, si no tuvo ocasión de manifestar su empuje y no desmentido arrojo en esta jornada, en cambio prestó el importantísimo servicio —que contribuyó al éxito del día— de conducir agua y municiones á nuestros infantes durante el combate, pues se recordará que el parque y estanques con agua habían quedado á una respetable distancia á nuestra retaguardia, sin poder vencer el peso de la arena de esos intrasitables caminos.

La batalla de Tacna ha sido bien concebida y mejor hecha. Aquel día todo el mundo estaba alegre y contento; todos tenían fe y confianza en sus jefes. El soldado veía que éstos tomaban parte en sus fatigas y peligros, y marchaba sobre el enemigo con la seguridad de obtener la victoria. Al posesionarse de cada altura, de cada reducto, de cada trinchera, el soldado gritaba: ¡Viva Chile! ¡Viva mi comandante! porque con seguridad veía á éste cerca de él, animándolo, ayudándole y reconociéndole su valor y su patriotismo. En esta batalla se veía á todos risuños. Fue una batalla sin interjecciones, si se nos permite emplear esta frase.

Y aquí viene á nuestra imaginación el recuerdo de aquel grande hombre que preparó los elementos para obtener este triunfo, y á quien no fué dada la satisfacción de ver el feliz resultado de sus generosos esfuerzos y sacrificios. ¡Pobre don Rafael!

En los días subsiguientes, la caballería, y aún divisiones pequeñas de las tres armas, se ocuparon en perseguir al enemigo que huía, los bolivianos, ascendiendo las cordilleras en busca de su lejana capital, y los peruanos hacia el norte por las faldas de las montañas próximas á Tacna. Los resultados de estas expediciones en persecución del enemigo no fueron del todo satisfactorios, pues era tarea muy difícil para nuestras fatigadas tropas perseguir los restos del Ejército aliado por lugares casi inaccesibles para nuestra caballería, y practicables sólo para los indios acostumbrados á viajar por estas serranías.

Lentamente nuestro Ejército ocupó el valle de Tacna hasta Pacha, donde acampó la 4.ª división.

El 29 me dirigí á Calana con el objeto de buscar un campamento para la 3.ª división. Este pueblo, con un caserío pobre, tiene sólo una calle como de 500 metros de largo. Al entrar en él se me presentó un señor Oquendo, peruano, propietario de una casa en el pueblo y de una pequeña hacienda á corta distancia de allí. Al saludarme me alargó un papel en que leí: "Ramón Rojas Almeida, capitán del Ejército de Chile, recomienda á la consideración de sus compañeros de armas al señor Oquendo. Cuando se me conduca prisionero á Bolivia, á pié y desprovisto de todo, el señor Oquendo me ha facilitado una cabalgadura, provisiones y ropa. Que su buena y generosa acción sea recompensada por mis compañeros de armas".

—¿Es usted el señor Oquendo? le dije.

—Sí, señor, me contestó.

No podía el señor Oquendo presentarse con mejor recomendación. El capitán Rojas, deudo mío, había sido tomado prisionero en el reconocimiento de Locumba, é ignorábamos qué suerte hubiera corrido. Tuvimos ahora noticias de él. Lo internaron á La Paz, según la exposición que me hizo Oquendo, juntamente con un oficial Almaraz, de caballería, á quienes sirvió como puto.

Con Oquendo visité el pueblo, que estaba completamente abandonado, é indiqué á los ayudantes que me acompañaban los lugares, casas y sitios que debía ocupar cada cuerpo de la 3.ª división.

Volví á Tacna y presenté al general en jefe al señor Oquendo, al mismo tiempo que le daba conocimiento de su generosa acción con oficiales chilenos. El general le dió las gracias, y dispuso que en la orden del día se diera conocimiento al Ejército de la conducta de Oquendo, al mismo tiempo que recomendaba su persona, su familia y su propiedad al respeto y consideración del personal del Ejército chileno.

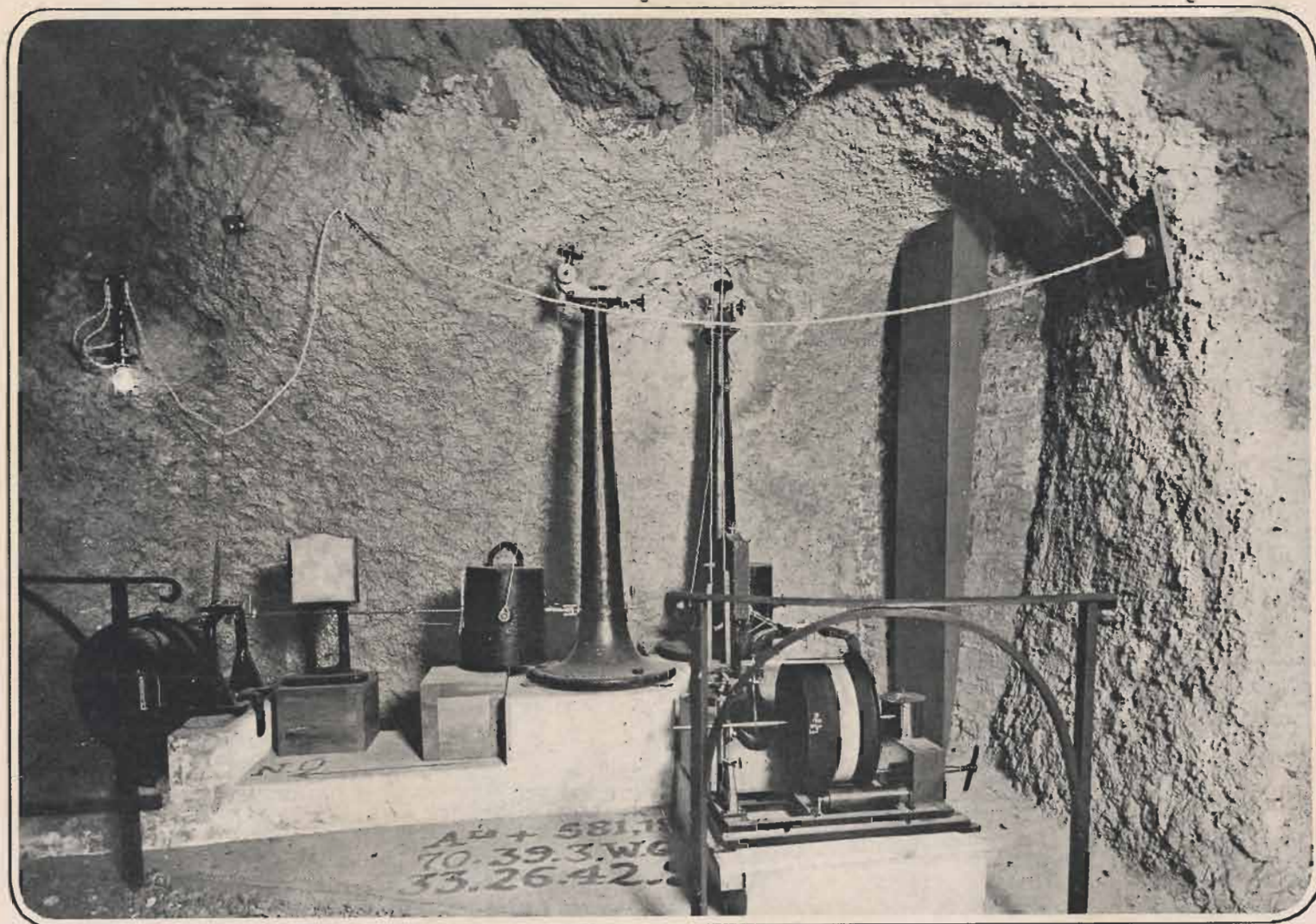
Se han mandado distintas comisiones para reconocer la línea férrea y el valle hasta el mar, con el fin de preparar la expedición que debe operar sobre Arica.

En este puerto hay una guarnición peruana de poco más de 2,000 hombres, que han quedado aislados y abandonados después de la batalla del 26. mandados por el coronel Bolognesi. No hará necesidad de un nuevo combate, porque se rendirán cuando reciban intimación, y si no lo hicieran, un asedio de pocos días los hará rendir, pues no tienen comunicación alguna con el exterior, y se les cortarán los recursos de existencia, que no los podrán recibir ni por mar (allí está nuestra escuadra) ni por tierra, donde dominamos sin cuidado de ninguna naturaleza.

LAS OBRAS MAESTRAS DE PINTURA



EL OBSERVATORIO SISMOLOGICO CENTRAL DEL PARQUE DEL CERRO SANTA LUCIA EN SANTIAGO



Péndulos horizontales Bosch-Omorí

EL Observatorio Sismológico Central de Chile ha sido establecido en la falda meridional del Cerro Santa Lucía, un montecillo aislado que se levanta á orillas del Mapocho y muy cerca del centro de la ciudad de Santiago. Esta colina abrupta y peñascosa tiene una altura de 80 metros encima del terreno circunvecino, y está compuesta de rocas traquítico-basálticas y andesíticas medio descompuestas en ciertas partes, mientras que en otras se presentan en forma de columnas bien formadas y en buen estado de conservación, sobre todo en la falda septentrional del cerro, por ser ella menos expuesta á las intemperies y vientos predominantes. Se trata así de una especie de reliquia ó de testigo de inmensos y espesos raudales de lava, y que se levanta encima y en medio de la llanura de Santiago, ó sea del cono de deyección, muy abocinado, del Mapocho. Por consiguiente, la constitución del cerro Santa Lucía favorecerá mucho la propagación de las ondas sísmicas hasta los aparatos sismográficos, las que habrían sido fácilmente extinguidas en la espesa capa de aluviones y de guijarros que cubre el valle de Santiago, y se transmitirán sin alteración por el intermediario de las rocas sólidas del subsuelo profundo.

A unos 25 metros encima de la Plaza Vicuña Mackenna se encontraba un socavón bastante extenso en forma de herradura de caballo y cuyo origen está toda-

vía discutido. Según algunas personas, no sería sino el principio de un túnel que había sido proyectado para facilitar el pasaje de los paseantes entre las dos faldas



Columnas basálticas

del hermoso parque plantado ahora en el cerro, antiguamente un pintoresco peñasco, abrupto, pelado é intransitable. En

una de las dos entradas de esta cueva, y entre escombros amontonados, se encontró una plancha de mármol con un marco esculpido de piedra calcárea, fijado en la pared de roca, con una inscripción dorada que dice:

SE COMENZARON
ESTAS CARCELES DE CORTE
Y CIUDAD, Y CASAS CAPITU
LARES, A CARGO DEL COR
REGIDOR DE ESTA CAPI
TAL, SUPERINTENDENTE
DE SUS OBRAS PUBLICAS
D. MELCHOR DE LA XARA
QUEMADA EN 25 DE NO
VIEMBRE DE 1785, REYNAN
DO EL SEÑOR D. CARLOS III
Y GOBERNANDO ESTE REYNO
EL S. D. AMBROSIO DE
BENAVIDES Y SE CONCLU
YERON EN 6 DE FEBRERO
DE 1790.

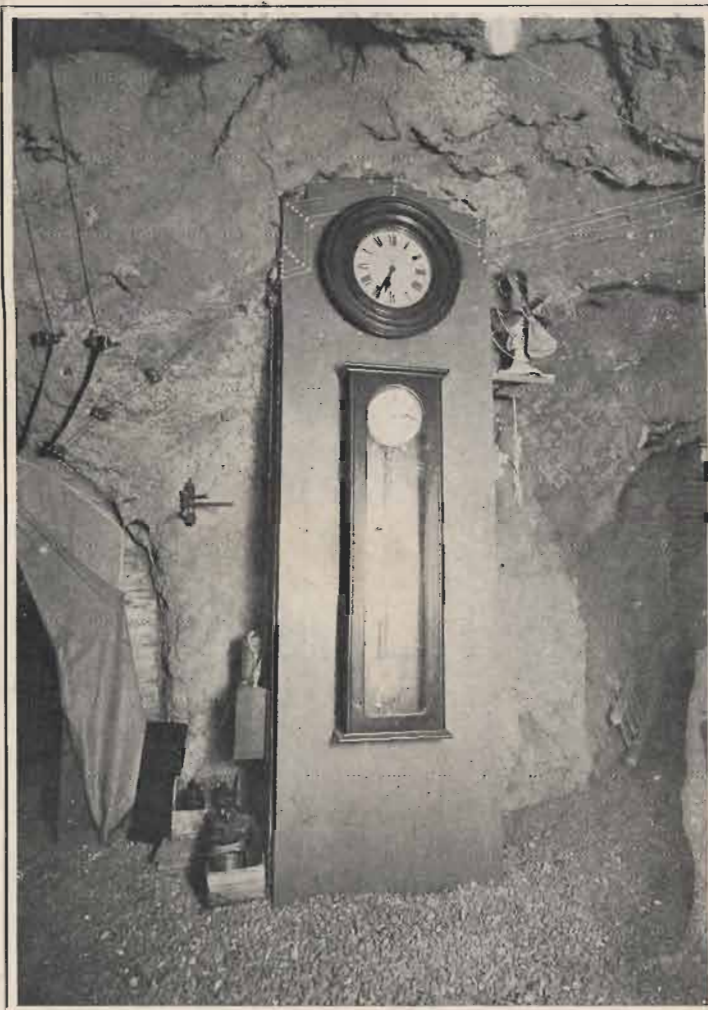
Según esto, se trataría así de una antigua prisión española de los últimos tiempos de la colonia, á pesar de que algunas personas cultas dicen que esta inscripción se halló en otra parte de la ciudad y se trasportó ulteriormente aquí. Sea lo que fuere, en frente se encontraba un marco rectangular esculpido, pero vacío, con los techeros como para un nicho de ataúd. Se

le aprovechó para relatar la fundación del Observatorio Sismológico, poniendo dentro una plancha de mármol con la inscripción siguiente:

EL OBSERVATORIO
SISMOLOGICO DE SANTIAGO
SE ESTABLECIO AQUI
EL 1.º MAYO DE MDCCCXVIII
SIENDO PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA
DE CHILE

S. E. DON PEDRO MONTT
MINISTRO DE INSTRUCCION
PUBLICA DON DOMINGO
AMUNATEGUI SOLAR Y
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
DON VALENTIN LETELIER

Ha sido necesario ensanchar el socavón, darle mayor altura y sobre todo excavar una gran sala de 7 metros de altura para el gran péndulo Stiattesi. Los trabajos han sido difícilísimos, largos y aún peligrosos por ser en ciertas partes la roca descompuesta por la humedad llevada por las raíces de los árboles. En Agosto de 1908 principió un movimiento de derrumbe que amenazó aplastar el péndulo vertical Wiechert ya armado, pues se hacían observaciones al mismo tiempo que se ejecutaban los trabajos. Las circunstancias no permitieron el empleo de explosivos, de tal suerte que fué necesario excavar más de 100 metros cúbicos al cincel. Una gran parte del local ha sido abovedada con ce-



Reloj eléctrico y reloj normal

Cualquiera que sea la estación, la temperatura oscila diariamente entre límites muy estrechos, 16 y 19 grados centígrados.

El observatorio se encuentra en una altura de 581 m. 18 sobre el nivel del océano y tiene las coordenadas geográficas siguientes:

$\left\{ \begin{array}{l} 70^{\circ} 39' 3'' \text{ W. Gr.} = 4 \text{ h } 42 \text{ m } 36 \text{ s } 0 \\ 33^{\circ} 26' 42'' \text{ S.} \end{array} \right.$

que fueron determinadas antiguamente en los años de 1849 y 1850 por los astrónomos de la expedición americana que habían establecido en el cerro Santa Lucía un observatorio astronómico bajo la dirección del teniente Gilliss. La longitud del Observatorio Sismológico es más oriental que la de la cúpula del Observatorio Astronómico de la Quinta Normal en $2' 23'' = 9 \text{ s } 5$.

Muy cerca del Observatorio Sismológico se encuentra una ruta adoquinada por la que pasan frecuentes coches y, por esto, se ha criticado la elección del socavón. El inconveniente es nulo, puesto que el pasaje de los coches y hasta de automóviles más pesados, no ocasiona sino un ensanchamiento delgadísimo y apenas perceptible de las líneas trazadas por las agujas de los sismógrafos y, en ningún caso, estas vibraciones particulares pueden confundirse con movimientos de origen sísmico.

Los aparatos del observatorio son los siguientes:

Un péndulo horizontal Wiechert de 183 kilogramos y de dos componentes, y un

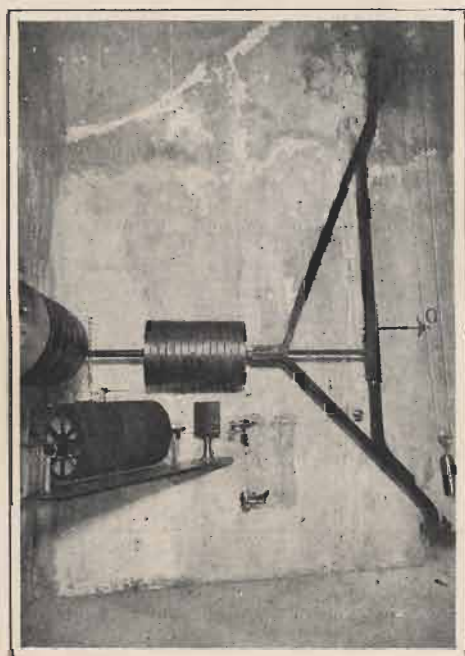
péndulo vertical Wiechert de 163 kilogramos; sirven para la registración de los temblores locales y regionales, desde Copiapó hasta Concepción. Dos péndulos horizontales Bosch-Omori permitirán la observación de los terremotos medianamente alejados, hasta 8,000 ó 10,000 kilómetros. Un péndulo Stiattesi, gran modelo, de dos componentes de 850 kilogramos cada una, servirá para el estudio de los terremotos mundiales, es decir, de los que se producen en cualquier punto de la superficie terrestre.

En fin, un sismoscopio avisador y registrador, Agamennone, completa este conjunto de aparatos.

Un reloj de pared distribuye eléctricamente el tiempo á los aparatos.

Por lo tocante á la determinación de la hora normal, se aprovechó la circunstancia favorable de que, cada día, se envía del Observatorio Astronómico nacional una señal eléctrica para hacer disparar un cañonazo en la cumbre del cerro á medio día, tiempo de Santiago. La observación ha probado que el error no pasa de 2". Una vez construido el nuevo Observatorio Astronómico, el Observatorio Sismológico recibirá la hora por medio de

la telegrafía sin hilos. En su estado actual, el Observatorio Sismológico del Cerro Santa Lucía es igual á cualquier otro de los de primer orden que exista en el extranjero, y, en lo tocante al número de



Gran péndulo Stiattesi

mento armado y "métal déployé", una disposición que le asegura una completa indestructibilidad, aún en el caso de los mayores terremotos, é impedirá toda humedad dañosa para los aparatos.



Péndulo horizontal Wiechert

los aparatos de que dispone y á la variedad de los estudios que permitirá, no tiene igual en el continente americano, á lo menos hasta la fecha. El Director del servicio sismológico de Chile.

Conde de Montessus de BALLORE

LOS GRANDES GUADROS



Retrato de Miss Siddons.—Reynolds

Los Líricos y los Epicos

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

EL olvido, el olvido pavoroso, que con su lenta pulverización de átomos de sombra ha cubierto tantas faces que un día fueron augustas, no se cierne todavía sobre el mármol esplendorosamente blanco de Pedro Antonio González.

Pero mañana... ¡es tan extraño el destino de las obras de un poeta! Nadie pone en ellas más sinceridad, nadie alfa tan íntimamente el latido de la sangre con el latido de la frase, nadie espera con más religiosa unción que rueda de la pluma la gota cristalina de una idea, nadie pone más esencia de sí mismo, mas savia propia, más humanidad, y sin embargo, por un resquicio cualquiera de la obra, la vida de ésta se desliza subrepticia, silenciosamente.

Cierto que en la obra del poeta no cabe la medianía, la rapsodia del tema conocido ni los ecos simuladores de las grandes voces; cierto que, para vivir, necesita ser una, original, homogénea, orgánica, digámoslo así, que vaya de la semilla a la flor y de la flor al aroma que se desvanece en lo infinito. Por eso a la obra del poeta se la mira y remira, se analizan, caladas las gafas—crítico-dipláticas,—todas sus fibras, se buscan reactivos para sus jugos, se anota, aquí, la ausencia de ideas, allá la sobra de plasticidad, acá la atonía del sentimiento, acullá la torpeza del dibujo, y el léxico, y el tono, y el color y la música. ¡Ay de la prosa que se tomara como el verso, fragmentariamente, para hacer en ella un parecido estudio!

De los poetas chilenos, el único que triunfa sin esfuerzo de todo análisis literario, por minucioso que sea, es Pedro Antonio González. Salvo en el elemento idea, su obra no ha sido superada entre nosotros, ni en América, ni en España. ¿Cómo este poeta, que hizo una labor tan firme—oro y mármol—pudo cerrar tan pronto sus ojos a la seda del cielo, a la verde suavidad de la tierra, a la llama vigilante de la estrella? ¿Cómo pudo cerrar sus labios al verso que llegaba a ellos cargado de los ensueños y de las amarguras de su corazón, como llega a la ribera la ola cargada de las luces y las sombras, de las algas y las espumas que ha recogido a su paso por los abismos del mar?

¿Qué viento de desierto esmeriló el purísimo cristal de sus ojos de artista? Palideció para él la gama de los colores hasta la ausencia de ellos; perdióse en la vaguedad de lo informe la ruda ó graciosa versatilidad de la línea; se diluyó el ritmo en el silencio, como la curva de una ligera nube que se desvanece, y ciego,

mudo, fué de aquí para allá, en errancias de bohemio, buscando en los vasos la llama inspiradora.

Mientas de la Barra y Matta, sexagenarios ya, luchaban todavía, lanzando el uno las javalinas de sus sátiras y arbolando el otro las flámulas de sus odas, González enmudeció, estando apenas un poco más allá del instante de la vida en

batador heroísmo de artista, despertar las energías del corazón aleteante:

Héme otra vez en tu tienda
santo ideal soberano,
con el pie sobre tu senda,
con la pupila en tu arcano.

Pero su empuje no era el mismo. Su canto espiraba en un suspiro de fatiga. Ya no sentía la acuidad casi dolorosa de

esos instantes en que la sensibilidad del artista llega al último grado de tensión lírica y espera, vibrando, que salga el verso en que se diluya la vida esplendorosa de esos momentos únicos.

González, como artista consciente—hoy lo son casi todos, gracias a los clínicos psicológicos—se comprendió. ¿A qué luchar? ¿A qué esforzarse por asir lo inasible ya? Su obra era gloriosa, tenía el respeto silencioso de los viejos y la aclamatoria veneración de los jóvenes. Empeñarse en prolongarla, en extender su magnitud—agotadas ya las energías creadoras—era empalidecerla, clarear su gloriosa espesura, diluir la nítida sensación de belleza que producía con aditamentos de dudosa correspondencia con la hermosura primitiva. Entonces se recogió en las intimidades de su ser. Su vida, sedienta de las esplendorosas alegrías del arte, no podía alimentar sino las amarguras de su corazón. No más errancias fúlgidas, no más deshojamientos de oro sobre el abismo. Era un astro que se apagaba; pero que, aún mustio y frío, seguiría describiendo las amplísimas curvas de sus ensueños por el infinito silencioso que antes rayara con su estela.

Realizó el sombrío milagro de ser un poeta mudo. Y reconcentradamente grave, empezó su bohemia, su largo

peregrinaje tras el vaso de alcohol, en cuyas luces verdosas sus ojos tristes y apagados veían llamear el alma sonriente de las primaveras idas.

Su noctambulismo verleniano lo llevó de restaurant en restaurant, yéndose del que cerraba ya sus puertas al que, en apartado barrio, ardía todavía con las sonoras disputas de los últimos bebedores. En esas noches, apoyados los brazos en una de las endebles mesitas de un café de extramuros, ó juntas las manos sobre su inseparable bastón, que tenía para él las majestades de un báculo de peregrino, inclinada un tanto la cabeza, de corcos y entrecanos cabellos, caídas las puntas de su largo bigote, González hablaba, lenta, sordamente, dirigiendo sus ojos al turbio mirar—desviado uno por extravismo—ya a su interlocutor—casi siem



que el bardo florentino se perdió en la negrura de la selva visionaria.

Su silencio fué trágico. Sus amigos lo estimamos un momento de reposo, la suspensión meditativa, la pausa predecesora de los briosos florecimientos musicales. Esperamos, esperamos. El silencio continuó, cada vez más hondo, más sombrío, y de los labios del poeta esfingido no cayó un solo verso más.

Adusto, grave, parecía absorto en la contemplación de las celestes inmensidades que recorrió en sus ensueños. Sus manos no buscaban las cuerdas líricas. Sus oídos seguían arrobadamente la melodía silenciosa de un recuerdo de ritmos... Iba en una especie de sonambulismo rememorativo.

A veces intentó volver al campo de la vida literaria, desplegar de nuevo su arre-

pre un amigo literario—ya al borde del vaso, donde la luz ponía un medio círculo de oro. Entre frase y frase, saltaba el humo de su cigarrillo, incansablemente renovado al consumirse, y la nube azul subía, subía, envolviendo un instante la faz del poeta y, apenas disipados los últimos contornos, subía otra, velándola de nuevo en algo de esos tules vigorosos con que tantas veces jugaron las alas de sus versos. En sus conversaciones, el humo dominaba a la palabra.

Su acento reposado escondía fervorosas. Para él las frases eran algo que había que mover esforzadamente. Su imaginación las agrandaba, les veía grandezas desconocidas para la común pupila, parecía recogerse para impulsirlas, como un obrero que empujara cantos ciclópeos.

Rara vez alzaba la voz. Su conversación tenía una monotonía sorda, casi litúrgica. Hablaba de arte, de filosofía, de historia, y, cuando alguna de sus frases tomaba cierta entonación vigorosa, la acentuaba con un movimiento afirmativo de su mano, de inseguros dedos, amarillos por el cigarro. Después, volvía a su semi-inmovilidad, a su mutismo soñador y a fumar, a fumar envolviéndose abstráctamente en el nimbo azul del humo.

I

González pertenece por entero al modernismo. Había leído mucho, con proficiente lectura, a los poetas de todos los tiempos, y, entre los chilenos, con cuidadosa atención a Guillermo Matta.

La personalidad de los dos poetas—tan diversas, sin embargo—no la distinguía en esas estrofas alguien que no fuera un experto. A González tenía que resultarle algo análogo a las composiciones de Matta cuando, con el mismo metro y tono de éste, rimaba las ideas generales tan comunes a ambos, el amor a la ciencia, etc., porque el fondo ideológico de estos dos poetas era uno solo, eso sí que más profundo y sólido en Matta, que tenía una cultura filosófica enorme.

González, en cambio, lo superó estupendamente en eufonía, plasticidad y color en las obras de artista, sólo de artista, no de pensador, en las obras en que quiso dar, y dió, la simple representación de sus visiones cromáticas o la simple audición de sus magestuosos ritmos interiores.

Para ello le fué necesario proceder a una sabia y paciente elección en los vocablos; sustituir el término incoloro, el de insegura y borrosa fisonomía, por el vocablo de acento definido, neto, de matices individualizadores, de firmes y precisos lineamientos, el vocablo que ritma, pinta o esculpe. Veneró la personalidad de la palabra, una y trina. Como un lapidario de avezada pupila que, tomando en sus dedos una piedra preciosa, la hace dar, cuidadosamente, de faz o de soslayo, todas las luces de sus planos innúmeros, y aparta sólo las propicias a la armonía esplendorosa que sueña y busca, González, deteniéndose ante la palabra sugerida por la emoción artística, analizaba sus matices, si requería color, la hacía sonar y seguía las gradaciones del desvanecimiento sonoro, buscando el timbre agudo o grave que le era necesario, o intentaba sorprender sus rasgos esculturales para que ellos le ayudaran a dar pureza de contornos a la sensación de plasticidad que producir quería.

En la elección de vocablos se detuvo, con manifiesta atención, en el adjetivo. Su adjetivación es magnífica. Se ha observado que muchos poetas usan determinadas palabras con una asiduidad obsesiva, palabras representativas de una tendencia o de toda la personalidad del poeta.

Además de esta precisión en los adjetivos—obra que entre nosotros nadie había hecho, antes de él—González fué en sus versos al orden gramatical directo, huyendo de la construcción sintáctica de los poetas clásicos. No usó nunca el hipéba-

ton, tan abundante en los imitadores de la frase latina, de verbo terminal.

La selección del vocabulario, la limpieza del verso que lo individualiza y le da vida propia, haciéndolo brillar en hermoso aislamiento, dentro de la estrofa o de la composición entera, lo debió González a la combatida labor de los decadentes.

González renovó el verbo poético, empleando de preferencia, de acuerdo con la finalidad de su obra, los vocablos que van a la sensación y no a las vaguedades ideológicas; pero siempre se mantuvo dentro de la métrica clásica. No se dió a inventar, o mas bien, a combinar valores rítmicos. Seguro de que no hay nada superior a la vieja medida por tiempos silábicos, en que cada poeta se esfuerce en dar el latido mismo de su corazón, desdeñó los más o menos elegantes malabarismos de tanto nuevo ritmador, de caprichosas audacias, que han llegado casi a la anarquía métrica.

Este era el sentir de González. Pero no se olvidaba de que, en arte, todo esfuerzo inteligente debe ser venerado cuando quien lo hace es un artista y va tras de algo que él cree verdadero, aunque los demás lo crean ilusorio.

Si González no se asimiló las formas que estimaba fantásticas, supo aprovechar las que don Eduardo de la Barra había indicado ya como correctas, hermosas y nuevas. Halló González un molde magnífico en la combinación de tres versos pentasilábicos. En ella, las palabras toman cierta insistencia, cierta obstinada sucesividad que ayuda a definir, a intensificar el intento del poeta.

Lucrecia Borgia, Siquis y otras no menos bellas están escritas en este metro, que González, en su incoercible tendencia a la palabra sonora, llamó tripentálico.

González buscó la rima rica, la difícil y aún la inverosímil. Sus conocimientos en las diversas ramas del saber, llevaban a sus oídos el timbre exótico de los vocablos científicos. Tuvo muchas veces la alegría de sorprender rimas vírgenes, de mostrar la hermandad de dos palabras únicas y de unir airesamente voces de increíbles, de insospechadas afinidades musicales. Con estos elementos de forma, aristocratismo de vocabulario, construcción gramatical directa y rima rica y nueva—hizo González su magna obra. ¿Bajo qué influencia literaria? ¿Con qué fondo de pensamiento?

II

Ahora quince años, cuando González escribía, dominaban en la producción lírica tres tendencias conocidísimas: el parnasianismo, el decadentismo y el simbolismo. De estos tres modos literarios, sólo uno influyó en nuestro poeta.

No fué el decadentismo. Este había iniciado una revolución en el verso, fragmentándolo musical y caprichosamente. Iba contra el verso de antiguo corte, de vieja y magestuosa cadencia, contra los temas grandilocuentes del retoricismo, casi oficial entonces. Irumpió aportando una infinidad de ritmos nuevos, una subdivisión minuciosa de las consagradas medidas métricas. Quería, en vez de la frase de familiar ondulación, algo ligero y gracioso, algo como schumannianas indicaciones de temas elegantes y sentidos, el dibujo musical de sutiles floreos bizantinos. No pudo, pues, influir mucho en González que tendía a la forma grandiosa y que, manejando un pincel hábil en las alusiones o contraposiciones de los colores cálidos, vívidos, animados casi del calor dramático que tienen en los lienzos de Delacroix, no podía tender a la miniatura, al esbozo esquisito, al clorotismo de los grises otoñales de que tanto derroche hizo la paleta de los decadentes.

No fué, tampoco, el simbolismo. Tendía éste a esterilizar, a sensibilizar ideas luminosamente vagas, ensueños místicos y trascendentales. De los dos procedimientos principales que emplea el poeta para dar la representación de un pedazo

de montaña, por ejemplo, y que consisten en mirarlo objetivamente, separándose de él para verlo a cierta distancia y hacer la justa evaluación de la luz, la sombra y los relieves, y en internarse en ese pedazo de tierra, despersonalizándose hasta vivir la misma vida de él, sintiéndola intensamente, como si se formara parte de lo que anima sus oscuras entrañas, el simbolismo había elegido esta última, queriendo dar representaciones de lo que hay de absoluto en la vida de las cosas.

Fué, pues, el parnasianismo la única tendencia literaria de su tiempo que influyó en el verso de González. La pulcritud verbal, la personalidad concedida al verso en sí mismo y no sólo con relación a la estrofa, sus moribundos marmóreos, sus serenas bellezas, tienen mucho del verso de Gautier y Leconte. No he menester de citas, González, aún sabiendo, como suponemos que sabría, que aquello que no significa algo más que lo que representa no es verdaderamente poético, dió en su obra una superioridad enorme a las frías plasticidades. Aparte de las pocas veces que nos habla de sus dolores, no entró en sí mismo para buscar en la contemplación introspectiva los sombríos o luminosos paisajes del alma.

Influenciada así su sensibilidad de visual y de auditivo, ¿qué fondo de ideas dió a su obra? ¿Qué concepto de la vida determinó el despliegue de sus capacidades de artista y, si no lo determinó, cuál es el que nos deja la lectura de su libro? En todo gran poeta hay un filósofo. El mundo no puede pasar por sus ojos sin dejar una impresión que tarde o temprano se convierta en pensamiento. La enunciación de este pensamiento es la filosofía del poeta.

González enunció sus ideas. Estas son, ya lo dijimos, casi las mismas de Guillermo Matta; pero no tan definidas, ni abren los horizontes que en los versos de Matta abren.

Aún en la manera de ver la naturaleza, estos dos poetas se igualan. González no la vió en sus aspectos individuales, sino en sus aspectos generales.

El poeta frente a la tierra siente la superioridad de su inteligencia; las puntas de sus alas cubren los horizontes, pero ¿nada más? Debe detenerse en la sensación de infinito? González se detiene y, sin ahondar ese instante de plena aspiración, convencido de la semi-divinidad de lo humano—según sus versos, Dios lo inspira, guía y penetra—González canta las glorias pasadas, las magnificencias del hoy y las grandiosidades del mañana de la humanidad. Es la concepción antropocéntrica del mundo.

Sobre nosotros gira todo. Somos el eje. Esto es el fondo de lo que llamaremos su metafísica.

En algunos versos, en los últimos, se ve despuntar a veces uno que otro pensamiento nuevo, pero tímida, muy tímidamente. El viejo concepto de la compenetración de la materia por lo divino, subsiste. Desde el grano de arena, a las briznas de la estrella; desde la ondulación de una rama, a la ondulación de los mares; desde el pétalo que cae, al pensamiento que sube, todo está animado por lo divino, y el universo, encendido esplendorosamente, arde, arde como las zarzas horribles, sin que se consuma la materia, sin que se extinga ni pueda extinguirse la gloriosa incandescencia errante.

El espíritu revolucionario que anima estas estrofas, no aparece sino rara vez en ellas. Las modernas cuestiones sociales y políticas, los novísimos problemas de la vida, los tomaba González no en la acción sino en la aspiración. No habría descrito el torbellino harapiento de una huelga en delirio; pero nos habría hablado del deshojamiento triunfal de las estrellas sobre las sudorosas frentes rebeldes... Consideraba la humanidad en su aspecto trascendental. Esta, en su marcha eterna, sentía en su hombre, guiándola, la mano de Dios. Arrastrados por el conjunto, los

hombres deberían dar su parte de fuerza, toda la energía que les permitiera desplegar el amor...

El amor, el gran tema, el que, como un largo viento de tempestad á las selvas, ha hecho sonar arrebatadamente las cuerdas de todas las liras, llevándose un alud de ensueños, de angustias y alegrías...

En algunos poetas el amor ha sido una sonrisa de placer, una adorable fugacidad de primavera, un instante de gloria agresiva en sencillito paisaje de égloga. De estos poetas tuvo el mundo antiguo.

Después, en los ungidos de espíritu, en los devorados por ensueños casi místicos, en los poseídos de furor celeste, el amor fué llama purificadora. En otros, de amplia vida moral, en que el corazón es un centro en torno del cual giran armoniosamente las más remotas aspiraciones, el amor que fué un soplo que hizo oscilar ese centro, perturbando las órbitas morales. En el vértigo, el poeta cerraba los ojos, y trémulo, vibrante, sentía deslizarse, rozándolo, la maligna caricia turbadora. Para otros ha sido oscuro, amargo, incomprensible en su alternabilidad de luz y sombra, un prodigio de esfuerzos íntimos por equilibrar la inequívoca; ha sido el amor de los pesimistas, de los desesperados, de los que se dan á sí mismos al viento, como un puñado de cenizas. Y para otros todavía, como para Lamartine y González, el amor ha sido algo así como lo divino hecho sensible. El que ama siente la divinidad y su contacto lo engrandece, lo levanta en una aspiración vertiginosa, que hunde sus espirales en lo infinito. Es el romanticismo platónico. Quiere las formas de la belleza eterna y la adoración ultraterrena.

En todos los cánticos de González el amor es trascendental. En la seductora blancura de la mujer no ve sino un vaso de alabastro transparente por la luz interior. Siente la gracia de la línea de un andar ondulante, pero sólo en lo que tiene de melodía plástica. En ninguno de sus versos se siente el escalofrío de la pura sensación erótica. Ninguno tiene el estremecimiento de los labios anhelantes del beso, sólo por el beso mismo, por su sagrada fugacidad. Todas sus sensaciones están vestidas de belleza. Si sus ojos de artista ven la forma, su espíritu de soñador ve las alas.

III

En varias composiciones de "Ritmos", González tiene fervorosos arranques épicos. Los temas líricos que trató con toda la hermosa amplitud de su estro, no parecieron ser suficientes á su insaciabilidad de grandezas. Buscó los temas en que pudiera espaciarse sin tener el límite de ningún horizonte, en que hallaran sus ojos bastante cielo para soltar la banda aquilina de sus versos. Eligió el viento del sur, el viejo monarca austral, que dice:

Más allá de la edad de los siglos profundos que aguardaban la luz como inmóviles naos, yo mecí los embriones de todos los mundos y la sombra de Dios en las aguas del caos.

El poeta va en plena libertad. Se sienten los golpes de sus alas enormes. Lo gufa la sed de los confines últimos, la visión del azul desfalleciente...

Después, su vena épica dió un episodio guerrero de la lucha salvaje de dos razas: "El Toqui". Es la cólera de un pueblo que rumorea como un torrente de Arauco. Es un momento rojo en la historia de nuestros aborígenes. Todo es en él inmenso, la naturaleza tiene grandiosidades trágicas. Los peñascos, las cumbres, los valles, los ríos, los bosques se animan, viven con extrañas fuerzas de vida y toman proyecciones fantasmales, pavorosas, mezclados á la lucha, unidos á los combatientes. Las aguas espumajean, ruge el viento bárbaro y la montaña parece sacudir su cabellera de selvas.

Pero González, que tenía innegable fondo religioso, que amaba la ensoñación casi mística, no se encontraba tan bien en estos temas un tanto forzados, como en los que podía revolar. En su *Dantesca* volvemos á encontrar su verso sentido y grande. González, de admiración en admiración, desciende las esferas del espíritu de Dante, y las magnitudes estupendas de las capas simbólicas lo dejan extático. Su verso tiene las coloraciones sombrías y celestes de las epopeyas religiosas. Hay divinidad ambiente. Pero ésta, como en las visiones del poema klopstockeano, no aparece. Enciende y apaga horizontes ultraterrenales; pero el poeta no la ve, no puede verla, sólo la siente como un inmenso y silencioso viento de misterio.

Su obra póstuma fué "El Proscrito".

En larga serie de fragmentos—en que la repetición de unas mismas rimas, no ricas, y cierta desproporcionalidad en los períodos nos hacen creer que esos versos son de los comienzos del poeta—en una serie de fragmentos, González nos dice las amarguras del corazón que desfallece y los vértigos de la mente que duda. Es el hombre frente á la vida; el pensamiento frente á la esfinge; el alma frente á la eternidad.

Estos últimos esfuerzos demostraron que González no era sólo un lírico, sino un épico; que así como había tomado la sutileza del detalle hermoso podía tomar la majestad del todo sublime; que su voz, de seda en la ternura, era de bronce en lo heroico y que en sus manos las rosas podían arder como estrellas.

¿Qué poeta en lengua española lo habría sobrepujado si la vida de González se prolonga normalmente unos diez años más, el tiempo necesario para la gran obra de síntesis que de seguro se esbozaba ya en su espíritu?

IV

La bohemia de González no duró mucho. Posiblemente, él mismo quiso que fuera así, devoradora, breve. La antorcha terenciana, la antorcha de la vida le quemaba las manos. Quería dormir. Un día, un amigo nos dice:—González se está muriendo en el Hospital de San Vicente.

En el Hospital pedimos ver á González, nos indicaron su sala y, con extraña sen-

sación de angustia, cruzamos los patios.

En la sala, el lecho del enfermo, era el primero, entrando, en el ángulo de la derecha.

Apenas lo hablamos, mudos ante ese espíritu que luchaba con los dolores últimos. Pedía morfina. Junto al lecho, la hermana de cabecera se inclinaba, atenta, bajo el leve cerrarse y abrirse de dos alas alabísticas.

Algunos minutos después, cuando encendían las luces de la sala, nos retiramos sin haber podido decir al amigo sino algunas palabras de inútil consuelo.

Algunos días después, González murió. Trasladado su cadáver á la Escuela de Medicina, la juventud, siempre generosa y grande, hizo al poeta magníficas honras laicas.

En un carrito mortuario, de largos tirros, silenciosamente disputados por las manos amigas, sus restos fueron llevados al Cementerio. La serenidad del edificio de la Escuela de Medicina, que elevaba sus columnas estriadas y recortaba en el cielo el triángulo de su frontón, correspondía esplendorosamente á los instantes de esa mañana estiva, en que el bardo de la línea y del color salía con rumbo á la nada... Era la supervivencia de la forma que según el poeta,

lleva la eternidad sobre la frente!

La muchedumbre, á pié, llegó á la ciudad blanca y siguió en busca de la última muralla de nichos. Arriba, el azul se extendía, cálido, tórrido, inundado de sol. No había un soplo de aire. Los ojos, quemados por la luz, buscaban para reposarse el fresco verde de las matas, de los pastos, de los arbolitos lejanos. Iba con nosotros Pedro Nolasco Préndez, que admiraba á González, teniéndolo como uno de los pocos que figuraban en su regio santoral literario.

Siguiendo la ruta, pensábamos en Shelley. Ahogado por mano criminal, en el Mediterráneo, uno de esos días en que el poeta desplegaba las velas de su barca y de su pensamiento, fué quemado al uso griego, en la noche, junto al mar. ¿Qué otras exequias que esas podían ser más armónicas con su vida, que fué toda aspiración hacia el ensueño, hacia lo vago, hacia las tenuidades espirituales del éter?

Shelley tuvo el fervor ascendente de la llama. La hoguera incineradora le fué, pues, propicia: lo devoró evaporándolo.

A González se le hacían exequias en armonía, también, con las tendencias de su vida. El no se volatilizaba. Sus ojos veían la forma precisa. Sus versos no se diluían en lo indistinto, se concentraban en lo visible, en lo plástico; se detenían en el color de tono firme, no resbalaban en sutiles descensos de luz. Por eso, en vez de la llama que dispersa en lo infinito, se le arrojaría á la sagrada combustión terrena...

Y así, recordando y comparando, seguimos paso á paso, detrás del carrito festoneado de hiedra, que sobre la grava sonora del camino, rodaba, rodaba interminablemente.

Miguel Luis ROCUANT



PALABRA Y GARA DE CABALLERO

EL otoño de Tacna equivale al verano de Santiago.

Lo que aquí es un dulce preludio de nuestro canoso y frío invierno, allá ni amarillea en sus huertas y jardines y ni siquiera es pálido con la palidez encantadora de sus mujeres.

Todo en la bella y escondida ciudad del Norte es estremoso y ardiente como su cielo celeste, sus flores rojas y los ojos negros de sus hijas.

Aún su invierno es verde como una primavera santiaguina; pero esta eterna y hermosa esmeralda está enclavada en un cerco de arenas casi africanas.

Aún en plena paz se cruza penosamente. En cuanto la vista abarca, no hay en ese desierto una hoja que dé sombra a una hormiga ni una gota de agua que apague la pequeñez de sed, desde que el sol incendia su ambiente ya tropical.

¿Qué no sería cuando los ejércitos de dos naciones, armados de punta en blanco, la defendían astutamente y, en la impavidez de sus olvidos del pasado, creían que allí los huesos de nuestros soldados habían de quedar blanqueando el camino de su ambición y de su audacia?

Como es sabido, la batalla de Tacna se peleó el 26 de Mayo de 1880.

Siguiendo la ruta que se trazó nuestro ejército, se llega a una pampa desolada y triste, grande como un mar que también forma olas, jugando con sus arenas muertas.

Aquello sería plano como la palma de una mano callosa, inclinada hacia la costa, si por el lado de la cordillera no se alzara una corrida de lomas oscuras que, sobreponiéndose unas a otras, van a consolidarse contra los espolones mas avanzados de los Andes.

La hermosa cumbre del Tacora cierra tras de ellas ese cuadro de desolación que parece el paisaje de un crimen, grande como el fratricidio de Caín y que bien se ha elegido como palenque del duelo de dos pueblos contra uno solo.



A las nueve y media de la mañana del 25 de Mayo, el ejército chileno, abandonando su campamento de Las Yaras, emprendió la marcha por el camino que conduce a Tacna.

Se entraba a la región de la arena y doce parejas de caballos arrastraban la artillería de campaña. Hermosas mulas, llamadas *pineras*, seguían a trote descansado con las de montaña a cuestas.

Tras de cada división marchaba otro pequeño y bullicioso ejército de jente que conducía las municiones y agua en barriles, toneles y estanques montados en carretones.

Poco después de las dos de la tarde, nutridos disparos hicieron creer en un primer encuentro con el enemigo; pero no era tanto.

El día anterior había salido de Yaras una caravana de sesenta mulas con sendas cargas de agua, y en la creencia de que más adelante iban fuerzas amigas, los arrieros siguen andando, hasta que uno dijo:

—¡Vamos perdidos!

—¡Pasados, pero no perdidos! contestó otro con más serenidad.

Al propio tiempo sonaron dos ó tres descargas y una guerrilla enemiga se apoderó de las mulas, logrando escapar sólo dos de los arrieros.

El ejército acampó en Quebrada Honda, donde durmió unas cuantas horas, sin armar pabellones; porque ya estaba tan cerca del enemigo que los Navales, al descubrirlo desde una loma, se formó en batalla, enviándole los ecos del Himno de Yungay.



La mañana del 26 comenzó con una alegre y provechosa jureta de caza.

El comandante Búlnes, de Carabineros, practicando un reconocimiento, logró capturar a dos soldados peruanos de una patrulla de cinco que andaban espionando al nuestro.

A fin de coher también al oficial que los mandaba, Búlnes hizo vestir a dos de sus soldados con el uniforme de los prisioneros, y los soltó al reclamo de los otros tres.

Y así sucedió en efecto. El oficial, al reconocer el traje de los suvos, se detuvo a esperarlos en mala hora; porque al llegar los falsificados peruanos, demostraron quienes eran, arriando con todos hacia el Regimiento.

Por el oficial se obtuvieron datos acerca de la situación, fortificaciones y número de los enemigos, que valían, en verdad, un Perú.

Inmediato se confirmó lo que era todo eso.

El campo atrincherado del enemigo estaba hábilmente distribuido en una de las grandes lomas que se alzan sobre la extensa pampa.

Lo defendían además avanzadas de montones de arena, tras de los cuales se favorecían sus guerrillas; más atrás series paralelas de altos terraplenes que ocultaban zanjas cavadas con arte; después, todavía otras y otras con parapetos de sacos rellenos y escavaciones profundas, destinadas a contener la caballería, y por todas partes troneras para el libre y seguro fuego de los rifles, ametralladoras y cañones.



Minutos antes de las once y media, algunos cuerpos de la 1.ª división llegaron jadeantes a una hondonada en la cual nacía la rampla inclinada por la cual había que trepar para subir hasta el enemigo que estaba encima.

De ellas partió, entonces, a cuatrocientos metros, una lluvia torrencial de balas que fué, al punto, contestada por el Valparaíso, Navales y Esmeralda.

Estos cuerpos, a los que bien pronto se les agregó el Chillán, habían ido a estrellarse contra la roca viva de los ejércitos aliados: el contingente de las tropas bolivianas, entre las que se destacaban sus famosos Colorados, orgullo y flor de su ejército, que á voces llamaba al Buin, como al más digno por su renombre de medirse con ellos.

Una compañía de Navales, al mando del Mayor Don Alfredo Délano, sobrepasó en el torbellino de su avance el flanco de la trinchera que atacaba como en más de ochenta metros. No la impresionó su aislamiento; girando sobre sus talones, cambió su frente y rompió de nuevo el fuego sobre la diagonal de los Colorados, así flanqueados y luego fusilados uno á uno, tiro á tiro, como en un certámen de puntería al blanco.

El Aroma de Bolivia llegó a sostener el esqueleto de los Colorados, que aún quedaba en pie sin retroceder un paso.

Pero, al mismo tiempo, el resto de Navales que atacaba por el frente llegó á la planicie, y, al ver las piezas abandonadas entre montones de cadáveres, la locura del triunfo se apoderó de todas las cabezas y de todos los pechos brotó este grito, que arrastró al Batallón entero:

—¡A los cañones!

Tomados éstos y algunas ametralladoras á costa de mucha sangre, los bolivianos cedieron el campo, retirándose sobre su segunda línea de trincheras.

A pesar de la inferioridad del número y de la estenuación de la marcha y de la lucha, los navales continuaron avanzando tras de los derrotados del momento.



Y aquí encaja el más hermoso de los episodios de esa sangrienta jornada, que por sí solo rescata otros que no fueron tales, si, como dijo Jesús, un justo basta para rescatar á muchos pecadores.

En aquel avance casi delirante, un soldado de Navales encontró á un jefe enemigo tendido en el suelo sobre un charco de sangre y aplastado por su caballo agonizante.

Era un coronel boliviano y estaba herido en la pierna derecha.

El de Navales se acercó á él, haciéndolo su prisionero.

Como no demostrara en su semblante el furor del exterminio sino el entusiasmo caballeresco del triunfo al herido, la primera idea del caído fué ofrecerle su reloj y cuanto tenía en los bolsillos para asegurar su vida; pero, según lo que él mismo contaba después, no se atrevió á hacerlo al ver la cara de caballero del soldado, y, arrojando más bien á sus sentimientos de tal, le pidió su amparo sin bajeza, humildemente.

—No tenga Ud. cuidado, respondió el Naval; pero como ya vamos para Tacna, Ud. me dará su palabra de honor de que allí se entregará prisionero á mi jefe.

—Mi palabra de caballero y de soldado, dijo el herido.

El Naval lo libertó del caballo muerto y proporcionándole otro de los muchos que vagaban esperando á sus ginetes muertos, lo alzó en sus brazos hasta sentarlo cómodamente en la montura.

—Hasta Tacna, mi coronel! dijo el Naval.

—Si Dios quiere! contestóle enternecido el veterano, estrechando la mano de su generoso salvador (1).



Después del triunfo, algunos Navales y muchos de otros cuerpos llegaron hasta los suburbios de Tacna, desmayada por golpe tan inesperado, y allí, encapados con las sombras de la noche, hartáronse de frutas violentamente arrancadas del árbol de la ciencia del bien y del mal.

En seguida entró el Ejército á tambor batiente para entregarse al reposo tan bravamente conquistado tras de tantos duelos y quebrantos.

Y en eso estaban cuando un día se presentó al cuartel de los Navales un paisano de aspecto venerable, que dijo ser el coronel jefe del primer batallón de los Colorados de Daza, y, refiriendo las circunstancias que lo obligaban á ello, se declaró prisionero del batallón.

Atendido ocultamente por una familia amiga, sólo en ese momento podía cumplir su palabra empeñada en el campo de batalla. De su libertador no sabía más dato que el de su cara de caballero; pero como aseguraba que lo reconocería entre todo el ejército, se hizo formar el batallón.

(1) Este episodio lo refirió primeramente el corresponsal de "El Ferrocarril". Después en Tacna lo oí referir muchas veces de diversos modos, pero todos conforme en lo esencial del hecho.

No estaba en las filas. Se hicieron prolifas averiguaciones; más ningún soldado sabía nada de ese extraño incidente.

Por lo tanto, el coronel era libre!

Y como a los Navales, después de su primer triunfo, se les había tocado retirada, ante una grandiosa resurrección de sus vencidos, nadie dudó de que aquel roto con alma y cara de caballero, había caído, como tantos otros, bajo las balas de la heroica infantería boliviana.

¿Acaso este episodio parece un poco raro?

Pues más raro es este otro hecho: aquel duelo sangriento no sólo no dejó rencores entre chilenos y bolivianos, sino que, por el contrario, determinó una sincera y durable estimación que habría sido más difícil vencer si de nuevo se hubiera tratado de ponerlos frente a frente.

I. CONCHALI

CHARLAS



Carlos Luis Hübner

QUIERE mi amigo Luis Orrego Luco que yo colabore en "Selecta", y no así como así, sino con artículos de índole literaria.

Como él es artista, y los artistas no envejecen, supone fácil que cualquiera de su tiempo pueda pedir inspiraciones a la que llaman rosada aurora, ó al talle donairoso de una muchacha de quince, y soltar después la pluma para que corra rejuvenecida y entusiasta, segando ideas a la mente y arranques al corazón.

Parece olvidar Luis Orrego que los de su tiempo somos ya—ó debemos serlo, ó por lo menos aparentarlo—caballeros serietes, padres de más ó menos numerosa prole, y candidatos a calzar pantuflas de abuelo; excepción hecha de Luis Izquierdo, que ha tomado la mala costumbre de irse cada dos años a Europa, antídoto el más enérgico de los hasta ahora conocidos para matar en germen las tentaciones del doble sacramento.

Chile es un país de clima casamentero; y nuestro modo de ser, tan enemigo de la franqueza y de las espontaneidades, tiende a su vez a que todo barquichuelo busque puerto.

La malvada leyenda de "contigo pan y cebolla" echa un velo sobre las cuentas; y, años más ó años menos, ello es que antes de los veinticinco á casi todos no han leído la epístola de San Pablo.

¿Y póngase un marido á escribir bella literatura! ¿cómo? ¿cómo escribe?

¿Va á contar que se emborrachó la cocinera y que salió la sopa, que olvidó comprar marisco, que quemó el asado, que dió vuelta el café?

¿Va á contar que un joven del barrio enamoró al ama y le cortó la leche?

¿Va á contar que no le dejó dormir el guardián con sus pitazos ó la guagua con los gritos de un flato con puntada?

¿Va á confesar que llegaron á cobrarle una cuenta en el preciso momento en que daba el último adiós al último peso del último sueldo?

En este valle de lágrimas, es ese el cuadro de un día sí y del otro también; y por de contado que tema no da la materia para andar haciendo floreos con la pluma.

Es como decirle "ríase" al que tiene un hueso atravesado en la garganta, ó como aconsejarle á un tuerto que enamore con el ojo que le queda en funciones.

El casado puede pasar cuitas, y hasta amaiguras, pero todo en el campo de esa prosa, á menudo vil, ó cuando más burguesa, que se encarga de recordarnos, como el esclavo á los vencedores romanos, nuestro origen de barro, paradisiaco sea, pero barro al fin.

El célibe pasa penas, que son á las cuitas lo que una nota de la Patti á un dó de matraca, de forma que las penas mismas suelen ser alegre recuerdo. Por ejemplo, ¿serán penas de veras las que contaba un amigo mío en esta estrofa?

Lloraba en mis brazos vestida de negro; se oía el latido de su corazón; cubríanla el cuello los rizos castaños y toda temblaba de miedo y de amor. ¿Quién tuvo la culpa? La noche callada. Yo iba á despedirme. Cuando dije "adiós" ella, sollozando, se abrazó á mi pecho bajo aquel ramaje del almendro en flor. Velaron las nubes la pálida luna... Después, tristemente, lloramos los dos.

Lágrimas como esas no valen; se parecen al "sacrificio" que dicen hacer por la Patria algunos caballeros que enganchan cartera ministerial.

En punto á juegos, por ejemplo, el padre de familia, si tiene horas y pescos disponibles, jugará su rocambores, perderá ó ganará, pero tiene que llevarse viendo el reloj, con intranquilidad de vejiga en decadencia, para que no se le vaya el último carro y para no encontrar despierta y vinagre á su media naranja.

El mocito se entretiene de otro modo; así, pongo por caso:

"Niña, pues te gusta el juego y te empeñas en jugar, un juego voy á enseñarte que tal vez tú no sabrás. Coje un hilo, negro ó blanco, que para el caso es igual, y parte un trozo que tenga una ó dos varas, no más. Coje una punta en los labios, que, con mucha suavidad, yo cojeré la otra punta poniéndome faz á faz. Avanzando al mismo tiempo, la distancia acortará, mis labios hacia tus labios aproximándose irán, y cuando el hilo se acabe... volveremos á empezar".

A propósito de la precedente delicada composición, recuerdo que la recité un día en un corrillo de club; otras recitaron otros, se votó por fin sobre cuál era la mejor, y sea por el medio ambiente, por los vapores del whisky ó por patriotismo en-

tendido á su manera, el corrillo premió este cantar chileno:

Atrévete cobardé,
con esa niña,
y hacéle un cariñito
con la rodilla.

Después de todo, no está tan malo el cantarcito, en cuanto refleja el alma nacional, que llama músicas y guaraguas á los tules y hojas de parra. Los cantares del pueblo son preciosos documentos de psicología, porque son eco fiel del modo de ver y de sentir de una colectividad.

Pasa lo propio con el cuento gracioso, en el cual de ordinario va un dejo del alma popular. Buencos y legítimos herederos de españoles, los chilenos tenemos como ellos cantares y dichos que nos retratan.

Refieren crónicas del pasado que Felipe II llamó en una ocasión á tres de sus súbditos para otorgarle buena recompensa al que en menos palabras diese forma á una ambición mayor. Yo, dijo el primero, quisiera que llenasen de agujas la plaza de toros de Sevilla, y que por cada aguja me diesen una onza de oro; es pedir, contestó el Rey, ó interrogó al segundo. Yo, dijo el segundo, quisiera que la mar fuese tinta y que me diesen en onzas de oro toda la cifra que se pudiera escribir hasta que se secara el tintero ese; pedir es, añadió el Rey, y volteóse á escuchar al último. Yo, Su Majestad, dijo el tercero, quisiera solamente una modesta buñolería en la Puerta del Sol, y heredar á los señores.

Si eso retrata de buen modo á España y á los españoles, no menos retrata á Chile y al pueblo chileno esta anécdota. Dormían á pierna suelta unos cuantos carilanos, con la manta por almohada, el suelo por colchón y por cobertor las estreñías, cuando se dió voz de alarma y se dijo que entraban ladrones al campamento. Naturalmente, despertáronse todos, y entre ellos un rotito que acababa de empuñar la camisa. "¿Lairones? dijo: asegurar los relojes, niños". Ni Shakespeare hubiera encontrado un rasgo más clásico ni más oportuno para expresar la burla y el desdén por la propia pobreza.

Así como en los dichos tenemos algo de común con los españoles, mucho tenemos también en lo de flojos.

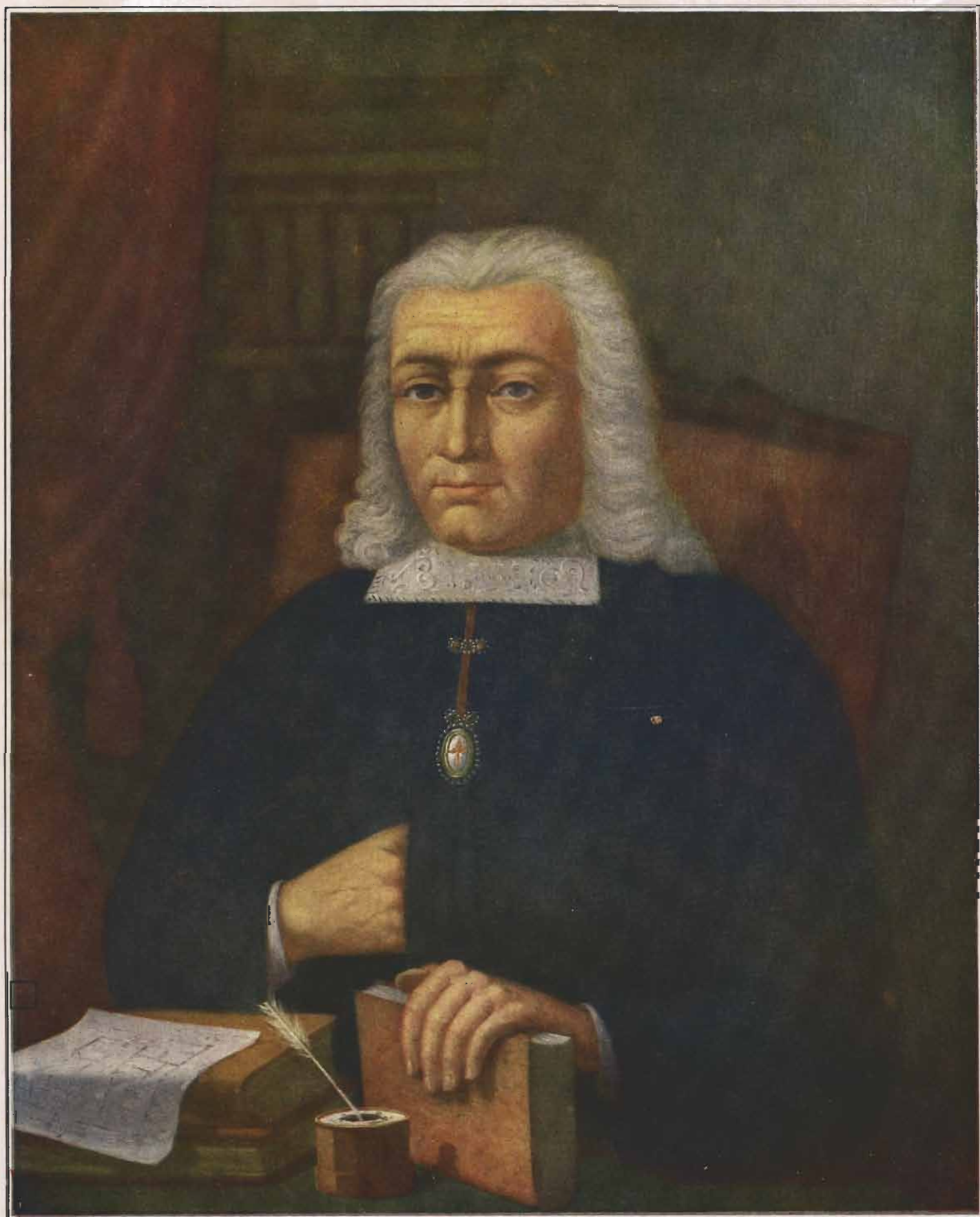
—¿No le vienen á usted ganas de trabajar algunas veces? preguntábanle á un godo. ¡Vaya si me vienen, contestó, pero las domino, vamos!

Ahí tienen ustedes todas las cosas que me hace decir mi buen amigo Luis Orrego, en su empeño por que yo descuelgue la pluma de otros tiempos.

Carlos Luis HÜBNER

Santiago, Julio de 1909.

El fundador de la Real Universidad de San Felipe



Don José Tomás Ruiz de Azúa
Marques de Cañada Hermosa

EL MARQUES DE CAÑADA HERMOSA

Y LA REAL UNIVERSIDAD DE SAN FELIPE

CUANDO se hallaba todavía en formación la sociedad chilena en medio de crudas guerras contra los indios araucanos, apenas terminada la conquista por Valdivia y sus valientes sucesores, aparece, en esta lejana tierra, una figura tan extraña como interesante. Era la de un hombre que, en vez de consagrarse, como todos los aventureros españoles emigrados á Chile, á la exclusiva idea de adquirir fortuna, de egercer el comercio lucrativo con la madre patria, de obtener la concesión de "encomiendas" que le permitieran adquirir inmensas posesiones de terreno y el servicio gratuito de los indígenas, convertidos en esclavos, toma un rumbo nuevo, enteramente "intelectual" para esa época en la cual se ignoraba hasta la existencia de semejante palabra.

Era Don José Tomás Ruíz de Azúa, Marqués de Cañada Hermosa, persona consagrada por completo al estudio, al cultivo de las letras, de las ciencias humanas y de las cosas del espíritu; como los grandes señores franceses del siglo XVIII, colocaba por encima de todos los agrados y vanidades sociales el amor de las obras del ingenio, de las meditaciones hondas, de las ideas vastas, del arte refinado y exquisito de los clásicos latinos, Virgilio, el poeta de la Eneida, el triste Ovidio, el dulce Horacio, el magnífico Cicerón, envuelto en su manto incomparable de elocuencia dominadora y soberana.

A la familia ilustre de Ruíz de Azúa débense, principalmente, la fundación de la Real Universidad de San Felipe, la primera establecida en Santiago, y el desarrollo de la cultura intelectual chilena del siglo XVIII, es decir, las primeras bases de pensamiento sobre las cuales debían encontrar su punto de partida la revolución, la independendencia y la libertad de Chile.

Nacidos en el seno de una gran familia emigrada de Guipúzcoa, los hermanos Pedro Felipe y Tomás Ruíz de Azúa é Iturgoyen, recibieron cultura y educación no comunes para aquellos tiempos en el convictorio de San Francisco Javier, que la Compañía de Jesus sostenía en la capital del Reino. Don Pedro Felipe Ruíz de Azúa, que debía ser más tarde Obispo de Concepción y Arzobispo de Santa Fé, continuó sus estudios en el colegio de San Martín, dirigido igualmente por Jesuitas, en Lima. Allí se recibió de licenciado en cánones y leyes y obtuvo el título de Doctor. Vuelto á Chile, sostuvo con entusiasmo la idea de establecer en Santiago una Universidad Real, en vez de enviar á la de San Marcos de Lima á los jóvenes que deseaban cultivar la teología, la medicina ó el derecho á costa de sacrificios considerables

para los suyos. Entre los estudiantse enviados al Virreinato del Perú figuraban entonces algunos tan distinguidos como Pedro de Oña, Jiménez de Mendoza, Francisco Pastene, Bartolomé Lisperguer, Hernando de Aguilera y otros. Ruíz de Azúa quiso estender la enseñanza, permitirla y facilitarla á los hijos del país.

Pero en aquellos tiempos, en regiones apartadas, cuando todo era parte á despertar recelos en la madre patria, la tarea de fundar una Universidad en América se presentaba erizada de dificultades, era casi revolucionaria. Don Tomás Ruíz de Azúa é Iturgoyen abrazó con entusiasmo la idea de su hermano Don Pedro Felipe, y encaminándose á España en 1730, se esforzó en obtener del Rey Felipe V la autorización para crear la Real Universidad de San Felipe en la capital de Chile. Después de activas gestiones, el Rey concedió la merced pedida y, con ella, que se destinaran seis mil pesos del impuesto de balanza para el mantenimiento de la nueva fundación. Ruíz de Azúa consiguió que el permiso primitivo se ampliase con cátedras de matemáticas, leyes, medicina y teología. La Universidad de San Felipe sólo comenzó á funcionar en 1758. Don Tomás Ruíz de Azúa fué nombrado Primer Rector de la Universidad de San Felipe el 16 de Enero de 1746.

Ruíz de Azúa gozaba durante la colonia de tal reputación de superioridad intelectual, que fué designado por el Virrey del Perú, Manso de Velazco, para que continuase los comentarios de las leyes de Indias que había dejado inconclusos el licenciado y Oidor Don Juan del Corral Calvo de la Torre.

Ruíz de Azúa escribió una Historia de Chile que desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros. Falleció en 1757, á los sesenta años. Por muerte de su hijo don José Tomás, se extinguió la línea masculina de la familia Ruíz de Azúa, y su hija mayor, Doña Francisca de Paula, casada con Cortés Madariaga, entró en posesión de los títulos, vínculos y fortuna de la casa.

Pero la herencia intelectual de la familia Ruíz de Azúa se ha mantenido con vigor durante el siglo XIX, contribuyendo á ello con sus obras en las letras, en el Parlamento, en el foro y en la ciencia algunas de sus ramas, entre otras la de Luco y Ruíz de Azúa, en la cual han figurado con brillo Don Ambrosio Montt y Luco, Don Augusto y Don Luis Orrego Luco, Don Ramón Barros Luco, Don José Antonio y Don Francisco Gandarillas y Luco y otras personalidades distinguidas de la sociedad chilena.

> VALPARAISO <

UN escritor sud-americano, poco cortés por cierto, describía á Chile como un país estrechado entre los Andes y el Océano, tanto, que sus habitantes se veían obligados á pegarse como lapas en los cerros para no caer al mar. De esto deducía el sagaz articulista un argumento concluyente para explicar las tendencias de conquista é imperialistas que, según él, predominaban en nuestros hombres de Gobierno y eran el anhelo popular.

No dejaba de tener gracia el argumento, y bien se vé que nuestro amable crítico debe haberse dado un paseo por los puertos del Norte, donde las costas áridas y escarpadas le sugirieron sin duda tan lú-

El formidable y ceñudo cerro de San Antonio, que cerraba el paso á la ciudad por el Oeste, hubo de sucumbir á los repetidos ataques del acero y explosivos, dejando su lugar á los muelles fiscales y almacenes de Aduana; y el mar, que antes permitía una calle escasa, se ha visto obligado á ceder el terreno necesario para tres calles y una gran avenida.

La faja de tierra era tan angosta que, en una parte, en el codo que forma hoy la calle de Esmeralda, las olas azotaban la roca é impedían el paso á los transeúntes que se dirigían del Puerto al Almendral, cuando el mar estaba un poco agitado ó cuando subía la marea. En ese codo es-

el horizonte, de punto de reunión á los tortilleros, y en la noche, de refugio á los ladrones y gente airada que se ganaba la vida esperando, al paso, á los empleados de la Aduana y del comercio que vivían en el Almendral y que por mal de sus pecados se habían retardado demasiado en el otro barrio. Como no había calle y el solo paso era una angosta calzada con un ligero pretil para impedir se fueran al agua los viandantes, no era difícil dar el malón cayendo de improviso sobre el rezagado. No es, pues, de extrañar que entre bandidos vivos y fantasmas y ánimas y difuntos, hubieran dado á la cueva aquella una fama detestable; pero cuentan las cró-



Malecón del puerto de Valparaíso

gubre idea. Hará unos ochenta años, y aún en época más reciente, es probable que Valparaíso, el puerto principal de la República, no le hubiera producido otra impresión. Confinado á la plaza Echáurren y á la estrecha lengua de tierra que quedaba entre los cerros y el mar, había agrupados en este trecho las bodegas y almacenes de sus principales casas de comercio; la fortaleza, casa del Gobernador y la ciudad verdadera estaban en lo alto del cerro de la Cordillera. La población empezó poco á poco á extenderse por los cerros y hacía el Almendral, y bien pronto la cuña, el combo y la pólvora, en lucha porfiada y tenaz, fueron socavando y minando los cerros, mientras en lucha no menos porfiada, se ganaba terreno al mar, primero por medio de estacadas y rellenos y después por el sistema más moderno del malecón, tantas veces destruido y tantas reconstruido.

Estaba la legendaria Cueva del Chivato, al lado del número 36 de la calle Esmeralda, que ocupa hoy la Relojería Suiza de Brunswick y donde, á golpes de mazo, se arranca otro pedazo al cerro para establecer un nuevo local para el comercio humano, no como se ha creído en la Imprenta de "El Mercurio" que queda á pocos pasos.

La imaginación popular había poblado la dichosa cueva con brujos, fantasmas y hechiceros, siendo su principal habitante el tradicional chivato, cabro de dimensiones colosales que asaltaba á los incautos y se los llevaba vivitos á su amo Satanás. Por supuesto era dogma de fé el que la cueva era de una profundidad inmensa, inverosímil, y aunque se comprobó que la tal cueva era sólo un boquerón, no había medios de convencer al pueblo que no tenía leguas de extensión.

Servía, mientras el sol permanecía sobre

nicas que el temor popular empezó á evaporarse después de la aventura de cierto comerciante portugués, muy fanfarrón, que era casado con una damisela criolla, nacida y criada en este puerto, hembra fornida, de las de brazos en jarra y de armas tomar. El portugués de marras se recogía casi al anochecer á su casa en el Almendral, y aunque maldita la gracia que le hacía, no podía dejar de pasar por la calzada ni recogerse más temprano por no permitirle el negocio; y al llegar no podía resistir su orgullo y no pasaba noche en que no contara hazañas de asaltos rechazados y bandidos aterrorizados, hasta que su cara mitad, aburrida con tanto derroche de imaginación, resolvió probar en la práctica hasta dónde llegaban las energías de su consorte. Al efecto, se vistió de hombre y esperó la vuelta del portugués, escondida en la Cueva del Chivato y, al pasar éste, le saltó encima gritando

"¡la bolsa ó la vida!", con todas las reglas del arte. Lo hizo tenderse boca abajo y, no contenta con desahijarlo de cuanto llevaba, se sentó tranquilamente sobre él, teniéndolo en semejante postura por buen rato. Por fin se levantó, volviendo á su casa, pero no sin haber amenazado antes de muerte al valentón si levantaba cabeza antes de un cuarto de hora. Momentos después de su regreso llega el portugués y la encuentra leyendo tranquilamente. Empieza la narración de una serie de proezas para explicar por qué volvía todo sucio y revolcado, y cuenta cómo y de qué manera ha logrado vencer á diez asaltantes. Su mujer lo escucha con paciencia, pero al fin lo interrumpe diciéndole: "Sí, pero te han robado toda la plata y el reloj y de llapa uno se te sentó encima". El fanfarrón se quedó mirando fijamente á su mujer, bastante asombrado y con la boca un tanto abierta; pero reponiéndose al cabo, y por no dar su brazo á torcer, le salió con la siguiente pata de gallo: "Bien te había querido conocer, pero quería cerciorarme de si eras tú la del asalto". Al día siguiente se hizo pública la historia, sólo Dios sabe cómo y la reputación de la Cueva se empezó á desmoronar entre las risas que celebraban el chasco del hijo del Duero y del Miño.

La extensión de Valparaíso hacia el Almendral, donde se dice llegaban antes las olas á bañar las gradas del Convento de la Merced, ha llegado á constituir una nueva población, la que fué casi enteramente destruida por el terremoto del 16 de Agosto y que lucha ahora con tesón por levantarse de entre las ruinas, lo que ha conseguido en gran parte, aunque no puede aún cruzarse el barrio sin encontrarse con las huellas siniestras de la catástrofe.

Los cerros han sido objeto de un verdadero asalto y sus faldas y cimas están cubiertas de habitaciones escalonadas, que semejan tropas que trepan afanosas para adueñarse de las cumbres. Los ingleses dieron la señal, cuajando el pintoresco Cerro Alegre de alegres chalets y casitas con jardines. Poco tardaron los demás en seguir el ejemplo y bien pronto se ha visto cubrirse de construcciones, quin'as y casitas, todos los cerros, desde el Barón hasta el Cerro de la Artillería; el cual ha quedado á su vez cuajado de parques y verdura desde la Escuela Naval, Cuartel del Maipo y Fuerte Valdivia hasta Playa Ancha y las Torpederas, ocupando casas, calles, parques y plazas la meseta donde hacían antaño ejercicio los cívcos y maniobraban las tropas en las fiestas patrias, mientras por otro lado se establecían fondas y chinganas, se plantaban palos ennobrados y se soltaban chanchitos enjabonados, tras los que corría el pueblo en bulliciosa algazara.

Pero nada indica más el tiempo transcurrido que contemplar desde el Paseo 21 de Mayo la escuadra nacional, fondeada en la bahía, con sus buques de casco pintado de blanco y sus chimeneas amarillas: primero y más á tierra el "Zenteno", luego, y más afuera, el buque-escuela, la "Baquedano", donde se preparan nuestros futuros marinos, y á continuación el "Blanco", la "Esmeralda", el "O'Higgins" y la "Chacabuco". Más á la costa, cerca de los Arsenales, se divisan las manchas oscuras de los caza-torpederos y de los destroyers, con su toneaje reducido y su corte de avispa, y ese aire de disimularse y hacerse los pequeños para hacer más formidable y venenoso el ataque que caracteriza á los barcos de esta clase. No puede menos el chileno que los mira de acordarse de los esfuerzos gastados en constituir nuestra marina de guerra y pensar en los barquitos de madera que fueron su origen; aquellos buquecitos de vela del tiempo de Portales, á los que fueron agregándose poco á poco la "Janequeo", con sus 6 cañones; el "Cóndor", con 8; la fragata "Chile", ya más formidable, con 46; y después, dejando atrás las velas, tantos otros que al trazar su surco en el Océano, lo han hecho al mismo tiempo en la historia, dejando huellas indelebiles de gloria y de orgullo patrio, como la "Esmeralda", que dejó una página de heroísmo en herencia

á la historia no sólo de Chile sino del mundo entero al desaparecer entre las olas con su tricolor flameando.

Entre las preocupaciones del Ministro Portales figuraba en primera línea la ciudad y puerto de Valparaíso, la marina nacional y el servicio de Aduanas, y continuamente hacia viajes para imponerse de las necesidades y tomar las medidas que juzgaba necesarias para el adelanto del puerto. A propósito de Portales y de sus visitas periódicas, hay dos anécdotas inéditas que no dejan de tener interés. Se refiere una de ellas á que el Ministro, visitado en uno de sus viajes por uno de esos adulones que nunca faltan, el cual empezó á hablarle mal de todo el mundo, especialmente de la Marina, de lo descuidada que estaba, y de cómo los oficiales de Marina abandonaban sus buques y se iban á pasar buena vida y á remoler en Quillota, y que el Cirujano en Jefe Señor González les expedía papeletas de enfermo mediante el pago de media onza, etc., etc.; Portales, profundamente disgustado, oía sin querer estos denuncios, de los que no podía desentenderse por ser el sujeto que los hacía comerciante de posición y hombre de importancia del pueblo. Llegó por casualidad en esos momentos un ordenanza con un pliego oficial, y, aprovechando la oportunidad, Portales le da por lo bajo la orden de buscar al Doctor González y de traérselo consigo. Dicho y hecho: el soldado partió á escape, encontró al Doctor en su casa-quinta de las afueras de la ciudad, le comunicó la orden, y cuando el Doctor contestó que "iría en el acto", se hizo el sordo, le insistió sobre la orden recibida y, queridas que no, se lo trajo en ancas atravesando toda la ciudad hasta llegar á la Intendencia. Es de suponer si se alarmaría el pobre físico.

Al verlo aparecer, Portales, como si la llegada fuera de sorpresa, exclamó: "¡Hola, Doctor! á tiempo llega, precisamente hablabamos de Ud. Este señor me decía", y sin más le suelta cuanto el chismoso le había contado. El Doctor protestó indignado contra la calumnia. Al verse entre la espada y la pared, el comerciante trató de excusarse alegando que "á él le habían dicho, que le habían contado, y que no había hecho sino repetir, etc.". El Ministro se enojó: "Ud. no me había dicho eso antes, al contrario, me refirió la cosa como un hecho, y como si á Ud. le constara". Y á pesar de las escusas del sujeto, lo obligó á acompañarlo á bordo á donde exigía González se trasladaran en el acto para desvanecer la calumnia. Tomaron, pues, un bote y llegados á bordo se pasó revista, resultando que sólo faltaba un marinero, que se encontraba en el hospital. No contento el Ministro con esto, pasó al hospital, donde pudo comprobar se medicinaba el enfermo. Entonces se desbordó, y puso de vuelta y media al chismoso: "Ve Ud", le dijo: "esto pasa por dar crédito y hacerse eco de lo que se dice. Tenga la bondad de no volver á ponerse delante".

En otra ocasión le denunciaron el servicio de Aduanas que marchaba pésimamente, gracias á que el Administrador asistía tarde, mal y nunca, y que por consiguiente todo andaba á la diablo y los empleados hacían de las suyas. "¿Pero, que no hay Reglamento?" preguntó Portales. "Sí, señor". "Pues que me lo traigan, y, sobretudo, punto en boca".

Al día siguiente, á las 10 de la mañana, hora de llegada según el Reglamento, estaba Portales instalado á la puerta de la Administración de Aduanas, sin dársele un camino de la tierra con que lo cubría un portero ocupado en sacudir y barrer las oficinas. Llegó un empleado. "¿Sabe Ud. quien soy?" "Sí, señor Ministro". "Como se llama Ud." "Fulano de tal, Señor Ministro". "Cual es su puesto". "Oficial primero, Señor". "Está bien, vamos á la sala del Administrador".

Una vez en ella, ordena perentoriamente al empleado: "Siéntese Ud." "Pero señor Ministro", contesta el infeliz, "si este es el escritorio del Señor Administrador". "No importa, siéntese Ud., desde ahora es Ud. el Administrador", y se vol-

vió á estacionar en la puerta. A medida que iban llegando los empleados les preguntaba nombre y empleo y les confería puestos: de Secretario al uno, de Vista al otro, de Pesador al de más allá, sin atender á otra cosa que al orden de su llegada. No faltó, por último, alguien que fuera á contar al Administrador lo que pasaba, y llegó éste desolado á la oficina, desahaciéndose en atenciones con el Ministro. Este lo recibió muy terco. "¿Quién es Ud?" "El Administrador de Aduana, Señor Ministro". "Muy bien, venga Ud. acá" y lo llevó al Archivo. "Siéntese ahí". "Pero Señor, esta es la oficina del Archivero". "¿Le repito á Ud. que se siente! Desde hoy deja de ser Administrador y pasa al puesto de Archivero". El pobre Administrador no tuvo más remedio que agachar la cabeza y obedecer al terrible Ministro.

De la Aduana, Portales se fué á la Intendencia, desde donde pasó un oficio al Ministro Rengifo comunicándole los nuevos nombramientos que había resuelto hacer, "por orden de merecimiento", en la Aduana, todos los cuales recaían sobre el mismo personal anterior, pero haciendo las alteraciones necesarias al buen servicio del país, y pedía su confirmación, la que por supuesto se decretó en el acto, publicándose días después la serie de nuevos nombramientos. El ex-Administrador nombrado Archivero renunció el puesto por no convenir á sus intereses.

La ciudad de Valparaíso ha ganado de día en día: su nivel ha subido á gran altura sobre el antiguo, que puede verse aún en la aguja que separa las calles de Prat y Cochran y que ocupa hoy la fotografía Valck, y en el pasaje Graham Rowe, que antes era calle pública, entre Cochran y Blanco, y tiene que subir aún más según el nuevo proyecto de reconstrucción, que levanta el nivel de la Plaza Victoria en metro y medio sobre el actual. Ha luchado victoriosamente contra todo género de calamidades: epidemias, temporales, inundaciones, y ahora aún se la ve surgir triunfante de entre las ruinas del terremoto de Agosto y levantarse, como Anteo, más fuerte y más hermosa después de haber sido echada á tierra.

Hay algo, sin embargo, que no ha podido vencer: los obstáculos que á su progreso opone la política.

Un grupo de políticos, animado sin duda de las mejores intenciones, ha opuesto una resistencia inesperada y tenaz al proyecto de construcción del puerto. Este es un golpe que causa á Valparaíso daños irreparables, porque no puede adquirir su verdadero desarrollo hasta no ser lo que no ha llegado á ser aún, un puerto verdadero. La aspiración largo tiempo abrigada, los muchos proyectos presentados y las esperanzas de comerciantes y vecinos parecían ya á punto de realizarse, y esto en condiciones ventajosísimas para el Erario Nacional, el que no se veía obligado á pagar un centavo, encargándose de los gastos una empresa extranjera, cuando á varios miembros de la Cámara joven se les ocurrió entrar á investigar si esta empresa iba á ganar ó no demasiado y si el trabajo podría hacerse con menos capital del presupuesto. En su anhelo por ahorrar unos cuantos miles no repararon en que éstos los viene á desembolsar en realidad el comercio que se sirva del nuevo puerto, el que se siente feliz, y bien alto lo declara, por tener un puerto moderno y seguro y no verse obligado á pagar al Océano un tributo anual, en cada invierno, por mercaderías averiadas, buques perdidos y perjuicios de todo género, que suman centenares de miles cada vez. De desear sería, y esta es la aspiración suprema de Valparaíso y del país entero, que no se continúe este año obstruyendo el proyecto de puerto que permitirá á Valparaíso llegar á ser aquello á que tiene derecho, no sólo por ser el primer puerto de Chile sino también por su laboriosidad é industria como segunda ciudad de la República.

SACHEM

I

EN la ciudad de Antilope, sobre el río del mismo nombre en el Estado de Tejas, todo el que podía hacerlo se dirigía al circo.

La curiosidad de los habitantes estaba tanto más excitada cuanto que por la primera vez desde la fundación de la ciudad se veía entre sus muros un establecimiento de tal naturaleza: un circo con bailarinas, músicos y acróbatas.

La ciudad era de fundación reciente. Quince años antes no existía allí ninguna casa y aún habría sido difícil encontrar un solo blanco en los alrededores.

En la desembocadura del río, precisamente donde se eleva hoy Antilope, hallábase un villorrio indio llamado Chiavatta, capital de los "Serpientes Negras", tribu turbulenta y entregada al pillaje que era el terror de las vecinas colonias de Berlín, Harmonía y Grundenau, cuyos habitantes se quejaban continuamente de no poder soportar más sus incursiones. A decir verdad, los Pielas Rojas no hacían otra cosa que defender su territorio cuya independencia les había sido garantida por tratados formales con el Gobierno de Tejas; pero, ¿qué podían importarles tales tratados a los colonos de Berlín, Grundenau y Harmonía?

Quitaban a los Serpientes Negras la tierra, el agua y el aire, pero en cambio, les daban la civilización... Y los pieles rojas manifestaban la gratitud a su modo, es decir, desollando a los alemanes.

Tal estado de cosas no podía durar largo tiempo. En consecuencia, los colonos de Berlín, Grundenau y Harmonía unieron una hermosa noche en número de cuatrocientos, llamaron en su ayuda a los mejicanos de La Ora y cayeron sobre Chiavatta dormida. El triunfo de la buena causa fue completo... Chiavatta fue incendiada y sus habitantes degollados en masa sin distinción de edad ni sexo. Sólo se salvaron de la carnicería algunos guerreros que en aquellos momentos estaban ocupados en la caza. En la misma ciudad no quedó alma viviente, y eso fue tanto más fácil cuanto que Chiavatta se hallaba encerrada, como en una horca, en la confluencia de dos ríos que, hacia la Primavera, habían desbordado y rodeado de infranqueables sábanas de agua el grupo de habitaciones.

Y precisamente esta situación, que había causado la ruina de los indios, pareció excelente a los alemanes, pues si difícil era escapar, defenderse era facilísimo.

Convencidos de esto, los colonos de Berlín, Grundenau y Harmonía emigraron hacia el lugar en que no ha mucho se encontraba Chiavatta, y en un abrir y cerrar de ojos Antilope surgió del suelo.

Cinco años después contaba dos mil habitantes.

El sexto año los alemanes descubrieron en la ribera opuesta a la que ocupaba la ciudad un gran yacimiento de mercurio, cuya explotación dió por resultado doblar el número de habitantes.

El año siguiente, en virtud de la ley de Lynch, se colgó en la plaza pública a los doce últimos representantes de los Serpientes Negras, capturados en los alrededores, en la Floresta de la Muerte.

Desde entonces nada interrumpió el progreso de Antilope

pe ni el vuelo de su prosperidad. Fundáronse dos "Tageblatts" (diarios) y una "Montags Revue"; un ferrocarril unió la ciudad con Río del Norte y San Antonio; la calle Opuncia Grass se adornó con tres escuelas, una superior, y en la plaza donde habían sido ahorcados los últimos Serpientes Negras se erigió solemnemente un establecimiento filantrópico.

Todos los Domingos en los templos, los pastores enseñaron el "amaos los unos a los otros", el respeto a la propiedad ajena y otras virtudes no menos indispensables a la existencia de una sociedad civilizada. Un conferencista, de paso en la ciudad, habló sobre los derechos de las naciones...

Los habitantes más ricos pensaron luego en fundar una Universidad, a cuya construcción debería cooperar el Gobierno.

En una palabra, los alemanes prosperaban. El comercio de

mercurio, cebada y vino les procura grandes utilidades. Son honrados, económicos, metódicos y gordos.

Quien, después de quince años, hubiera visto los diez mil habitantes de Antilope, jamás habría reconocido en aquellos gruesos mercaderes a los despiadados guerreros que conquistaron Chiavatta. Pasaban el día en sus talleres, bodegas y almacenes y la tarde en la cervecería "Sol de Oro", en la calle "Serpiente de Cascabel". Al escuchar sus voces rudas y algún tanto guturales, exclamar: "¡Mahlzeit! ¡Mahlzeit!" ó sus fleamáticos, "Nun ya, wissen Sie, Herr Müller, its das aber möglich?", así como el ruido de las copas, llenas de cerveza hasta derramarse por el suelo; al considerar esa calma, esa lentitud, esas caras de Filisteos atiborrados de grasa, cualquiera habría creído encontrarse más bien en una cervecería de Berlín ó Munich que sobre las ruinas de Chiavatta.

Pero en la ciudad todo era "ganz gemuthlich" y nadie pensaba en recordar lo pasado.

II

Esa tarde, pues, todo el mundo se dirigía al circo: prime-

ro, porque tras una dura labor, la distracción es tan útil como agradable, y luego, porque los habitantes estaban muy orgullosos de poseer por la primera vez un establecimiento de tal naturaleza.

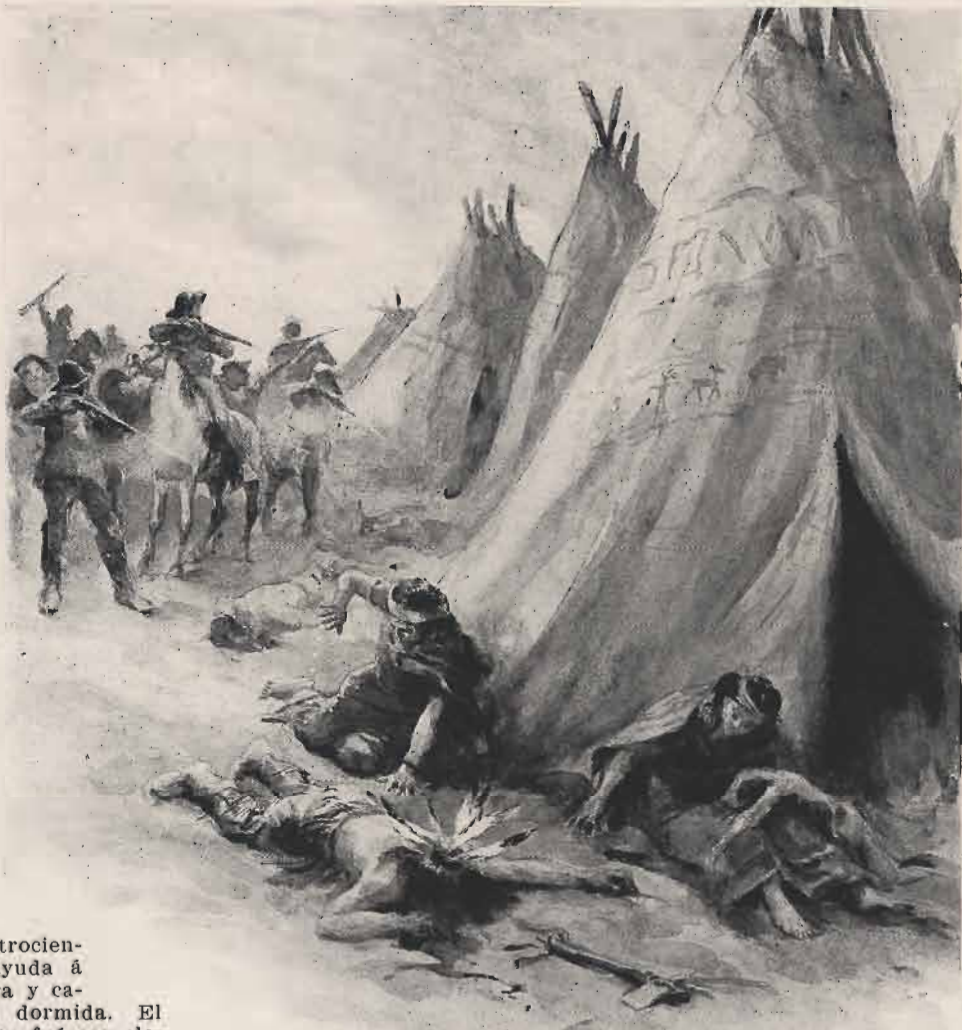
Sábese, en efecto, que los circos no acostumbran detenerse en villorrios donde no sacarían sus gastos.

De este modo, la llegada de M. Dean y su compañía consagraba definitivamente la reputación de grandeza y magnificencia de Antilope.

Aunque también pudiera ser que hubiera una tercera causa más poderosa que atrajera la concurrencia: la curiosidad pública. El programa decía:

"Número 2.—Gran ejercicio sobre el alambre, tendido a quince pies del suelo, con acompañamiento de música, por el célebre gimnasta "Vautour Noir", Sachem (jefe) de los Serpientes Negras, el último descendiente de los renombrados guerreros, el último jefe, el último representante de la tribu. I. La Salida. II. El salto del antilope. III. La danza de guerra y el canto de muerte".

Si había alguna ciudad de América donde aquel Sachem de-



R. Salter.

biera despertar un interés particularmente vivo, era indudablemente Antilope. El honorable M. Dean había tenido buen cuidado de referir en el Sol de Oro cómo él, quince años atrás, en un viaje á Santa Fé, había encontrado sobre la meseta de "Tornades" un viejo indio moribundo, acompañado de un hijo de diez años.

El anciano había muerto de sus heridas y de extenuación; pero declaró antes que el niño era hijo de un Sachem de los Serpientes Negras y heredero, por tanto, de ese título.

La compañía había recogido al huérfano, que llegó á ser su mejor acróbata.

Sin embargo, solamente en el Sol de Oro vino á saber el honorable M. Dean que Antilope estaba edificada sobre las ruinas de Chiavatta y que su bailarín en la cuerda iba á exhibirse sobre la propia tumba de sus padres. Tal noticia tuvo el dón de ponerlo de excelente humor; podía en efecto prometerse una "great attraction".

Como es natural, los filisteos de Antilope se dirigieron al circo felices de poder mostrar á sus mujeres y á sus niños, importados de Alemania y que en su vida habían visto un piel roja, el último descendiente de los Serpientes Negras y decirles:

—¡Mirad! estos son los hombres tan terribles que hemos despedazado hace quince años.

—¡Ach! Herr Jeh!

Esa exclamación, de sorpresa ó temor, era agradable en boca de las Almachen ó de los pequeños Fritz. Así, por toda la ciudad se oía repetir: Sachem, Sachem...

Por la mañana, los niños miraban curiosamente al través de los telones del circo; otros más grandes, llenos de un hermoso ardor guerrero, sin saber por qué, volvían de la escuela con paso cadencioso y actitud amenazante.

Son las 9 P. M.

La noche está maravillosa, cuajado de estrellas el firmamento. La brisa lleva á la ciudad el perfume de los campos de cebada, extrañamente mezclado al olor del malto.

El circo está alumbrado "á giorno". Delante de la entrada principal fulguran y humean teas de resina; el viento las arranca torbellinos fuliginosos; la llama, centelleante, ilumina á intervalos las líneas sombrías de la barraca, edificio circular de madera recientemente construido, recubierto con un techo cónico, alrededor del cual flota el estandarte estrellado de los Estados Unidos. Delante de la puerta se agitan grupos que no han podido encontrar lugares, ó no han tenido medios para comprarlos; miran con grande atención los wagones de la compañía y especialmente la cortina de la entrada, donde se ve pintada una batalla entre blancos y Pielas Rojas. En los momentos en que la tapicería se levanta para dejar pasar al público, se divisa el buffet interior y sobre las mesas un centenar de copas.

Luego la entrada de los felices que habrán de contemplar el espectáculo.

Los pasajes desocupados resuenan bajo los pasos de la muchedumbre. Por fin, todo el anfiteatro queda lleno.

Dentro del circo hace calor como en pleno día; no se ha creído necesario instalar gas, pero una gran lámpara, con cincuenta luces de petróleo, inunda la pista y á los expectadores de raudales de luz. Los rayos iluminan las cabezas macizas y grasientas, ligeramente echadas atrás, de los bebedores de cerveza, las caras juveniles de las mujeres y las fisonomías graciosas y atónitas de los muchachos, cuyos ojos se agrandan de curiosidad.

Todos los expectadores tienen ese aspecto típico, satisfecho de sí mismo, que se ve generalmente en las concurrencias de circos. Por entre el rumor de las conversaciones oyes la voz: "Frisch Wasser! Frisch Bier!". Todo el mundo espera con impaciencia.

Al fin suena una campana y seis palafreneros aparecen y se colocan en dos filas frente á la entrada; y por entre ellos se lanza un caballo sin riendas ni silla, sobre cuya espalda, entre una nube de gasas, tules y cintas, la bailarina Lina, comienza á manobrar al compás de la orquesta.

Lina es tan bonita que la joven Matilde, hija del cervecero de la Opuncia Grass, alarmada á la vista de su belleza, inclínase hacia Floss, joven panadero de la misma calle, y le pregunta si la ama todavía.

Mientras tanto el caballo galopa y bufa como una locomotora; un enjambre de clowns corre detrás, hacen restallar la huasca, gritan y se propinan cachetadas en pleno rostro. Lina pasa como un relámpago; un trueno de aplausos la acompaña. ¡Qué espléndida exhibición!

III

El primer número del programa ha terminado rápidamente. Se acerca el número dos. La palabra Sachem vuela de boca en boca entre los expectadores. Nadie presta atención á los clowns que continúan sus pruebas.

En medio de sus contorsiones, los palafreneros traen grandes trozos de madera y los colocan á ambos lados de la pista. La orquesta cesa de tocar el Yankee Doodle y entona el sombrío aire del Comendador de Don Juan.

Tienden un alambre de un trozo á otro. Repentinamente una llamarada de luz de Bengala proyecta sobre la pista una claridad sangrienta. ¡Y allí debe aparecer el terrible Sachem, el último sobreviviente de los Serpientes Negras!

Pero, ¿qué sucede? Aquel no es el Sachem, es el Director de la compañía, el honorable M. Dean en persona. Saluda al público y alza la voz. Tiene el honor de rogar á los muy amables y honorables gentlemen y á las no menos respetables ladies que se esten excepcionalmente tranquilos, que no aprueben ni desapruében, porque esa noche el caudillo está más irritable y salvaje que nunca.

Esas palabras produjeron una impresión desagradable y—cosa extraña—los ciudadanos de Antilope, los mismos que quince años atrás destruyeron Chiavatta, experimentan ahora una especie de malestar.

Además, cuando la hermosa Lina ejecutaba sus variados saltos sobre la espalda del caballo, sentíanse muy felices de encontrarse tan cerca de la pista, de donde veían muy bien; mientras que ahora dirigen sus miradas hacia arriba y encuentran que abajo hace un calor sofocante.

Pero, ¿de qué puede acordarse ese Sachem? Ha vivido desde su infancia en la compañía de M. Dean, principalmente compuesta de alemanes. Verosímilmente debe haberlo olvidado todo. El trato, quince años de carrera en la pista, la embriaguez de los aplausos han debido influir sobre su carácter de salvaje.

¡Chiavatta! Chiavatta!... Pero ellos son alemanes; están en su terreno y ni recuerdan el lejano país natal. Además, todo hombre debe comer y beber. Esta verdad no puede ser olvidada por ningún buen filisteo,

y así indudablemente le habrá pasado al último de los Serpientes Negras. Un silbido salvaje, salido de entre los palafreneros, interrumpe bruscamente estas meditaciones y en la liza aparece el Sachem tan ansiosamente esperado. Un rápido murmullo atraviesa la muchedumbre:

—Es él, es él!

Profundo silencio. Oyes solamente el chirrido de los fuegos de Bengala que reaniman á la entrada de la pista. Todos los ojos se vuelven hacia el caudillo que va á aparecer en la tumba de sus padres.

El indio corresponde perfectamente á la idea que se tenía de él. Es altanero como un Rey. Un manto de armiño blanco—signo de su glorioso nacimiento—sobre su cuerpo esbelto, elegante, vigoroso y ágil como el de un jaguar. Su faz, orgullosa, parece esculpida en bronce; trae á la imaginación el perfil dominador de las águilas; la mirada es verdaderamente indiana: calmada, fría, siniestra.

El Sachem contempla largo tiempo la concurrencia, como buscando una víctima. Está armado hasta los dientes; varias plumas flotan sobre su cabeza; á su cintura tiene un "Tomahawk" y un cuchillo para desollar. Pero, en lugar del arco, su mano derecha sostiene un largo balancín que va á servirle para guardar el equilibrio sobre la cuerda.

Lánzase al medio de la liza, y exhala un grito de guerra indio. ¡Herr Gott! Es el grito de los Serpientes Negras!

Aquellos que en otro tiempo asistieron á la matanza de Chiavatta recuerdan muy bien ese halarido horrible y,—gran maravilla—los mismos que quince años antes no temieron asesinar miles de guerreros semejantes, delante de uno solo, se



sienten inundados de un sudor frío. Pero el director se acerca y le habla como para calmarlo. La bestia salvaje siente el freno; las palabras misteriosas ejercen su influencia: hélo aquí que se iza sobre la cuerda.

Con los ojos fijos sobre la lámpara, el caudillo avanza. El alambre se dobla, hácese por instantes invisible y el indio parece suspendido en el espacio. Diríase que se pasea por el aire; sube, retrocede, vuelve á subir guardando siempre el equilibrio. Sus brazos extendidos, cubiertos por el manto real, semejan inmensas alas. Vacila; va á caer! Nó. Suenan algunos aplausos, reprimidos al instante. Las miradas del caudillo son más y más amenazantes. En sus ojos, clavados en la lámpara, brilla una llama terrible. Los espectadores están alarmados, pero guardan profundo silencio.

IV

Mientras tanto, el Sachem ha llegado al extremo de la cuerda; desciende. Y repentinamente de sus labios sale un canto de guerra. Un instante de sorpresa: el caudillo canta en alemán. Pero luego se explica: ha olvidado la lengua de los Serpientes Negras. Nadie lo extraña. Todos escuchan el canto bizarro, que se hace por momentos más y más potente. Meneos que un canto es un llamado inmensamente dolorido, salvaje, ronco, lleno de gritos de combate donde se escucha:

"Después de las grandes lluvias, quinientos guerreros dejaban Chiavatta para encaminarse unos por el sendero de la guerra y otros por el de las grandes cazas. De vuelta de la guerra, venían adornados de cabelleras; de vuelta de la caza, traían la carne y las pieles de los bisontes; sus mujeres salían á encontrarlos con amor; ellos danzaban en honor del Grande Espíritu.

"Chiavatta era feliz. Las mujeres trabajaban en su Wigwams; los niños crecían sin temor y llegaban á ser hermosas hijas ó fuertes guerreros. Los Serpientes Negras morían en el campo de la gloria ó corrían á las montañas de plata para cazar con los espíritus de sus padres. Jamás sus tomahawks se teñían con la sangre de las mujeres ó los niños; los guerreros de Chiavatta eran magnánimos.

"Chiavatta era poderosa. Pero los rostros pálidos llegaron de lejanas tierras é incendiaron Chiavatta. Nó, guerreros blancos no destruyeron á los Serpientes Negras en un combate leal: los atacaron traidoramente por la noche, como los chacales, y hundieron sus cuchillos en el pecho de los hombres dormidos y de las mujeres y de los niños...

"Ahora... ¡Chiavatta no existe!... En su lugar, los hombres blancos han elevado sus wigwams de piedra. La nación degollada y Chiavatta en ruinas claman venganza!"

La voz del caudillo era vibrante y poderosa. Balanceándose sobre el alambre, por sobre todos, parecía el ángel de la venganza. El director mismo estaba evidentemente inquieto. Un silencio de muerte pesaba sobre el circo.

Y el caudillo continuó:

"De toda la nación no quedó más que un niño!... Era débil, trágil, pero ha jurado al Espíritu de la Tierra que tomaría una venganza terrible de los asesinos de sus padres! que vería los cadáveres de los hombres blancos y los de sus mujeres y sus niños! que encendería el fuego del incendio y derramaría la sangre!..."

Las últimas palabras se perdieron en un espantoso rugido. El circo entero se llenó de un rumor semejante al de la tempestad. Mil preguntas sin respuesta subían á los labios de todos: "¿Qué hará este tigre furioso? ¿Qué nos amenaza? ¿Cómo... él solo, cumplirá su venganza? ¿Hay que huir, defenderse? ¿Y cómo?"

—Was y das? Was y das? repetían las mujeres aterrorizadas.

Repentinamente, del pecho del caudillo se exhaló un rugido de furia. El alambre fué rechazado con violencia; el indio saltó sobre uno de los trozos de madera y casi, debajo de la gran lámpara, blandió su balancín.

Un horrible pensamiento atravesó como un relámpago por todos los cerebros:

—"¡Va á derramar el petróleo é incendiar el circo!"

De todas las gargantas se escapó un grito de espanto.

Pero, ¿qué es aquello?

Un grito sale de la pista:

—¡Detenedlo, detenedlo!

El caudillo ha saltado á tierra; ha desaparecido entre los palafreneros.

¿Por qué no ha incendiado el circo? Pero, ¿dónde se encuentra? Hélo aquí! Vuelve extenuado, terrible...

Su mano tiene un plato de estaño, lo tiende hacia los espectadores; murmura con tono de súplica:

—Para el último de los Serpientes Negras...

Un suspiro enorme sale del pecho de todos los concurrentes.

¿Era, pues, un secreto del director?

Efecto completo.

Los dollars y los medicos dollars llueven sobre el plato. ¿Cómo decir que nó al último de los Serpientes Negras, en Antilope, edificada sobre las ruinas de Chiavatta? ¿Sería tener mal corazón!

Después del espectáculo, el Sachem bebe cerveza y come prachtel en el Sol de Oro. Sin duda el trato ha ejercido su influencia.

Henrik SIENKIEWICZ



"LOS RASTROJOS", célebre cuadro de Millet.—(Grabado en madera), trabajo de la señorita Elisa Berroeta.

Hijos de la Niebla

SU alma de caballero, artista y poeta le habría hecho figurar con brillo en la gran revista de la vida; pero... el destino lo hizo inquilino y de aquellos infelices que viven con escaso sueldo en oscuras cabañas de los campos del sur.

No lejos de la vieja ciudad de Imperial y á orillas del Budi hermoso, tiene su estancia uno de los acaudalados magnates del día. Juan Rivas había pasado su vida en ella entregado al cultivo de la tierra, sin otros conocimientos del mundo exterior que los que ganaba en las raras ocasiones en que hacía el fatigoso viaje á Chillán ó á Valdivia tras de un piño de animales que su patrón vendía en la feria. Cansado y entristecido, volvía en seguida á sus verdes montañas que le cercaban con una inmensa muralla y entre ellas vivía en completa soledad de año en año.

No era Rivas el único inquilino de aquella extensa estancia; había otros: viejos habitantes de las tupidas selvas, y mozos fornidos, diestros en el manejo del lazo y del hacha, cuyas pueblas se alzaban á la sombra de los robles gigantescos, á orillas de los esteros y cuyas mujeres, hijas y hermanas, estaban siempre dispuestas á prodigarle palabras halagüeñas y sonrisas seductoras al simpático labrador cada vez que pasaba por sus chozas; pero Juan las miraba sin interés y seguía su camino absorto en sus sueños hermosos, indiferente á su presencia.

Con sus semejantes tenía menos en común que con las apacibles y dóciles criaturas que uncía al arado en la estación de las siembras y que seguía con paciencia por los campos barbechados, con las ovejas que rodeaba cada día ó con las aves que trínaban en los bosques. No tenía otro compañero que un perro viejo, cojo y raído—recogido de la línea del ferrocarril, en uno de sus viajes á Chillán—que pasaba las largas noches de invierno echado á los pies de su amo, mirándole con ojos compasivos, amantes y humildes, listo á obedecerle, anheloso de acariciarle y siempre dispuesto á seguirle en sus largas caminatas por las frescas laderas de las montañas y márgenes de los ríos ó por los caminos polvorientos y abrasados por el sol.

Los vecinos le esquivaban y no iban á su cabaña sino cuando la necesidad de pedir algún apero los obligaba á ello; entonces acudían presurosos con la seguridad de que Juan los recibiría con su acostumbrada amabilidad y satisfaría sus exigencias. Tampoco lo invitaban á las remoliendas ni carreras, y cuando volvían de sus expediciones á los pueblos cercanos, bebidos y bulliciosos, bajaban la voz y trataban de enderresarse sobre sus monturas al pasar frente á la tranquila cabaña de Juan. Muchos de ellos le decían "señor" y lo trataban con respeto como á un superior, no sólo por su porte y la dignidad de su rostro, sino por su manera extraña y para ellos misteriosa de vivir y de expresarse. Otros, por el contrario, lo miraban con desprecio como á un demente y si alguno lo veía detenerse, en medio de las faenas, para contemplar absorto y conmovido los últimos rayos de un sol de otoño, la forma de una nube vagabunda ó el vuelo incierto de un ave pasajera, llamaba al instante á sus groseros compañeros de trabajo y, uno tras otro, venían á henchir el coro de risas socarronas, hasta que el blanco inconsciente de sus sátiras volvía á su tarea interrumpida con renovada energía y con una expresión de arrobamiento en su hermoso rostro atezado que acallaba á sus camaradas y los hacía comprender que, fuera del alcance de sus inteligencias, había mundos ignotos cuyos senderos floridos y sombreados jamás hollarían sus torpes pies.

Amor de mujer no conocía ni había conocido jamás este campesino iletrado y parco de palabras, pero su corazón rebosaba de ternura y su mente era cuna de concepciones cuajadas de hermosura y ricas en poesía que en vano trataba de expresar. Abrumado por sus pensamientos, sintiendo en cada fibra de su ser esa nostalgia de lo desconocido de que son capaces sólo las almas sencillas y apasionadas y sin un ser que lo comprendiera, erraba por las montañas acariciando las flores, la grama y la tierra desnuda, vertiendo en ellas el caudal inagotable de su

inmenso amor. Entregado á sus ensueños, era relativamente feliz. Para él no tenían límites la tierra ni el cielo, sombras la vida ni tedio el corazón; para él abrían las flores en primavera, vestían su alba túnica los Andes y doraba los montes el sol; para él cantaban las aves y murmuraban las hojas, el lago y los ríos. Sabía que era dueño y señor de todas las maravillas de la creación en virtud del poder inmortal y único que no ha podido disputar ni destruir el hombre todavía... el poder del amor, que es la posesión absoluta del objeto amado...

Así llegó Juan hasta los 25 años. Las muchachas del lugar, alegres, bizarras y laboriosas, no hallaron gracia ante sus ojos soñadores ni lograron despertar la sed de amor en su corazón, que se regocijaba en su libertad, sin sentir vacío alguno.

Hay hombres así: libres unos, ligados otros por férreos lazos mundanales que llegan, indiferentes, hasta cierta edad; pero abre el día en que el amor toca á sus puertas. Despierta entonces el alma adormida, se conoce á sí misma y á su igual, y la infinita felicidad del hallazgo transforma sus vidas irradiando á unas, destruyendo otras.

Este día no tardó en llegar para Juan. Era el 17 de Septiembre

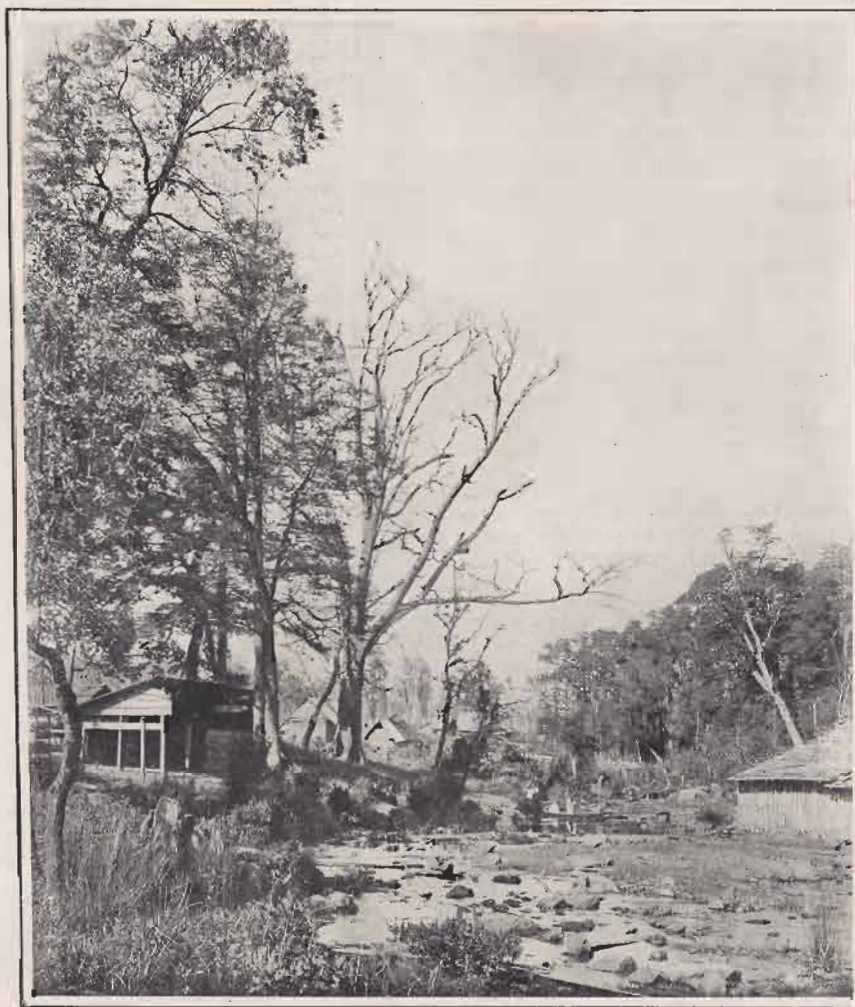
y, como de costumbre en las regiones del sur, un cielo tempestuoso y frío viento del norte amenazaba á las multitudes que se dirigían á las ciudades, ávidas de placer. Rivas había atravesado las sembreras donde verdeaba el trigo y se acercaba al pueblo con la intención de alquilar un bote para seguir la corriente del río hasta la pintoresca ciudad de Carahue, que amaba por la habitual quietud de sus anchas calles y los grupos de indias cargadas de plata, envueltas en sus túnicas oscuras y chales vistosos que apelaban á su alma de poeta.

Absorto en la contemplación de las primeras manifestaciones de la primavera, llegó al puente de madera que cruza el río y allí se detuvo para escudriñar el cielo con ojos avezados, que no tardaron en apreciar la hermosura tempestiva de aquella escena. A sus pies, la tersa superficie del Cholchol, á su alrededor, vastos campos de esmeralda que se levantaban suavemente ringlera sobre ringlera hasta perderse en las cumbres oscuras de las altas montañas; al frente, la ciudad embanderada, llena de forasteros y presa de una excitación inusitada, desde cuyas casas llegaban, suavizadas por la distancia y confundidas con los gemidos del viento y el sordo murmullo del río, las voces incultas de las muchachas, las huifas de las cue-

cas y el tañido de las guitarras planideras; más allá, inmóviles y frías, las albas cimas de la eterna cordillera. Eran las dos de la tarde, hacía frío y empezaba á levantarse el viento, arrastrando consigo gruesas masas de nubes negruzcas que cruzaban la opacidad del cielo en vertiginosa carrera de norte á sur.

"Se acerca la tempestad", se dijo Juan, y con paso rápido y seguro se encaminó á la casa del guarda-línea, un viejo hospitalario que le había contado historias desde que lo conoció cuando era niño todavía y donde pensó esperar que pasara la borrasca. Había llegado apenas á la desierta plaza cuando rompió la tempestad, y deseoso de guarecerse del torrente de lluvia que descendía pesadamente, se colocó en el umbral de una enorme puerta que ofrecía posibilidades de abrigo.

Quiso la suerte que se detuviera al frente del enorme edificio, cuya sala principal se facilitaba á menudo para celebrar las fiestas patrias, organizadas unas veces por los maestros de las escuelas, otras por los vecinos más caracterizados de la ciudad. En esta ocasión, se había cedido gratuitamente á una compañía de zarzuela que hacía su gira por los pueblos del sur y que favorecería con "La Cenicienta", sólo por espacio de tres días, á los "distinguidos habitantes y vecinos de la hermosa Imperial", según lo indicaban los carteles vistosos que, con algunas guirnalda de aroma y banderas descoloridas, constituían el principal adorno del teatro improvisado. En medio de enormes letras negras, de geroglíficos y garabatos, se destacaba una carita dulce y risueña que atrajo inmediatamente las miradas de Juan.



Un rincón del sur de Chile

¡La Cenicienta! Qué bien recordaba la historia de aquella pequeña mártir del deber, cuya obscura vida se había trocado en dorada realidad al soplo misterioso de un amor desinteresado. Atravesó la calle, miró largo rato el rostro seductor y luego, con una sonrisa tierna en los labios y en sus ojos soñadores, pagó su boleto y entró al edificio.

A pesar de la lluvia y del frío, había una concurrencia numerosa: caballeros y señoras que conversaban animadamente, morenas simpáticas con rosas tempraneras en los cabellos oscuros, jóvenes y niños bulliciosos. Desechando el banco incómodo que se le señalaba, Rivas prefirió quedarse de pie junto a uno de los hilares en el centro de la sala, donde no le perturbara la charla incesante de la alegre multitud y desde donde dominaba el escenario. Cruzó los brazos sobre su amplio pecho y así esperó en silencio—una figura hermosa y varonil—á la que dirigían miradas tímidas, unas, atrevidas, otras, las doncellas del lugar. Juan meditaba... Jamás había visto en la vida real una cara como la que ostentaba el cartel. ¿Era una pintura imaginaria ó el retrato de la mujer que iba á desempeñar el papel de Cenicienta?... ¿Qué linda era!... ¿Estaba detrás de aquella cortina pintoreada que empezaba á subir tan lentamente?...

¡Ah! Era una criatura encantadora esta pequeña actriz ambulante, cuyo porte, rostro y voz se caracterizaban por una modestia, delicadeza y dulzura infinitamente superiores á la de la turba de muchachas ordinarias que la rodeaban y que sonreían eternamente al auditorio, luciendo sus formas bien desarrolladas bajo un maximum de pinturas y minimum de gases vaporosas. ¿Qué contraste presentaba la Cenicienta envuelta en los pobres harapos tradicionales! Juan la miró fascinado, y cada vez que sacudía ligeramente la cabeza para echar atrás los bucles de oro que caían en desorden sobre sus hombros y levantaba sus ojos sombríos y oscuros como el Budi en noches de tempestad, le parecía al cándido labrador que le sonreían á él triste y dulcemente.

Cuando las hermanastras pretenciosas se fueron al baile y la Cenicienta quedó sola en la desmantelada cocina, doblada sobre el fuego moribundo, una sensación extraña y desconocida invadió su ser, se estremeció como caña al rigor del huracán y rendido y debilitado salió del teatro, llevando en su alma el recuerdo de una frágil figura de muger de rostro doliente, dulce y delicado.

Algunas horas más tarde llegaba Juan á la silenciosa y solitaria cabaña cuyos umbrales jamás había atravesado el menudo pié de amante mujer. Allí estaban las paredes desnudas, el techo de totora amarillenta desde cuyas vigas pendía el hollín acumulado al través de largos años, los muebles toscos, el montón de cenizas en el centro del piso desaparejo. Por primera vez en su vida, vió con ojos, que el amor había abierto, la miseria de las cosas que le rodeaban, idealizadas hasta entónces por su rica fantasía é incliné la frente abatido y humillado; un instante después la erguía con el orgullo tradicional del aristócrata viejo, consumido de tedio en la corrompida capital, cuya sangre corría por sus venas, y con el corazón lleno de la fé que sólo se siente cuando se es joven y vigoroso, los ojos llenos de suave luz y una sonrisa de felicidad en los labios, puso la cabeza en la almohada y el mágico broche del sueño transformó la cabaña en palacio de alabastro y oro, en cuyos parques sombríos confundíanse felices las aves, las fuentes y las flores. Y el príncipe, el dueño y señor de tanta gracia y hermosura era él, el pobre inquilino del día anterior, que estrechaba entre sus brazos á la mujer que amaba, esa Cenicienta adorada, la encarnación de sus ensueños...

La tarde del día 18 y Juan junto al pilar, en medio de un grupo de conocidos que hicieron, de su presencia en el teatro y de su mudo pero manifiesto interés por la artista, el tema de bromas pesadas que tiñieron de rojo la frente del casto labrador y lo decidieron á abandonar el edificio con la determinación de no volver á ponerse al alcance de tan odiosa humillación.

Y sin embargo, á la noche siguiente estaba en su acostumbrado sitio. No podía alejarse mientras lo atraía aquella voz y se encontraba con la mirada inquisidora de aquellos ojos. Era la última función. Señales inequívocas de cansancio se dejaban ver en cada una de las líneas y movimientos de la diminuta danzante. Juan la miró conmovido. A pesar de que los ojos sonreían y la tez conservaba su suave color de rosa, era evidente que hacía un esfuerzo supremo para desempeñar su papel; había una nota de tristeza infinita en su voz y se apoyaba contra los muebles cada vez que se le permitía la casualidad. De vez en cuando, una tosecita seca interrumpía sus cantos y declamaciones.

“No es más que una pobre mujer que sufre”, se dijo Juan, que volvía á su cabaña con paso lento, “yo la cuidaré”, y una oleada de apasionada ternura bañó el rostro confiado que interrogó los arcanos del cielo amenazador. Al día siguiente, vestido de gala, llamaba á la puerta del rústico hotel donde se había alojado la compañía y preguntaba por Aurora, la primera actriz.

“Acaba de salir, contestó la hotelera de mala gana”. “Espérela aquí”, y sin más ceremonia abrió la puerta de una habitación vecina.

Juan entró con timidez y tomó asiento en la única silla desocupada que ofrecía aquella pieza desordenada; todas las demás, la mesa, cama y cómoda estaban cargadas de una colección heterogénea de indumentaria femenina: restos de cintas, encajes, alamares, flores artificiales, retazos de tul, trajes curiosos, ajados y descoloridos. Junto á la única ventana que daba acceso al sol de la mañana, cosía una mujer de escasa cabellera negra y pobremente vestida, que continuó su labor con lánguida indiferencia. Su aspecto abatido y el aire de profunda melancolía de su pálido semblante, contrastaban tristemente con la trivialidad de las cosas que la circundaban. Juan la miró con ojos compasivos y ella, sintiendo acaso la muda simpatía de aquella alma bella: —¿Desea hablar con el director ó alguno de los artistas? le

preguntó.—Están en la cantina despidiéndose de algunos amigos; nos vamos á las tres”.

Gracias, no busco á los artistas, contestó Juan, quiero hablar con Aurora, la actriz principal. La he visto tres veces no más, pero... hay algo en su rostro que me atrae, algo que...

Comprendo, interrumpió la mujer con amarga aspereza, le pareció bonita, tiene usted tiempo y palabras melosas de sobra y quiere divertirse vaciándolas en los oídos de la actriz antes que parta la compañía. ¿Por qué no las guarda para las mujeres de su aldea?

“Porque no las conozco, respondió sencillamente Juan, y porque jamás he sentido la necesidad de hablarle á una mujer hasta ahora. No me habría atrevido á hacerlo dos días antes, tan grande me parecía la distancia que había entre un labrador y una princesa; pero anoche se abrieron mis ojos y la ví tal cual es: una criatura débil, cansada y enferma, que la dura suerte obliga á ganarse la vida trabajando en teatros fríos hasta la media noche. Yo no soy más que un pobre campesino, pero mi cabaña es una de las más hermosas de estos lugares. Está el lago á unos pasos de ella, está cubierta de yedra y de rosas y le hacen sombra los robles de Enero á Diciembre. Adentro es pobre; pero si ella consintiera en ser mi esposa...”

La mujer apoyó los codos sobre la máquina que tenía al frente y lo miró con ojos dilatados. ¿Se casaría usted con una actriz á quien no le ha hablado jamás y cuya historia no conoce?

“Sí, porque la amo”, contestó Juan con dignidad. ¿Qué me importa su historia? “Siento que es buena, me lo dice todo en ella: su modestia, su voz, la mirada de sus ojos”.

“¿Quién sabe si se la puede llamar buena en el sentido que ustedes le dan á esa palabra, dijo suavemente la mujer. La vida de las actrices está llena de sombras y de miseria. Caminamos desde que nacemos sin detenernos á descansar jamás y no conocemos familia ni hogar. Por lo general nos casamos con hombres de nuestra misma profesión, y nos vemos obligadas á continuar con ellos nuestra vida errante é incierta. Después vienen los hijos á participar de nuestra miseria y á hacer mayores nuestros sufrimientos. Tenemos que sacrificarlos á la profesión y, mientras dura el aprendizaje, acostumbrarnos á verlos brutalmente maltratados. Otras nos quedamos solteras; trabajamos todo el día y sonreímos de noche, hasta que las primeras manifestaciones de la vejez nos dejan en la calle. Y hay quienes creen que es agradable y fácil nuestra vida; pero se engañan. Es horrible, es cruel. ¿Quién lo sabrá mejor que yo?”

No sé quienes fueron mis padres. La mujer de un director de circo me sacó de la casa de espósitos, donde me habían abandonado. Desempeñaba papeles infantiles antes que pudiese hablar. Más tarde trataron de enseñarme á hacer horribles contorsiones, á saltar de alturas terribles y á hacer toda clase de pruebas á caballo y en los cordeles. Yo no podía hacerlo, era torpe y tímida. El maestro me azotaba, no me daba de comer y me tiraba con las botellas y otros objetos que no podía manejar con destreza. Un día me quemó los pies con la punta de su cigarro porque no podía mantenerme en equilibrio sobre una cuerda. En la noche huí. Era bonita en esos tiempos y tenía buena voz, de suerte que me recibieron de corista en uno de los teatros de la capital, donde permanecí algunos años. Pronto llegué á ser la primera actriz. Si le contare la historia de los años que siguieron, convendría conmigo en que no soy digna de ser la compañera de un hombre honrado. A los 21 años cambié mi suerte. Me enfermé de la garganta y tuve que ir al hospital. Recobré la voz después de mucho tiempo y de una operación dolorosa, pero cuando salí, noté que había perdido el entusiasmo y empezaba á perder mi hermosura. Eran las primeras manifestaciones de la tisis que poco á poco ha hincado sus garras en mis carnes y que no tardará en llevarme al cementerio.

Un acceso de tos la impidió continuar. Juan la miró lleno de compasión; pero, á la manera de los hombres cuando ven sufrir á una mujer, se quedó callado. Hubo un largo silencio.

Vuelva á sus montañas, continuó ella con tono lento y grave. Cácese con alguna de las mujeres de por acá. Ellas son verdaderamente buenas; nacen entre flores, las rodea el cariño de sus padres hasta que el cielo les depara esposo y niños á quienes querer, y mueren tranquilamente sin haber conocido las miserias y tentaciones que amargan la vida de las mujeres como Aurora. “Créame, ella jamás será su mujer. Váyase con la seguridad de que yo le contaré todo lo que ha pasado entre nosotros y de que ella se lo agradecerá; pero abandone toda esperanza de poseerla. Destiérrela de sus pensamientos y luego la olvidará”.

Juan se irguió y una mirada de pasión intensa brilló en sus ojos de soñador.

“Un amor como el mío no se borra tan fácilmente del corazón, le dijo, no soy de los que olvidan ó retroceden á la primera derrota. ¿No vé usted que lo que acaba de contarme aumenta mis ansias de protegerla? Un ligero estremecimiento sacudió el cuerpo de la mujer que le escuchaba: ocultó el rostro con las manos y de sus labios temblorosos se escapó una queja lastimera.

“Amigo querido, le dijo entre sollozos, la conciencia de haber sido amada con pureza, siquiera una sola vez en la vida, alumbrará los últimos años de la existencia de la infeliz Aurora. Otra cosa es imposible. Es tarde ya...”

¡Tarde, repitió Juan! No puede ser.

La mujer cruzó la estancia con paso fatigoso. Posó sus albas manos en el pecho de Juan y levantó la lánguida cabeza. Los dos rostros se confrontaron por primera vez. El del hombre, joven, ardiente y entusiasmado; el de la mujer, marchito y quebrado, contraído por una mueca de horrible sufrimiento.

“Tarde, murmuró ella con doliente acento; demasiado tarde. La Cenicienta... soy yo.”



Regenera y fortica la sangre

En todas las Boticas y Droguerías



Por mayor DAUBE y Cia., LUIS MOUTIER
y Cia., EMILIO KLEIN y BANDERA 546

"SELECTA"

Sumario del mes de Agosto:

	Página
LAS OBRAS MAESTRAS DE PINTURA. —Los hijos de Carlos I de Inglaterra, Van-Dyck.....	133
HECHOS Y NOTAS.	134
UN CASO DE COBARDIA DOBLE, I. Conchali.....	135
CONVERSACIONES SOBRE ARTE, Riehon Brunet.....	137
LO EXTRAORDINARIO, Manuel de Sandoval.....	139
UNA HERMOSA OBRA. —Recuerdos del bergantín "Metéoro", Almirante Silva Palma.....	140
TARDE DE VERANO ENTRE LOS CISNES, cuadro de E. Maxeuce.....	142
TALLAVI, Iris.....	143
LA MANO MALDITA, René Maizeroy.....	144
LA LIBERTAD, figura central del monumento al general Garibaldi en Turín.....	145
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, Miguel L. Rocuant.....	146
EL REGADIO EN LA REPUBLICA ARGENTINA, Santiago Marín Vicuña.....	148
EL ORIGEN DE LA VIDA.	150
LA MUJER DE LA REGALIA, cuadro á dos colores..	152
CHILENOS FUERA DE CHILE, Carlos Silva Vildósola.....	153
VIRGEN DE MURILLO, cuadro en trieromía.....	155
ROCA VIVA, G. Labarca Hubertson.....	156
GRABADO EN MADERA, de la Señorita Berroeta.....	158
DON CARLOS DE BORBON, Luis Orrego Luco.....	159
RETRATO AL CARBON, de la Señora Eugenia Huici de Errázuriz.....	162
INDEPENDENCIA DE BOLIVIA, F. Santivan.....	163
REVISTA DE REVISTAS, Omer Emeth.....	166

INSERCIÓN: Retrato en colores del General Borgoño, héroe de la Independencia de Chile.



PRECIO DE SUSCRIPCION:

Un año.....	\$ 10.00
Seis meses.....	„ 5.50
Número suelto.....	„ 1.00



Dirección: TEATINOS 666, SANTIAGO

LA MATRITENSE

ESTADO 98, esq. MONEDA

Esta casa ha inaugurado la nueva estación de Invierno con un selecto y escogido surtido de Casimires Ingleses.

SOBRE MEDIDA PARA

HOMBRES Y JOVENES

Trajes de Vestón, desde \$	70
Sobretodos, desde.....	75
Traje de Jaquet, desde.	110
„ de Smoking desde	120
„ de Levita, desde...	140
„ de Frac, desde.....	160

Materiales de primer orden, hechuras de última moda y confección, irreproachable.



LA MATRITENSE
Sastrería, Ropa Hecha
Camisería Sombrerería
Paragüería. GARCIA Y PALA-
CIO :: Sucesores de Tomás
Peña.

GRAN LIQUIDACION DE TRAJES Y
SOBRETODOS DE MEDIDA. REZAGADOS



PASTILLAS ESTOMACALES
del DR. COMAS

Curación radical de las enfermedades del estómago, intestinos, hígado y riñones.—Se vende en todas las Droguerías y Boticas.

Agente por mayor

P. PEREZ BARAHONA

Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146
Santiago

Unico importador para América, DOMINGO FIGUERAS, Santiago-Valparaíso.

LIQUEUR POMPADOUR

M. AVONTS & C^{IE}

PARIS

AJENTE
J. METCALFE
CALLE
AGUSTINAS
1180
SANTIAGO



AJENTE
R. LUTJENS
CALLE
ESMERALDA
102
VALPARAISO

DIGESTIVO

TÓNICO

HIGIENICO

DE SABOR EXQUISITO

Agua de Colonia de Flores
A tres pesos litro, media botella un peso 50 ¢



Quince mil litros de producción al año.
No fué enviada a ninguna Exposición.

Agua de Colonia tipo Atkinson
Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50 ¢
Laboratorio Perez Barahona
Portal Fernandez Concha, 918 - Casilla N° 2146 - Santiago



Le Canagré,
es la última creación en corsés,
de la Maison Dougel V.